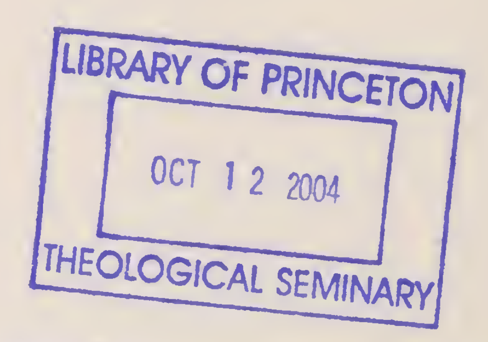

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 12 2004
THEOLOGICAL SEMINARY



Vida Religiosa:

Seguir a Jesús bajo la acción del Espíritu

III Encuentro Nacional
de Teología
de la Vida Religiosa
San Antonio del Tequendama, Cundinamarca
Junio 30 a Julio 3 de 1998

193/94
'98

Santa Fe de Bogotá, D.C. Agosto - Diciembre

Vinculum
Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia - CRC

SEGUIR A JESUS BAJO LA ACCIÓN DEL ESPIRITU

INDICE GENERAL

DIRECTORA: Hna. Silvia Vallejo,odn / CONSEJO DE DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hno. Humberto Murillo, fsc; P. Mario Toro, ofm; Hna. Carmenza Avellaneda, op; Hna. María Eugenia Lourido, rscj; P. Gabriel Naranjo, cm; Hna. Aura Felisa Parra, hpspc / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hna. Aura Felisa Parra, hpspc; Mónica Garzón, Yaneth Colmenares, Blanca Oliva Cuesta / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Carrera 15 No. 35-41/43 - Tels: 338 3946 - 338 3947 - Fax: 338 1600 - A.A. 52332 / Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional: $22.000,oo - América Latina: US$25,oo - Resto del Mundo: US$30,oo / IMPRESIÓN: Roffaprint Editores Ltda. PERMISO: TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 240 DE ADPOSTAL

Editorial

Ha sido por el impulso vitalizador del Espíritu de Dios que sopla como quiere y donde quiere que un pequeño grupo de hombres y mujeres, religiosos y religiosas se reunieran durante el tercer Encuentro de Teología de la Vida Religiosa, para compartir sus experiencias, pensamientos, inquietudes y esperanzas acerca de la marcha de la vida religiosa en esta hora crucial de la Colombia herida.

La vocación del Teólogo en la Iglesia conlleva una mirada vigilante sobre la historia de manera que desarrolle cada día con mayor lucidez su capacidad de profecía y la valentía para seguir hablando a pesar de sentir en lo más profundo de su ser que, quiza en situaciones como las del país, es mejor callarse que hablar, porque las palabras se estrellan o se quiebran ante la magnitud irracional de lo que nos pasa. Si no fuera por la esperanza perderíamos la fe. La seguridad de que la bondad de Dios que nos ha aparecido en Jesucristo , el concebido por la acción del Espíritu en el seno de María, sigue presente resucitada en la historia de nuestro pueblo maltratado nos estimuló a seguir buscando y proponiendo.

Los artículos de este número de VINCULUM, son la expresión de reflexiones hechas con un profundo cariño, seriedad metodológica y talante profético inspirador. La variedad de temas que aborda el presente número son expresión de la multiforme diversidad de carismas y misterios con los que el Señor ha adornado, a través de la vida religiosa, a su Iglesia de Colombia. Ellos están unificados por una orientación central: rastrear la acción del Espíritu en el continuo sucederse de la vida.

Los tiempos son difíciles, pero igualmente están atravesados por signos de Esperanza. Es la acción del Espíritu que irrumpe tantas veces de improviso o que se espera tantas otras solo por la fuerza inconmovible de la fe en el único Señor que nos invita a recorrer el camino sostenidos por la confianza sin condiciones en el Dios que es Padre y Madre.

La Comisión de Reflexión Teológica de la Conferencia, animadora de esta tarea de impulsar la reflexión sobre la Teología de la Vida Religiosa en nuestro país, invita una vez más a desarrollar, desde las situaciones particulares que vivimos como religiosos y religiosas colombianos, la original capacidad de seguir descubriendo el rostro del crucificado en las acciones de todos aquellos que, con un solo querer y sentir, continúan luchado por el respeto a la vida y por el derecho a ser humanos.

P. Ignacio Madera Vargas, SDS

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 7-13

Un sueño... La Vida Religiosa guiada por el Espíritu Santo

H. Blanca Pérez Ortíz, mml

Introducción

La acción del Espíritu en todo lo creado, es novedad, es realidad y presencia de Dios.

Espíritu que nos hace mirar con ojos nuevos el futuro, que nos da la osadía de soñar expresando a Dios nuestros anhelos....

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu, no haga elocuentes discursos sobre la acogida, sino que ella misma sea acogida y atención privilegiada para aquellos que encuentran más dificultades en su camino de crecimiento y realización humana...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu acoja con amor a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a los oprimidos y en donde cada hermano tenga su sitio...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que esté menos preocupada por la conservación y transmisión de verdades y más abierta a los interrogantes de nuestros contemporáneos...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que no busque tanto el traer respuestas definitivas, cuanto el profundizar los interrogantes...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en donde caminar rima con amar y vivir con compartir...

Leyendo los Hechos de los Apóstoles sigo tejiendo mis sueños...

1. Hechos 2, 1-13

Yo sueño...

Con una vida religiosa que crea comunión permitiendo al Espíritu el venir a cada miembro cuando ellos están «todos juntos en un lugar». Todos llenos del Espíritu que hace que cada día sea el comienzo de una comunidad nueva...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en donde se afirma la identidad de cada miembro, y en donde el Espíritu trae a cada uno de la periferia de sus miedos a la escena central de la resurrección, igual que a los primeros apóstoles que habían abandonado a su amigo y maestro, se habían desalentado y no tenían esperanza y se alzan de nuevo unidos para proclamar su historia...

2. Hechos 2, 42-47 4, 32-37

Yo sueño...

Con una vida religiosa en donde la presencia transformadora del Espíritu trae maravillas y señales para todo el que observa, tanto como vidas transformadas: los que creyeron tenían todas las cosas en común: testimonio por el ser y por el hacer...

Yo sueño...

Con una vida religiosa en la que de verdad se compartan las cosas materiales y en donde no haya ningún necesitado...

Yo sueño...

Con una vida religiosa tan llena del Espíritu que no seamos egoístas, ni posesivos con lo que tenemos, sino que estemos listos incluso a vender nuestras propiedades en pro del bien común, expresando así el propósito de Dios para una nueva comunidad humana...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que no esté confinada al convento. Que además de pasar juntos orando en nuestras capillas nos reunamos en los hogares para alabar a Dios y partir el pan, siendo así signo importante de la comunión con el Señor resucitado y con nuestros hermanos...

3. Hechos 5, 27-32

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de desafiar las estructuras sociales y de anunciar el evangelio, aunque este anuncio cree un sentido de inseguridad entre los que no están acostumbrados a que se les cuestione su autoridad...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que impulsada por el Espíritu, dé testimonio inequívoco de la resurrección de Jesús. Que ante la rebelión y el rechazo de los que están en posición del poder y privilegio sepa hablar de ella misma en el tiempo presente. «Nosotros somos testigos» y de reafirmar el exacto propósito de su vida...

4. Hechos 6, 1-7

Yo sueño...

Con una vida religiosa que ante las presiones y tensiones de la vida diaria, ejerza el discernimiento en el espíritu y solucione la amenaza interna a su comunión, buscando el servicio de hombres llenos de espíritu y de sabiduría...

5. Hechos 8, 26-40

Yo sueño...

Con una vida religiosa que transformada por el Espíritu vaya esparciendo y sembrando semillas que a su vez transforman: germinan, crecen y se multiplican, aunque esta multiplicación significa sufrimiento y muerte...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que responda con prontitud al Espíritu y se acerque al «carro» de la humanidad que va leyendo su vida sin entenderla, anunciándole la Buena Nueva que la transforma y la convierta en testigo del Señor resucitado...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que en cada encuentro despida al hermano lleno de gozo, convertido en testigo que hará impacto en su pueblo y su cultura...

6. Hechos 9, 1-10

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de ver a cada hombre como a un hermano, que puede ser lleno del Espíritu Santo y convertirse como Saulo, de perseguidor en heraldo del Evangelio...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de lograr la liberación de todas las ataduras y estructuras institucionales cuando ahogan el Espíritu...

7. Hechos 9, 32-43

Yo sueño...

Con una vida religiosa que va diciendo a cada hombre, alcanzado por la muerte, «levántate», devolviéndolo vivo a la comunidad...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de moverse y actuar proféticamente en cada masacre, en cada violación de los derechos humanos, en cada destrucción de la vida...

8. Hechos 10, 1-48

Yo sueño...

Con una vida religiosa que guiada por el Espíritu va a cada encuentro convencida de que el Espíritu continúa obrando en y a través de nosotros cuando nos relacionamos con otros y somos buscados por ellos, dando y recibiendo, enseñando y siendo enseñados, entendiendo y siendo entendidos, evangelizando y siendo evangelizados...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que permita que el Espíritu la prepare y la libere para encaminarla a nuevas fronteras de misión, confesando con sus actos que «Dios no muestra parcialidad hacia nadie» y que es accesible a todas las personas...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que cree que cuando todos están abiertos al Espíritu, tienen lugar cosas asombrosas, porque El se anticipa a entrar en el corazón del otro...

Yo sueño...

Con una vida religiosa convencida de que cuando la gente está preparada para superar fronteras culturales en sinceridad con el Espíritu, la misión de Dios en Cristo avanza...

Yo sueño...

Con una vida religiosa capaz de alcanzar a las personas de su vecindario que son «diferentes» en cultura, religión o de cualquier otra forma, para ser un testimonio del amor inclusive de Dios hacia todas las personas...

9. Hechos 15, 1-29

Yo sueño...

Con una vida religiosa que en el contacto con otras culturas, con hombres y mujeres diferentes, está convencida de que la «ley es un yugo inaguantable» cuando congela la vida y mata el amor. El Espíritu siempre guía a la «koinonia» (comunión, compartir en el Espíritu)...

10. Hechos 16, 11-24

Yo sueño...

Con una vida religiosa que discierne los elementos de cada cultura, adoptando una posición inflexible en algunos asuntos de liberación, justicia y dignidad humana, prometiendo plenitud de vida en Cristo...

Yo sueño...

Con una vida religiosa que crea nuevos patrones de relaciones entre hombres y mujeres y extranjeros, que desafía y transforma las estructuras de esclavitud llevándolos a nuevas relaciones y uniéndolos en una nueva comunidad de amor...

Yo sueño, yo sueño...

Con una vida religiosa tan llena del Espíritu que pueda repartir sus dones y decir con el poeta cubano, Nicolás Gillen:

«Ardió el sol en mis manos, que es mucho decir... Ardió el sol en mis manos y lo repartí, que es mucho decir».



ACTIVIDADES PARA 1.999

FEBRERO

Retiro

Dios Padre Creador y Misericordioso

Manizales

Febrero 28

Seminario

Económos/as

Santa Fe de Bogotá

Febrero 19 al 21

Informes e Inscripciones

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
Carrera 15 No. 35-41/43
Tels: 338 3946 - 338 3947
Fax. 338 1600
Apartado Aéreo No. 52332
Santa Fe de Bogotá D.C.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 14-24

Rastreando la acción del Espíritu

P. Ignacio Madera Vargas, sds

Dónde anda el Espíritu?

de un cierto tiempo para acá me he venido preguntando por el asunto del lenguaje religioso porque me preocupa que en la predicación, en la catequesis, en la oración y en nuestras reflexiones teológicas estemos hablando de cosas que, o no tienen que ver con la realidad, o poco repercuten sobre ella. He creído con tantos otros que vivimos una inflación del lenguaje religioso. El nuestro, como católicos, porque está cargado de racionalidad y carece de impulso vital, el de los hermanos separados, por fundamentalista y lleno de un recurso a la sicología que utiliza la necesidad de una solución inmediata a los problemas económicos o de salud que padecen las mayorías de nuestros hermanos. Esto nos está mostrando que por un lado tenemos una comprensión del Espíritu Santo que tiene de todo menos de Espíritu y de Santo; y por el otro, un Espíritu Santo que tiene mucho de talismán o de potencia super-capaz y poco de Espíritu y mucho de no tan Santo, o sea de mágico.

Me atrevo a sospechar que el Espíritu de Dios que es el Espíritu de Jesucristo sigue actuando en la historia un poco así como la presencia del Reino de la que nos habla el evangelista. A veces no sabemos dónde está ni por dónde viene, pero está allí (Lc. 17,20). Y me pregunto si no será necesario que empecemos a buscar una nueva síntesis entre lo profético y lo sapiencial para poder descubrir una vez más la presencia refrescante del Espíritu en la historia de la humanidad; y sobre todo, en la historia de un pueblo como el nuestro, cargado de unas contradicciones que parecen anular el sentido de la fe y de la esperanza.

Cuando se llega a los niveles de falta de respeto a la vida y a la libertad de los seres humanos, de violación al derecho que todos tenemos a ser y expresarnos, que verificamos en el día a día de este país, entonces tenemos que preguntarnos por el sentido de humanidad y por la real valoración de la creación que tenemos los hombres y mujeres de Colombia. No es a partir de los decires de políticos falaces que podemos concluir que hemos tocado fondo y que la situación merece medidas drásticas y correctivos inmediatos de sanción de las faltas y delitos, sino a partir de la conciencia de una necesaria vuelta a la formación de la conciencia de nuestros hermanos, algo así como una contra-propuesta de los valores fundamentales del ser humano que sitúe en la generación por venir el sentido de ser hombres y mujeres, el respeto a la vida, a la dignidad y a la libertad de nuestra condición de creados en Cristo Señor (Col. 1,16).

¿Dónde se deja encontrar el Espíritu de Dios?

En el corazón del caos. Ese Espíritu que aleteaba en la superficie de las aguas (Gen. 1,1) sigue batiendo sus alas frente a todo lo caótico que trae la humanidad contemporánea. Estamos hablando de políticas económicas neo-liberales y de globalización de las economías. Algunos proclaman que el desarrollo de nuestros pueblos se dará a partir de la apertura económica y de la entrega a las leyes soberanas del mercado olvidando que la lógica interna del mercado no incluye la suerte de los últimos, no se ubica en la perspectiva de lo social sino exclusivamente en el interés de quien tiene la mejor oferta o maneja con mayor suspicacia las condiciones de debilidad o de carencia de los pueblos que no tienen la misma tecnología ni los mismos medios de comunicación[1].

[1] Elemento que desarrollé en mi comentario a la Ponencia del P. Gonzálo Arroyo, sj. El difícil tránsito desde un neoliberalismo globalizado a un desarrollo más

Parece que no encontramos los hombres de este tiempo otra alternativa que ceder ante las presiones de los grandes bloques económicos. La invasión cultural de los países del norte a través de los medios de comunicación social llega hasta los últimos rincones de nuestros países y va moldeando una nueva mentalidad en los sectores populares, que les hace creer que lo que ven, parece ser de otros mundos, pero no deja de ser el ideal. Este nuevo caos cultural que va generando unas sociedades determinadas por los grandes poderes de este mundo nos hace pensar en la necesidad de tener muy presente y valorar nuevamente el decir evangélico: «los jefes de las naciones las oprimen y mandan, no sea así entre vosotros, entre vosotros quien quiera ser el primero que se haga el servidor de todos» (Lc. 22,25). Qué quiere decir esta voz en sociedades que tienden cada día más al individualismo, al inmediatismo, a la pérdida del sentido de comunidad?

En medio del caos de este país que pareciera resistir mucho más que la capacidad humana de aguante de sus habitantes, el Espíritu está allí en las nuevas manifestaciones de solidaridad y de asfixia que significan gestos como una marcha por la paz en donde las fuerzas más disímiles se encuentran a partir de una necesidad y de un sentimiento común. En las iniciativas de la sociedad civil y de algunas partes de la guerra para sentarse a la mesa a conversar. Es posible que el lenguaje de la razón y del sentimiento estén pidiendo dar el paso al lenguaje de las acciones simbólicas, de los hechos inusitados, de las maneras nuevas y otras de decir lo mismo de modos sugestivos: estamos cansados de ser un campo de batalla sin final visible, no podemos seguir soportando una situación insostenible, una guerra sin contenedores abiertos, una lucha sin objetivos definibles. Es el Espíritu regulador del caos, presente en medio de las aguas diversas conducidas por corrientes encontradas pero buscando generar una nueva creación, el que está suscitando gestos y propuestas.

Cuando me expreso en estos términos, tengo la tentación de pensar y creer que me estoy quedando nuevamente en el lenguaje de las buenas intenciones, de la palabra que no expresa la verdad de las cosas. Porque, qué quiere decir lo dicho para un campesino del sur de Bolívar, o del Caquetá, o del Magdalena Medio, o de los montes de María?

humano y sustentable, en el Simposio Internacional " El neoliberalismo y sus implicaciones teológicas, éticas, económicas y políticas, Santa Fe de Bogotá, 13-15 de mayo.

Definitivamente, para poder descubrir la acción del Espíritu tenemos que acudir a la lógica de la confesión de fe[2].

Sí, el Espíritu sólo puede descubrirse desde la perspectiva de quien cree que algo mejor es posible, que algo mayor está presente en la noche oscura, que las tinieblas no pueden ser lugar de realización de la existencia, que el pueblo que camina entre tinieblas quiere, necesita y tiene que ver una «luz nueva» (Mt. 4,16). Entonces tengo que decir que el Espíritu está allí en donde todavía siguen existiendo hombres y mujeres que construyen la esperanza contra esperanza (Rom. 4,18), en donde a pesar y en contra de las fuerzas de la muerte se sigue luchando por la vida, en donde no se ha anulado la posibilidad de seguir pensando y seguir creyendo a pesar de todo.

¿Estará también en los silencios?

A veces es mejor callarse que hablar porque no sabemos qué decir. Parece que algunas realidades ya no quieren más palabras sino gestos, acciones y hechos que señalen que es posible algo distinto. A veces es mejor callarse ante los relatos de llanto de las madres, los gritos de «basta ya!» de tantos campesinos, indígenas y negros, los rostros curtidos por el sol o por el frío de tantos indigentes, los gestos de amargo sabor de injusticia que significan las figuras famélicas de tantos niños que no se explican el por qué de una vida que no parece ser, ni es humana...

Y, en lugar de ser parte del coro de quienes siempre tienen palabras fatuas parece que nos sentimos llamados a un silencio reverente que pide hechos y no meras palabras. Qué pide el lenguaje de las medidas eficaces y de las acciones que no sabemos en qué consisten ni de dónde vendrán pero que no son la expresión de una búsqueda que no se somete y de una voluntad que mantiene la fe?

Sabiduría y profecía unidas en la urgente necesidad de seguir tras el Maestro por el camino que puede conducir a la muerte pero señala igualmente hacia la resurrección.

---

[2]A. GESCHE en sus reflexiones acerca de la confesión de fe en Jesus como Hijo de Dios hace planteamientos sugestivos con relacion a esta logica en *Jesus Christ, Fils de Dieu*, Publications des Facultés Universitaires Saint-Louis, Bruxelles, 1981, pp. 186-190

¿Y en la historia de su pueblo Latinoamericano y Colombiano?

La única explicación que tiene la supervivencia del pueblo Santo de América es la fuerza del Espíritu, capaz de hacer nuevas todas las cosas. Ese que vivía en las primeras culturas de Abia Yala, reconocido como el que con la saliva de su boca tejía el entramado de la creación, el que trasmitía su poder a los hombres para la preservación de la vida a través de curanderos y adivinos, el que daba igualmente el poder sobre las lluvias y los vientos, que apaciguaba los mares y anulaba las tormentas con su airada mirada o con su sonrisa benévola[3]. Los hombres de Abia Yala buscando al Dios siempre mayor, el reconocido después por Israel como el Dios liberador, el Señor de la historia, el Dios del que sólo se pueden ver sus espaldas (Ex. 33,23).

Es la presencia del Espíritu en las manos creadoras de la orfebrería y en la habilidad de transformar la piedra en monumentos grandiosos que hablaban de su presencia y de su ausencia. En las cosas y en la naturaleza, en lo visible y en lo invisible. El Espíritu en el colorido de los tejidos y en la sinfonía sin par de los tambores, de los guijarros y los totumos, el Espíritu allí, formando el alma de su pueblo en la resistencia y en la capacidad de lucha.

Y, luego, cuando el conquistador acabó con los Tahinos, y cuando los Aztecas, los Mayas y los Incas, los Caribes, Zenúes y Zapatecas vieron caer bajo el poder del fusil y de la espada todo lo creado con la inspiración del Espíritu; cuando se despreciaron sus logros y la ignorancia docta pudo más que la sabiduría de las flechas y el arte de los bebedizos, el Espíritu seguía vivo en las luchas fracasadas y en las guerras sin posibilidades.

El Espíritu en los Muiscas, Toltecas y Motilones, el Espíritu en los Chibchas, Guanes y Caribes, el Espíritu en todas partes. El Espíritu abriendo los ojos a los pequeños para identificar la voraz voluntad del conquistador, la idolatría desenfrenada del oro de todos los tiempos. Y en la búsqueda frustrada de Tupac Amarú, de Manco Capac, de la Gaitana, de guaman Poma de Ayala, de Zumbí, Lemba, Mamá Tingo y todas las negras y negros de los palenques;

---

[3] Cfr. Ponencia en el Coloquio de Teología realizado en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, *Destin, predestination, destiné*, publicado en la Edition du Cerf, París

y de tantos otros menos conocidos, el Espíritu seguía «viendo la esclavitud de su pueblo» y enviando a Moisés a liberarle (Ex. 6,5-6).

Y cuando los mestizos de América empezaron su búsqueda de la nueva libertad, el impulso del Espíritu vino a ser la presencia que buscó la consolidación de las naciones y la idea de una integración frustrada por las fuerzas y los intereses contrarios al Espíritu. América mestiza polimorfa y plural, comenzó a vivir la variedad en la unidad y la diversidad en la búsqueda común de una nueva organización a veces encontrada y otras veces impuesta. Colombia es expresión de esta diversidad reconocida por sus leyes. Somos un mestizaje variopinto. Algo va del campesino boyacense al costeño del caribe, del citadino nariñense al guajiro calentano, pero todos somos Colombia[4]. Es el Espíritu tejiendo la unidad de una nación maltrecha.

Y en la Vida Religiosa?

Y en la historia algunos de entre todos, fueron asumiendo la vida religiosa. Al captar la voz del Espíritu nuevo en Toribio de Mogrovejo, Antón de Montesinos y Bartolomé de las Casas. Hombres y mujeres de colores diversos empezaron a poblar los corredores de las comunidades venidas de Europa, lograron vencer los prejuicios acerca del alma mestiza y fueron creando el diseño de un modo suyo de ser religiosos. Era el Espíritu creando una nueva modalidad en la Iglesia.

Y así surgieron los modelos de Rosa de Lima, de Mariana de Jesús Paredes, la Azucena de Quito, de la madre Josefa del Castillo, de Martín de Porres. Y de igual manera la Virgen se apareció a los pobres. Fue el Espíritu quien dejó que la Iglesia reconociera que un indígena como Juan Diego pudiera ser objeto de la acción maternal de quien fue aquella sobre quien descendió el Espíritu para hacer en ella maravillas, la Madre del Salvador, porque por su fuerza «derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes, a los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió vacíos» (Lc. 1,68 ss). Hermosa paradoja del Espíritu!

Y en las luchas de los pobres de hoy, el Episcopado Latinoamericano en Medellín descubrió la presencia del Espíritu en la vida de los pobres, y en

[4] Cfr Constitución Colombiana

esa singular expresión profético-poetica que es propia de Medellín identifico un sordo clamor que necesariamente tenía y tiene que ser escuchado por la comunión de seguidores de Jesús[5]. Y la Iglesia del continente empezo a desarrollar, por la acción del Espíritu una nueva espiritualidad que se fue convirtiendo en Teología, una nueva manera de presencia que se fue convirtiendo en incomodidad y una nueva expresión del martirio que tuvo su momento radical en la sangre derramada por San Romero de América. Y tantos otros, campesinos y pobres, catequistas y promotores de comunidades, teólogos y pastores impulsados por una fuerza mayor que sus miedos fueron dando a nuestros pueblos un sabor a Cristo.

Y en nuestro país muchos nombres son parte de esta experiencia singular Aquí se gestó el movimiento de Golconda, presbiteros y religiosos se ubicaron de cara a la realidad de la injusticia y propugnaron por la organización y búsqueda de alternativas nuevas. Independientemente de la valoración que podamos tener de estos fenómenos, ellos marcaron una nueva manera de asumir el Evangelio. Y vino la hora de la prueba, de la incomprensión y las discusiones, de la pretensión de la uniformidad que mata a la fuerza vital del Espíritu... y muchos quedaron a la vera del camino cansados de una situación que tenía de todo menos de cristiana. Pero el Espíritu siguio fortaleciendo la vida de tantos. Muchos religiosos han comenzado de formas diversas a darse cuenta que el asunto es de seguimiento de Jesucristo y de presencia viva de su Espíritu en la historia. Que más allá de las luchas ideológicas dice el Señor: «tuve hambre y no me diste de comer, desnudo y no me vestiste...» (Mt. 25,37ss). Y estamos viviendo, a pesar de todo, una nueva hora del Espíritu.

La Conferencia de Religiosos de Colombia que ha vivido toda esta historia de búsqueda de fidelidad a la acción del Espíritu ha sido también víctima de las truculencias del sistema. El allanamiento de la sede de su Comisión de Justicia y Paz se convirtió en un momento particular de la comunión eclesial y de la comunión de toda la vida religiosa del país. No es solamente porque ahora han venido por nosotros, sino porque hace tiempo que venimos hablando, hace tiempo que venimos señalando por donde vienen los responsables de la violencia, hace tiempo que venimos diciendo y ya era hora que se nos advirtiera que los príncipes de este mundo tienen sus poderes Pero también es la hora de decir que la presencia del Espíritu es capaz de

[5] PUEBLA 31-42

provocar gestos significativamente grandes en nuestros hermanos obispos y en aquellos religiosos que por uno u otro motivo han estado un poco más al margen del querer del magisterio latinoamericano con relación a la acción y compromiso por y en medio de los pobres[6].

La historia de Colombia desangrada viene desde hace mucho tiempo. Las luchas irracionales de la violencia partidista de hace tantos años han tenido su continuidad en las actuales fuerzas de la muerte, mezcla de lo oficial con lo subversivo, de lo clandestino con lo descaradamente abusivo.

Se nos llama una vez más a estar de lado del campesino aterrado y desplazado, de los indígenas arrinconados y adoloridos, de los negros segregados y humillados, de los pobres de los sectores populares con sus esperanzas aplazadas y de todos los que sufren por causa de tanta ignominia.

No somos los religiosos los tecnócratas que podemos diseñar los nuevos modelos de sociedad que debemos crear, pero sí somos los hombres y mujeres creyentes que podemos señalar las vías que deben tomar estos modelos: la justicia social, la solidaridad, el respeto a las diferencias, la consolidación de la democracia y sobre todo el respeto a la vida de los más pobres. Porque somos aquellos que hemos dejado todo para hacer presente el Reino desde ya, porque es ese Reino el que hace creíble nuestra entrega en pobreza por la opción por los pobres, nuestra entrega en celibato por la libertad de estar disponibles incluso hasta la entrega de la vida y nuestra entrega en obediencia por la capacidad de organizarnos y disponernos al cumplimiento de los planes comunes.

Y... desde Dios?

El Espíritu es uno con el Padre y el Hijo (Jn. 10,30; 15,26; Lc. 10,21). El Espíritu es comunión del Padre y el Hijo, su amor; es por lo tanto fuente del amor. Allí donde fluye el amor en nuestras comunidades y en nuestras acciones está el Espíritu, allí donde nos encontramos en la diversidad de carismas que

---

[6]Estimulantes los pronunciamientos de Mgr. Alberto Giraldo Jaramillo, Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia y Mgr. Pedro Rubiano, Arzobispo de Bogotá.

el Señor ha suscitado en la Iglesia está el amor de Dios que unifica (1Cor. 12,4), divina perijoresis que crea realidades nuevas. La vida religiosa de Colombia está llamada hoy más que nunca a ser testimonio de la comunión Trinitaria por la acción del Espíritu en ella y a través de ella. Porque la fuerza que ella puede significar en medio de tanta distracción sólo puede ser eficaz en la medida en que como una comunión de hermanos, en una misma identidad de fe, vamos poniendo gestos y realizando acciones que producen y provocan nuevas presencias cristianas.

El Espíritu de Dios que es el Espíritu de Jesús el Hijo, a quien hemos decidido seguir sigue preguntando a nuestra capacidad de tomar en serio la palabra de ese mismo Hijo, de invocarle cotidianamente para ser capaces de hacer concreta la voluntad del Padre: que los hombres seamos hermanos porque somos sus hijos (1Jn.3). El Dios siempre mayor es voluntad de comunión. La fe en Cristo Jesús está siendo impulsada por la acción del Espíritu en la historia. Es la fe que mueve a la mujer cansada de ver pasar paramilitares y guerrilla, ejército y narcotraficantes para seguir viviendo y seguir luchando, al campesino aterrado que se prende a su tierra don de Dios para él, que abraza a sus hijos en las noches de disparos y bombas y sigue clamando al Señor piedad y protección. La misma fragilidad de las víctimas es nuestra fragilidad como religiosos, pero la vida de Dios Trinidad en nuestra débil condición fortalece todo lo que somos y posibilita el que busquemos con sencillez y verdad los caminos que va señalando el Espíritu de Dios para los religiosos de Colombia.

La voluntad del Padre se cumple por la acción del Espíritu en nosotros. Su voluntad es que seamos hermanos porque vivimos en comunión como seguidores de Jesucristo. Somos la Iglesia llamada a ser presencia anticipada del Reino de Dios, en la Iglesia hemos sido gratuitamente escogidos por el Señor para testimoniar la libertad radical de los hijos de Dios. Por la libertad de Dios estamos urgidos a recuperar la liberación de todas las ataduras institucionales que no han dejado que nuestra presencia sea más urgente, nuestras acciones más libres y nuestra voz más profética. Pero siempre hay un momento para el Espíritu y ese momento va llegando al corazón y a la conciencia. Los hechos que la Iglesia de Colombia va mostrando en estos últimos tiempos valen más que mil palabras y son más argumento que todos los discursos juntos. Ellos son señal de esperanza, presencia de la vida de Dios en su Iglesia peregrina, amor del Padre que por el Hijo nos va señalando la hora del Espíritu.

Con la mirada del Espíritu: hacia el futuro!

En el umbral del Tercer Milenio y llamados por el Santo Padre a aprovechar este tiempo para vivir en situación de Jubileo, seamos los promotores de las grandes propuestas para el Tercer Milenio: perdón de la deuda externa para los países empobrecidos por ella, por los genocidios históricos, de reconocimiento por tanto crimen, de promoción de acciones que generen la justicia y favorezcan a los más pobres[7]. Es posible pensar en la reconciliación de Colombia como un gran gesto de perdón nacional en donde todas las fuerzas reconozcan la inutilidad de una guerra que si bien tiene como causa la injusticia ha llegado a ser contraria a todo criterio de humanidad? Es posible pensar que cada una de nuestras comunidades y la vida religiosa toda del país sean capaces de moverse y actuar en cada masacre, en cada violación de los derechos humanos, en cada destrucción de la vida, venga de donde viniere? Ya hemos ensayado algunos gestos, continuemos más allá de las palabras...

Que el nuevo milenio nos encuentre buscando realizar la verdad de un año de gracia del Señor en donde, como seguidores de Jesús por la fuerza del Espíritu, seamos una vez más, presencia renovada de la Iglesia en medio de los temores y las esperanzas de todos los Colombianos.

---

[7]En la perspectiva de *Tertio Millenio Adveniente*

el Señor ha suscitado en la Iglesia está el amor de Dios que unifica (1Cor. 12,4), divina perijoresis que crea realidades nuevas. La vida religiosa de Colombia está llamada hoy más que nunca a ser testimonio de la comunión Trinitaria por la acción del Espíritu en ella y a través de ella. Porque la fuerza que ella puede significar en medio de tanta distracción sólo puede ser eficaz en la medida en que como una comunión de hermanos, en una misma identidad de fe, vamos poniendo gestos y realizando acciones que producen y provocan nuevas presencias cristianas.

El Espíritu de Dios que es el Espíritu de Jesús el Hijo, a quien hemos decidido seguir sigue preguntando a nuestra capacidad de tomar en serio la palabra de ese mismo Hijo, de invocarle cotidianamente para ser capaces de hacer concreta la voluntad del Padre: que los hombres seamos hermanos porque somos sus hijos (1Jn.3). El Dios siempre mayor es voluntad de comunión. La fe en Cristo Jesús está siendo impulsada por la acción del Espíritu en la historia. Es la fe que mueve a la mujer cansada de ver pasar paramilitares y guerrilla, ejército y narcotraficantes para seguir viviendo y seguir luchando, al campesino aterrado que se prende a su tierra don de Dios para él, que abraza a sus hijos en las noches de disparos y bombas y sigue clamando al Señor piedad y protección. La misma fragilidad de las víctimas es nuestra fragilidad como religiosos, pero la vida de Dios Trinidad en nuestra débil condición fortalece todo lo que somos y posibilita el que busquemos con sencillez y verdad los caminos que va señalando el Espíritu de Dios para los religiosos de Colombia.

La voluntad del Padre se cumple por la acción del Espíritu en nosotros. Su voluntad es que seamos hermanos porque vivimos en comunión como seguidores de Jesucristo. Somos la Iglesia llamada a ser presencia anticipada del Reino de Dios, en la Iglesia hemos sido gratuitamente escogidos por el Señor para testimoniar la libertad radical de los hijos de Dios. Por la libertad de Dios estamos urgidos a recuperar la liberación de todas las ataduras institucionales que no han dejado que nuestra presencia sea más urgente, nuestras acciones más libres y nuestra voz más profética. Pero siempre hay un momento para el Espíritu y ese momento va llegando al corazón y a la conciencia. Los hechos que la Iglesia de Colombia va mostrando en estos últimos tiempos valen más que mil palabras y son más argumento que todos los discursos juntos. Ellos son señal de esperanza, presencia de la vida de Dios en su Iglesia peregrina, amor del Padre que por el Hijo nos va señalando la hora del Espíritu.

de Dios en su Iglesia peregrina, amor del Padre que por el Hijo nos va señalando la hora del Espíritu.

Con la mirada del Espíritu: Hacia el futuro!

En el umbral del Tercer Milenio y llamados por el Santo Padre a aprovechar este tiempo para vivir en situación de Jubileo, seamos los promotores de las grandes propuestas para el Tercer Milenio: perdón de la deuda externa para los países empobrecidos por ella, por los genocidios históricos, de reconocimiento por tanto crimen, de promoción de acciones que generen la justicia y favorezcan a los más pobres[7]. Es posible pensar en la reconciliación de Colombia como un gran gesto de perdón nacional en donde todas las fuerzas reconozcan la inutilidad de una guerra que si bien tiene como causa la injusticia ha llegado a ser contraria a todo criterio de humanidad? Es posible pensar que cada una de nuestras comunidades y la vida religiosa toda del país sean capaces de moverse y actuar en cada masacre, en cada violación de los derechos humanos, en cada destrucción de la vida, venga de donde viniere? Ya hemos ensayado algunos gestos, continuemos más allá de las palabras...

Que el nuevo milenio nos encuentre buscando realizar la verdad de un año de gracia del Señor en donde, como seguidores de Jesús por la fuerza

[7]En la perspectiva de *Tertio Millenio Adveniente*

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 25-34

Los dones del Espíritu a la Vida Religiosa Colombiana

«A su pueblo lo encontró en una soledad poblada de aullidos» (Deut. 9,7-9)

H. Josefina Castillo, a.c.i.

Si los dones del Espíritu «son manifestaciones del mismo, que concede a miembros particulares de la Iglesia para bien de otros»*, está claro que no podemos reducirnos a los siete dones que nos enseña el Catecismo Católico, basados en las enseñanzas de S. Pablo, sino que tenemos que aceptar que el Espíritu nos sigue regalando hoy, las *gracias concretas* que necesita nuestro pueblo colombiano para que podamos retomar el Proyecto de Dios sobre nosotros.

Algunos psicólogos y sociólogos definen nuestra sociedad como un mundo enfermo por la angustia, sin esperanza, vendido al mejor postor, violento, corrupto, destructor y destruido.

Los que creemos tener fe reconocemos a Dios como Señor de la vida, a Jesús como liberador,

* (Diccionario Bíblico. H. Haag, Van der Bern y S. de Ansejo)

al Espíritu Santo que nos fortalece, santifica y conduce a la plenitud y a María como mediadora de la humanidad.

Cómo compaginar estas dos realidades? Por qué hemos llegado los colombianos, supuestamente un pueblo creyente, a convivir con el pecado social como la cosa más natural del mundo? Un pueblo privilegiado por su ubicación geográfica, por la abundancia de sus riquezas, por la belleza de su tierra, por la diversidad de sus razas, culturas, paisajes, en fin, por lo más parecido a la *tierra prometida al Pueblo de Israel?* «Ahora Yahvé, tu Dios, va a introducirte a esa tierra buena, tierra de arroyos y vertientes, de aguas que brotan en los valles y en las montañas, tierra de trigo y de cebada, de viñas y olvidos, tierra de aceite y miel. Tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde nada te faltará; tierra donde las piedras tienen hierro y de cuyas montañas extraerás cobre» (Deut. 9, 7-9).

Porque corrompimos estos dones y los prostituimos. Porque «hemos herido la misma creación de Dios», como dice John Sobrino S.I. Porque permitimos que «el pan» se distribuya de manera tan desigual que la mayoría pasan hambre; y los que pasan hambre han recurrido a la violencia para reclamar este derecho concedido por el Creador.

Pero tenemos la esperanza de la promesa y eso coloca a la Vida Religiosa Colombiana en una situación de búsqueda y de compromiso: cómo rescatar este «resto de Israel?».

Necesitamos de la fortaleza y de la luz del Espíritu prometido. «Yo estoy con ustedes hasta que termine este mundo» (Mat. 28,20); y de unos dones concretos para realizar nuestra misión.

Contemplando el mundo roto por el pecado, creo que los dones que más nos pueden ayudar hoy, para que todos podamos redescubrir que El es el Señor que ama la vida (Sab. 12,26) son: el profetismo, la solidaridad, y el discernimiento, no que sean los únicos, sino los que pueden tener más significado para nuestro pueblo, que a veces vaga como rebaño sin pastor (Mat. 9,36), que se ha dejado llevar por el individualismo, el inmediatismo y como consecuencia vive una terrible soledad. Un pueblo que necesita «ver».

Profetas ¿De quién y para qué?

El profetismo es el gran don del Señor a los creyentes de todos los

tiempos. Ante los acontecimientos que amenazaban la vida de su pueblo, los Profetas del A.T. denunciaban la injusticia, la opresión, el ritualismo vacío, los engaños, la prostitución, la infidelidad a la «alianza», la rebeldía, los miedos y demás pecados que los alejaban de Yahvé. (Oseas, Amós, Miqueas...). Subyugados por el Espíritu veían y sentían la vida a la manera de Dios, y desde allí anunciaban su misericordia la eterna pasión de Dios por el hombre, y el restablecimiento de la gran alianza. (Jer. 20,7 ss.).

Ellos transmitían el mensaje, pero no exigían que el pueblo los imitara. De hecho alguna manera, el mensaje superaba con mucho su propia vida, que a veces era sólo un símbolo para comprender el mensaje. (Os. 1,14).

No es así en el N.T. En Jesús, el supremo Profeta, la vida y el mensaje se identifican. Y si hoy queremos ser *Profetas del Reino,* tenemos que seguir a Jesús: pensar, sentir y actuar a su manera. Aquí empieza el problema, porque es fácil llamarnos profetas, pero vivir como profetas? Es diferente. Veamos por qué.

En verdad, nos creemos aquello de: «felices los pobres en el Espíritu, los sencillos, los que tienen hambre y sed de justicia, los perseguidos por el Reino, los que lloran? Que la venganza de la ley del Talión debe ser reemplazada por el perdón y la reconciliación? «Si tienes algo contra tu hermano, reconcíliate antes de ir al altar» (Mat. 6,38); y más todavía, «no te fijes en la paja que tiene tu hermano en el ojo, mira más bien la viga que enturbia tu mirada» (Mat. 7, 1 ss). Que nada repugna más a Jesús que la hipocresía, el fariseísmo, que busca la apariencia y traiciona los sentimientos nobles del corazón? (Mat. 15,1). Realmente lo creemos y lo vivimos?

¿Cómo ser profetas en un mundo que vive a la inversa de los criterios de Jesús? Basta por encender la T.V. para comprobarlo. Sus mensajes nos invitan a usar tal ropa, comprar este auto, comer equis alimentos, fumar estas marcas de cigarrillo... para ser feliz, para que los demás te reconozcan, para ser auténtica(o).

El dinero y el poder son los ejes de la vida de muchos, ¿cómo hacerles creíble que Dios es el absoluto y que es más importante ser que tener? (Deut. 7,9 ss.). Cómo hacer creíble a nuestro pueblo que antes de ir a pedir favores al Divino Niño, al Cristo de Buga, a la Virgen de Chiquinquirá, tenemos que reconciliarnos con el hermano y perdonarlo o ser perdonados de corazón? Cómo hacer significativo el mensaje de Jesús a un pueblo que ha retrocedido

a la ética de la Ley del Talión, acosado por la ambición de los países que nos venden las armas, por los corruptos a quienes les favorece la violencia, por los MCS que necesitan de la «chiva» para sobrevivir, por la violencia familiar?

Para la V.R. colombiana éste es uno de sus grandes retos. No con palabras, sino con nuestro *estilo de vida* tenemos que anunciar la presencia del Reino (Mat. 3,1), para hacerlo creíble. Desafortunadamente, desde fuera, a veces nos ven también a nosotras(os) involucrados en los mismos pecados: ambiciones, soberbia, poder, dinero, incapacidad para reconciliarnos, en una palabra: incoherencia entre lo que predicamos y vivimos. Para ser profetas, hoy, para ser transparencia de Dios, tenemos que pedirle al Señor que nos ayude a ser coherentes. Al pueblo le convenció mucho más la caridad, así queramos llamarla paternalismo, de Teresa de Calcuta, que todos los sermones de nuestras iglesias, aunque no nos guste reconocerlo. Y mucho más el compromiso, hasta dar la vida por sus hermanos, de Mons. Romero, que muchos talleres, seminarios o lo que sea, que organicemos para evangelizar o humanizar a los colombianos. Les convence la vida, las palabras solamente los dejan inquietos, cuando mucho.

¿Cómo sentir como Jesús? Si pudiéramos adorar al Padre (Jn. 17,1-3) a la manera de Jesús, amar y aceptar la presencia del Espíritu «el Espíritu del Señor está sobre Mí- por encima de Mí (Is. 61) y entregar la vida por los hermanos para vivir el amor desde la praxis (1 Jn. 3,16), entonces podríamos revelar el Reino en forma creíble. Entregar la vida por el hermano es el supremo acto de amor. No todos vamos a tener la gracia del martirio, pero sin llegar a ese extremo, encontrarnos en Jesús mil formas de amar que están más a nuestro alcance:

Su compasión ante el dolor físico o moral de la gente de su pueblo: «tienen hambre y vienen de lejos» (Mc. 6,34); el amor a los niños, que son quienes más se asemejan al Proyecto de Dios (Mc. 10,13); la tristeza por la muerte de su amigo Lázaro (Jn. 11,33); el cuidado y detalles con sus discípulos: «los llevó a un lugar apartado para que descansaran (Mc. 6,31); el perdón para quienes lo llevaron a una muerte de cruz, «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Luc. 23,33). Son los sentimientos del hombre cercano, sencillo, tierno, delicado y fuerte. Del Dios-Hombre que se guía por el principio de la misericordia.

Pero ser profeta en un mundo marcado por la indiferencia ante la muerte violenta de tantos inocentes, a manos de paramilitares, guerrilla o

de quienes ejercen el poder, no es fácil. Y menos, ante el silencio social por la violación de niñas(os) o de la mujer en general, por el trabajo abusivo de menores de edad, o por la violencia familiar. Qué hacemos como Vida Religiosa para denunciar tanta corrupción? Muchas Congregaciones se han involucrado creando obras sociales que de alguna manera responden a la solución del problema, pero no es suficiente. La mayoría seguimos encerrados en nuestras Instituciones y nos contentamos con orar. ¿Cómo comunicar al pueblo, en forma creíble, que Dios los ama, que cuida de cada una(o) como de las niñas de sus ojos, que su misericordia y compasión son la roca que nos ampara?

Con nuestra propia vida. Cuando nos dejemos tocar el corazón y nuestro estilo de vida se ajuste a la estructura de la vida y de los sentimientos de Jesús.

El mensaje que anunciamos es creíble, pero tiene más fuerza si nuestras «obras» coinciden con la Palabra, y más todavía si *somos* lo que anunciamos. La *radicalidad y la significatividad* son elementos esenciales para la evangelización, hoy. La radicalidad evangélica en nuestra vida es lo que hace significativa la Palabra, que entonces será la clave hermenéutica para las situaciones cotidianas de la vida.

En esta «soledad poblada de aullidos» (Dt. 32,10), nuestra gente, desgastada por la lucha para sobrevivir, necesita saber que es amada por su Dios, «porque Dios no mandó a su Hijo para condenar el mundo sino para salvarlo» (Jn. 3,17). «El sacrificó su vida por nosotros, *y en ésto hemos conocido el amor*» (1Jn. 3,16).

Si nos permitimos tener sentimientos de compasión ante el dolor ajeno, si logramos ser amigos, si nos dejamos sorprender por la vida, como los niños, sí somos capaces de perdonar, de servir, de solidarizarnos, entonces será legible el mensaje de Jesús. Cuando alguien nos ama, nos cuida o nos perdona, es porque sí hay un Dios que nos ama, nos cuida y nos perdona y por medio de nosotros está obrando el milagro del amor.

También tenemos que aprender de la manera de actuar Jesús, para que nuestro profetismo sea realmente Don del Espíritu al servicio de los demás.

Sólo quiero hacer hincapié en dos aspectos: Jesús actuó siempre con *libertad,* por su clara conciencia de la Misión y con *la verdad,* como razón

fundamental de su vida. Y nosotros? ¿Cómo hacer creíble a nuestro pueblo colombiano estos valores de Jesús y por consiguiente guías de comportamiento para los cristianos?

Veamos primero qué ha pasado con nuestra sociedad. Oprimidos, esclavizados, utilizados desde hace quinientos años, primero por los conquistadores y luego por los que acapararon el poder, nuestro pueblo no ha tenido la experiencia de vivir con libertad y menos en la verdad. *Nos arrebataron la palabra,* nos iniciaron en la limosna como principio de supervivencia, nos enseñaron a vivir bajo el miedo y nos acostumbraron a depender. Como reacción creamos también nuestros propios mecanismos de defensa: la apariencia y la mentira. Y como al mismo tiempo nos evangelizaron, aprendimos en la praxis la coexistencia pasiva entre fe y vida, de la que ahora empezamos a sorprendernos.

Es otro de los grandes retos para la Vida Religiosa Colombiana, si realmente quiere ser Profeta del Reino: ¿cómo ser testigos de la vida transparente de Jesús, ante un mundo al que no le interesa comprometerse con El por los riesgos que supone? Y todavía más grave: la Vida Religiosa, al menos en las grandes ciudades, no le dice nada a nuestra sociedad, no les significamos lo que queremos ser. Al contrario, con excepción de algunas comunidades insertas entre los pobres o encarnadas en las misiones vivas, la sociedad nos considera personas autosuficientes, con grandes obras que nosotras(os) llamamos «sociales», pero ella la considera negocio; con todas las necesidades cubiertas, y bien cubiertas, como salud, alimentación, vivienda, estudios (no propiamente los básicos sino especializados) y recreacionales.

Y es real, pero no es toda la verdad. La mayoría de las Religiosas y Religiosos, conscientes de la realidad que nos tocó vivir, sentimos el gran peso de las estructuras, que también nos tocó heredar y que tampoco podemos destruir porque sí. Pero podemos ser inmensamente significativos si a pesar de nuestros «haberes» intentamos vivir la solidaridad y la fraternidad, desde la libertad de espíritu y la verdad. Creo que esa fue la postura de Jesús, convivió con ricos y pobres, no rechazó a nadie, aunque manifestó su preferencia por los pobres; pero en cambio fue inflexible ante la verdad y con una libertad tan grande que calló a sus opositores. «Ustedes también, al escuchar la Palabra de la Verdad, la Buena Nueva de que son salvados, creyeron en El, quedaron sellados con el Espíritu Santo prometido, el cual es la garantía de nuestra herencia» (Ef. 1,13).

El don de la Fraternidad y la Solidaridad

La Vida Religiosa Colombiana necesita el don de la fraternidad y de la solidaridad para transparentar la paternidad de Dios, el amor oblativo de Jesús y la presencia transformante del Espíritu.

Nuestro pueblo colombiano espera y exige de la Vida Religiosa una actitud fraterna y solidaria con los desposeídos de los bienes que Dios nos ha dado abundantemente, los oprimidos, los desplazados, los violentados, los desaparecidos, secuestrados, perseguidos, en una palabra, con los abandonados a su propia suerte.

Nos lo exige, porque proclamamos que esa es nuestra misión. Pero esta sociedad se mide a sí misma de otra manera. Es tremendamente egoísta, indiferente al «otro», individualista, donde la soledad es la fiel compañera del hombre, y el «yo» no permite formarse al «nosotros». Llevarles el mensaje de Jesús que solidarizó con la humanidad para redimirla «haciéndose igual a nosotros en todo menos en el pecado» (Heb. 4,15), resulta totalmente *increíble* si nosotras(os) no vivimos coherentemente las actitudes fraternas del Maestro.

Para ser significativa, nuestra vida tiene que despertar en el otro al mismo Jesús que «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Fil. 2,5-11). Pablo, el gran apóstol, lo vive así: «Efectivamente, siendo libre de todos, me hice esclavo de todos para ganar a los que más pueda» (1 Cor. 9,19).

Para mí ese es el don de la fraternidad y de la solidaridad que hoy nos puede llevar a que Jesús sea aceptado por nuestro pueblo sufriente. El dar cosas no siempre crea fraternidad ni necesidad de Dios, porque dar supone de alguna manera tener. Darse al otro, reconociéndolo como hermano de un mismo Padre y vivir en consecuencia, sí crea la fraternidad.

Recuerdo un hermoso poema de Pablo Neruda, Ven conmigo, que dice:

En mi patria hay un monte.
En mi patria hay un río. Ven conmigo.
La noche al monte sube.
El hambre baja al río. Ven conmigo.

¿Quiénes son los que sufren?
No sé, pero son míos. Ven conmigo.
No sé, pero me llaman,
y me dicen «sufrimos». Ven conmigo.

Y me dicen: Tu pueblo,
tu pueblo desdichado,
entre el monte y el río,
con hambre y con dolores
no quiere luchar solo. Ven conmigo.

O el canto maravilloso de Silvio Rodríguez:

Debes amar la arcilla
que va en tus manos,
debes amar la arena hasta la locura.
Y si no, no la emprendas,
que será en vano,
sólo el amor alumbra lo que perdura,
sólo el amor convierte
en milagro el barro.

Debes amar el tiempo de los intentos,
debes amar la hora que nunca brilla,
y si no, no pretendas tocar lo cierto, sólo el amor engendra la maravilla,
sólo el amor consigue
encender lo muerto.

El don del discernimiento

Los dones del Espíritu pasan a través de nosotros como una bendición para la liberación propia y de los hermanos. Si los atrapamos para nuestro beneficio pierden su fuerza transformadora. Es como esconder un gran tesoro. La Vida Religiosa vive estos dones en función de su misión. La fraternidad y la solidaridad son los canales de expresión, con la modalidad del carisma propio.

¿Cómo vivir mi carisma hoy, para responder a las urgencias actuales del pueblo colombiano? Aquí radica la necesidad del discernimiento, para involucrarnos en la transformación de un mundo cada día más secularizado, pero que todavía sueña y tiene sus propios valores, para que salga de su

«soledad poblada de aullidos», de dolor, de opresión, de injusticia y se enrute hacia el Reino de Dios, que ya está en medio de nosotros.

El Reino del que nos habla Jesús no es el Reino del más allá, separado de la realidad. Si amamos de verdad al Creador, amamos la obra de sus manos. Pero amar a un mundo que ha roto el Plan de Dios, sólo es posible haciendo una relectura de su historia pasada y presente desde la fe y en actitud de discernimiento. ¿Qué hacer y como para descubrir la Voluntad de Dios en nosotros y en los demás y así transformamos en un mundo más humano, más fraterno, más justo?

Como los vigías, que permanecían atentos a cuanto ocurría fuera de los muros de la ciudad, en los campamentos israelitas (Cf.Ezeq. 33,2-9), para avisar a sus jefes si abrían las puertas para recibir a los mensajeros, o las cubrían con sus tropas para cerrar el paso al enemigo, así tendríamos que estar atentos para otear el horizonte, fuera de nuestros muros, y descubrir lo que da vida o muerte a nuestra gente, y proceder en consecuencia.

Ezequiel se compara a un centinela militar, encargado de dar la voz de alarma ante el peligro. El profeta se siente responsable de la suerte de su pueblo y eso le exige estar siempre vigilante*.

Nuestra consagración también nos exige estar siempre atentos al clamor de los desposeídos y responder de acuerdo al propio carisma, para así realizar la misión que la Iglesia nos ha encomendado.

Nuestras fundadoras(es) no dieron por terminada su tarea, aunque fueron verdaderas(os) vigías de su tiempo. Nos dejaron la misión de discernir día a día cómo encarnar el carisma en las circunstancias actuales de cada época. En su tiempo no había desplazados, ni sida, ni drogadicción como ahora, había otra clase de pobrezas. Todo carisma responde de alguna manera a las necesidades del mundo que le tocó vivir, sea en salud, educación, misión ad gentes, inserción, justicia, solidaridad, cultura; con niños abandonados, con jóvenes, ancianos, con mujeres oprimidas, encarcelados, campesinos, obreros, madres solteras y toda la gama de pobrezas que ahora no podemos agotar.

* Cf. Biblia comentada III, la BAC, pág. 912

La fidelidad al carisma nos lleva a actualizarlo para que tenga vigencia en nuestro tiempo. Y es el Espíritu de Jesús quien nos guía, anima y fortalece. No es un slogan, sino una verdad teológica. El Espíritu es la promesa de Jesús, que hará posible el cumplimiento de su obra. «No los dejaré huérfanos» (Jn. 14,18).

Si queremos ser significativas(os) al mundo de hoy, dejémonos guiar por el Espíritu. Tu, yo, todos somos responsables. El pueblo que sufre necesita de nuestra fortaleza, nuestra esperanza, nuestra solidaridad, valentía y capacidad de riesgo para soportar las dificultades de este largo peregrinaje. Lo dejaremos solo?

Por fidelidad a Jesús, a la Iglesia y al Pueblo, continuemos valientemente discerniendo las formas de encarnar e inculturar nuestros carismas, de solidarizarnos con los oprimidos, de hacer nuestras sus angustias y necesidades, de no quedarnos en especulaciones estériles, así experimentaremos cuáles son los dones del Espíritu a la Vida Religiosa Colombiana para el momento que vivimos.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 35-49

El Espíritu impulsa a la Misión

P. Efrén Baldasso, imc

Premisa

En la presente reflexión me dejo guiar por mi identidad de misionero. Vivo la vida consagrada en el dinamismo del Espíritu con una clara dimensión universal. Estoy llamado a profundizar los valores misioneros de la consagración religiosa y, al mismo tiempo, a acoger el dinamismo que la misión *ad gentes* imprime a la vida consagrada. Esto no es un bonito juego de palabras. Es, sencillamente, mi identidad. Pertenezco a una familia de consagrados para la misión *ad gentes* de por vida, como afirman las constituciones de mi familia misionera. Voy, entonces, a reflexionar sobre la identidad y el compromiso misionero de la vida consagrada.

2. Como un viento recio

Empecemos nuestra reflexión por un mínimo

fundamento bíblico. Para ello volvamos la mirada a los Hechos de los Apóstoles. Desde el día de Pentecostés, Lucas nos presenta al Espíritu Santo en su misión de guiar a la Iglesia a lo largo y ancho del mundo. No creo que sea necesario que me demore en subrayar todos los aspectos de la presencia del Espíritu. Me limito a algunas pinceladas esenciales.

Los Apóstoles y demás discípulos, reunidos en el cenáculo alrededor de María, la madre del Señor (1,14), viven una experiencia que transforma su vida (2,1-4). De un grupo cerrado y de miedosos, incapaces de entender y aceptar la experiencia trágica de Jesús, se convierten en valientes que dan testimonio con *parresía* (2,4.32.36; 4,8.19-20; 5,29.42). El Espíritu abre las puertas del cenáculo, saca a los Apóstoles a la calle y los lleva por los caminos nuevos de la misión, en un mundo siempre más dilatado geográfica y culturalmente. El martirio de muchos de ellos sella la libertad y la valentía de su testimonio.

El Espíritu está presente también en la comunidad de Jerusalén que, bajo su acción anuncia el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús con igual valentía (Hch.4,31). El mismo Espíritu estimula el servicio de Pedro y Juan (8,14-17.25; 11,12), de Felipe (8,5-6); toma la iniciativa en el envío de Pablo y Bernabé (13,2-3) y traza los caminos de su misión modificando, a veces, sus planes y programas (13,9; 16,6; 19,6; 20,23). En la asamblea de Jerusalén ensancha el espacio de la tienda de la comunidad y la Iglesia se descubre, por primera vez, católica (15,7-29).

La acción del Espíritu no se agota en la Iglesia de Jerusalén. Precede e indica el camino a sus enviados; prepara a las personas que van a recibir el mensaje del Evangelio. Lo notamos en la acogida del mensaje evangélico de parte de los samaritanos (8,12), en el encuentro de Felipe con el etíope, ministro de la reina Candace (8,26-40), en la familia de Cornelio (10,44-48); 11,15). La misión de la Iglesia, entonces y ahora, consiste en ir al encuentro del Espíritu que está presente más allá de los límites visibles de la comunidad (RMi 28-29).

Y si miramos hacia atrás vemos que el Espíritu, que aleteaba sobre el caos y movía a los profetas, ha permeado la vida y la misión de Jesús desde la Encarnación a la Ascensión. Jesús es fruto del Espíritu y obra movido por él (Lc 1,35; 3,22; 4,14.18-19; Mt 29,19). En la fuerza del Espíritu, Jesús pudo decir: «Como el Padre me ha enviado a mí así los envío yo... Recibirán la fuerza del Espíritu que vendrá sobre ustedes y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

Es un envío en el Espíritu. Cristo resucitado, nos envía a la misión y nos guía por su Espíritu. Es él quien hace misionera la Iglesia. Desde el día de Pentecostés, entre éxitos y fracasos, la Iglesia va abriendo caminos al Evangelio, siendo fiel a Cristo y dócil al Espíritu. La misión no puede renunciar a la presencia y acción del Espíritu. Sin él no hay misión; pues está totalmente sumergida en él (LG 4,8; AG 4; EN 75; RMi 21-30).

Realmente el Espíritu Santo es el protagonista de la misión de la Iglesia. Y nos preguntamos ¿de qué misión se trata?

3. Algo más que palabras

La respuesta no es fácil porque tropezamos con una dificultad objetiva. Los términos «misión-misionero» se han vuelto ambiguos en el contenido y en la terminología. Algunos se preguntan si la misión sea todavía válida o si haya que sustituirla con el testimonio y el diálogo. Otros van más allá y opinan que los términos «misión» y «misionero» están superados y mandados a recoger porque van cargados de resonancias negativas. Muchos hablan y escriben sobre un nuevo rostro de la misión; pero les es difícil dibujarlo. En fin, cuando hablamos de «misión» y «misionero» no está tan claro a lo que nos referimos.

En todo esto existe el riesgo real de confundir las ideas e igualar situaciones muy diferentes. Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una misión específica que llamamos *ad gentes;* al igual que afirmar que todos los católicos, por el bautismo, son misioneros no excluye que existan unos católicos que tienen una vocación misionera específica. Porque cuando todo es misionero, en realidad nada lo es. La ambigüedad es tal que algunos se preguntan sobre el por qué y el para qué de la misión y si, de verdad, existe esa actividad misionera específica que solemos definir como misión *ad gentes* (RMi 32).

4. Misión y misión *ad gentes*

Tenemos, entonces, una primera invitación a mirar un poco más de cerca la identidad de la misión. En estos últimos años, después que el Papa empezó a hablar con insistencia de la nueva evangelización, parece que estamos alcanzando más claridad sobre la misión de la Iglesia.

Mirando a su historia y actividad actual podemos describir tres situaciones diferentes en las que vamos a armonizar unidad y pluralidad. Es decir, Jesús, después de su resurrección envío a los Apóstoles a todos los pueblos y lugares. Por medio de ellos la Iglesia ha recibido una misión única y universal que no conoce confines: dar a conocer a Jesús y su Evangelio; ser testigo del amor del Padre hacia todo ser humano.

Esta misión única y universal se encuentra con pueblos y personas concretas, que tienen culturas diferentes y viven en situaciones diferentes. En un trabajo de síntesis podemos reducir la pluralidad de situaciones a tres.

Lo primero que vemos entre nosotros es la existencia de comunidades de fe y compromiso que el Evangelio de Jesús ha sido testimoniado y anunciado desde hace tiempos. Comunidades y personas suficientemente identificadas con su cultura, que viven y actúan como Iglesias particulares, que anuncian, viven y celebran su fe en Jesús, el Señor resucitado. Comunidades y personas que se sienten llamadas a irradiar el testimonio del Evangelio en su medio ambiente y viven el compromiso de la misión universal. Son comunidades que se sienten Iglesia de salvados que salva, de reunidos para ser enviados y de enviados para reunir. Son las comunidades parroquiales y diocesanas en las que todos nosotros nacimos y estamos insertos. En estas comunidades la Iglesia lleva adelante una actividad que solemos definir como actividad pastoral.

Existe una segunda situación, ligeramente diferente de la anterior y difícil de definir. Se trata de algo que también encontramos entre nosotros. Me refiero a la situación de muchos grupos y personas que han perdido el sentido de su vida de fe, han ido marginándose -o los hemos marginado- progresivamente del Evangelio, ubicándose casi a los márgenes de la vida de la comunidad. Jesús no es una persona y presencia significativa ni es el horizonte y el punto de referencia de su vida.

Se trata de los que podríamos reconocer, sin desprecio o rechazo hacia ellos, como los que fueron discípulos de Jesús. Con ellos la Iglesia está llamada a emprender la actividad pastoral que conocemos como nueva evangelización.

Y existe la situación de grupos humanos, pueblos enteros, contextos socio-culturales que no han sido alcanzados aún por el anuncio de Cristo. No conocen a Jesús y a su Evangelio. Están invitados a experimentar el amor de Dios Padre y a formar parte de su familia, la Iglesia; pero no han tenido la oportunidad y la posibilidad concretas de hacerlo. Nadie se lo ha

testimoniado, anunciado. Como consecuencia, faltan comunidades cristianas suficientemente maduras para inculturar el Evangelio y expresar la fe en la propia cultura y anunciarla a otros grupos humanos y pueblos.

Sin afán de proselitismo, podemos hablar de la situación de los que no son discípulos de Jesús. La actividad pastoral entre ellos solemos reconocerla como misión *ad gentes.*

Nos damos cuenta, enseguida, de que estas situaciones diferentes no son tres misiones diferentes, sino modalidades de la misma y única misión que la Iglesia ha recibido de Jesús. Modalidades que piden prioridades, contenidos, métodos y matices diferentes.

Nos damos cuenta, también, de que, en todo esto, no se trata de geografía, sino de situaciones diferentes en las que viven personas y grupos y que, por ende, las actividades pastorales diferentes están, a menudo, mezcladas, se necesitan y complementan mutuamente. A todas hay que infundirles espíritu y dinamismo misioneros.

Sobre este tema el Papa, en su encíclica *Redemptoris Missio* ha escrito páginas muy bonitas y útiles para nuestra reflexión (cfr el capítulo 'V).

5. La vida viene antes que la teología

En la premisa he afirmado que mi reflexión sería sobre la identidad y el compromiso misionero de la vida consagrada. Después de haber recordado la presencia y la acción del Espíritu y haber dado una ojeada a la realidad de la misión de la Iglesia en sus diferentes modalidades, sigo mi reflexión con una pregunta que formulo de la siguiente manera: la misión *ad gentes* ¿debe estar en el horizonte de nuestras comunidades de consagrados?

Mi respuesta personal es afirmativa. Para ello recuerdo dos razones que todos conocemos.

Aunque no sea la más importante, empiezo por la razón histórica. La Iglesia, a lo largo de su historia, ha mantenido viva y operante su identidad de sacramento de salvación, estandarte levantado entre los pueblos para indicar a los hijos dispersos de Dios, el camino hacia el encuentro con El (cfr el capítulo I de LG). Siempre les ha abiertc .as puertas a los pueblos que asomaban a su casa y les ha ofrecido el anuncio de Jesucristo, el Señor resucitado.

La metodología y los recursos utilizados pueden ser discutibles, criticables. Las ciencias históricas tienen la palabra. Lo que no me parece condenable es el hecho de que en toda la tierra ha resonado la voz de los mensajeros del Evangelio. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha intentado mantenerse fiel a la fuerza del amor del Padre y a la consigna de Jesús de ir hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

Fruto de esta itinerancia de la Iglesia por el mundo, llevando el Evangelio en la alforja, son las comunidades cristianas que están testimoniando con su vida y alabanza las grandes maravillas de Dios. Movidas por el Amor del padre y del Hijo y por la efusión del Espíritu se han abierto a la misión más allá de sus fronteras.

No olvidemos que, en gran medida la evangelización del mundo ha descansado sobre los hombros de los consagrados. Lo reconocen el Concilio Vaticano II (AG 40) y el reciente Magisterio de la Iglesia (EN 69; RMi 69; VC 2-3, 63, 78 y la Carta Apostólica a los religiosos y religiosas de América Latina, 1990).

6. En la Iglesia para el mundo

La segunda razón es teológica. No pretendo decirlo todo. Voy a subrayar sólo algunos aspectos que me parecen fundamentales.

6.1. En primer lugar podemos recordar la dimensión eclesial de la vida consagrada. Empiezo por este aspecto porque es lo primero que se nota. La vida consagrada es un don de Dios a su Iglesia (VC 1,3,25,29-34). Es signo de que el Espíritu está presente y actúa en ella. La vida consagrada no es un proyecto evangélico de vida para que lo disfruten los consagrados; es para la misión de la Iglesia, porque la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión (VC 3,25).

Los consagrados viven y realizan la dimensión eclesdial de su consagración en la comunión que expresan en la fraternidad de vida y en la participación en la vida de la Iglesia particular y universal. Se les pide que sean expertos en comunión, y que se dejen llevar por el Espíritu. De este modo la comunión se abre a la misión; se configura como comunión misionera (VC 46).

No insisto sobre este aspecto porque los consagrados sentimos muy honda la dimensión eclesial de nuestra vida y estamos convencidos de que

la Iglesia es «misterio de comunión para la misión», según nos dice la *Lumen Gentium*.

6.2. En segundo lugar, podemos recoredar la dimensión cristológica. En la Iglesia los consagrados nos identificamos como discípulos de Jesús, al que seguimos con mayor radicalidad. Esta es nuestra forma específica, original de ser cristianos. En la Iglesia no hay una sola forma de seguir a Cristo. Cada «estado de vida» tiene su forma peculiar.

Los consagrados somos la «memoria» histórica de la comunidad apostólica reunida alrededor de Jesús. Esta fue la gran novedad del Concilio Vaticano II que la Iglesia no ha terminado aún de profundizar (PC 1-2). La profesión de los consejos evangélicos es el signo del seguimiento de Jesús más libre y radical (LG 43, 46; PC 12-14).

Don del Dios a la Iglesia, por el Espíritu, la vida consagrada es también un modo especial y fecundo de participar en la misión de Jesús (VC 18). El Cristo, al que seguimos, es Jesús, hombre del Espíritu, de la Palabra y del anuncio; el enviado y misionero del Padre que, antes de Pascua, envía a la casa de Israel y, después de Pascua, a la humanidad entera para que a toda persona se le ofrezca la posibilidad de experimentar el amor y la paternidad de Dios. La Iglesia hereda esta misión de Jesús: pasamos de Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizada que evangeliza, como bellamente ha escrito Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (n. 6-16).

6.3. El seguimiento de Cristo, vivido y realizado en una Iglesia particular, es signo de la llamada del Padre. Se trata del tercer aspecto de la teología de la vida consagrada: la consagración por y a Dios. El seguimiento de Jesús, que fascina por su proyecto de vida, no es fruto de una opción personal, sino don de su amor (Jn 15,16).

Es un signo del misterio del amor del Padre que, nos invita a aceptar su amor y entregarnos a El, al servicio de su gloria y de los hermanos (Jn 3,16-17; 14,21-24; 15,9-27; 16,25-28; 17-6-26). La consagración que Dios reailza en los consagrados espera una respuesta libre y generosa. Ellos son realmente consagrados por Dios y, por la fuerza del Espíritu, se consagran personalmente a Dios (LG 44; PC 1; VC 17).

La consagración por y a Dios es, pues, la manera específica que los consagrados tienen de vivir su vocación cristiana, su seguimiento de Jesús. Esta consagración tiene una relación profunda con la del bautismo (PC 5; VC 30).

Los consagrados son discípulos de Jesús con un «más» de respuesta a su invitación proque en ella descubren un «más» de amor, corresponde un «más» de amor en la respuesta. En este contexto me parece significativo recordar el ejemplo de la Santísima Virgen María, modelo sublime de consagración, por su entrega total a Dios (VC 28).

Podemos convenir, entonces, en que los consagrados somos unos discípulos de Jesús que, en la Iglesia, viven su identidad de consagrados para la misión. Nuestra vida gira alrededor de cuatro centros: Dios Cristo, la Iglesia y la Misión. Esta está inscrita en el corazón mismo de la vida consagrada. No existe separación u oposición entre consagración y misión: las dos son fruto del Espíritu. Estamos llamados a profundizar nuestra identidad de consagrados para la misión (VC 13,25).

7. Nunca es tarde para ser misioneros

Entonces, avanzando un poco más en nuestra reflexión, nos podemos preguntar: la misión *ad gentes,* ¿es el horizonte de la vida consagrada colombiana?

Por supuesto que sí! Porque, por razones históricas e identidad teológica la vida consagrada está íntimamente vinculada a la Iglesia. No puede existir de espalda a la comunidad eclesial, ignorando sus opciones pastorales. La misión es la meta hacia la cual tiende la vida consagrada. El consagrado es un discípulo de Jesús que acepta ser signo del Reino entre los hermanos, al estilo de él y enviados por él.

No me parece necesario insistir sobre la participación, casi masiva, de los consagrados en la misión de la Iglesia colombiana. No es un misterio para nadie que los consagrados en Colombia y América Latina, por ser casi el 80 por ciento de las fuerzas pastorales, están asumiendo los retos y desafíos que la Iglesia está enfrentando en la actual sociedad post-moderna.

Sin la pretensión de ser exhaustivo, recuerdo algunas formas de participación. Encontramos a los consagrados integrados en el presbiterio y vinculados a la pastoral parroquial y diocesana, a la labor educativa, a la pastoral de la salud; han asumido la opción por los pobres, los marginados; están como desplazados entre los desplazados. En muchas situaciones extremas son, por su inserción, el único signo de Iglesia que la gente conoce. Fieles a su carisma, están dejándose llevar por el Espíritu a dar respuestas

creíbles a las necesidades de la gente de hoy, al igual que sus fundadores en sus tiempos.

Los pastores de nuestra Iglesia colombiana saben que pueden contar con la entrega abnegada de miles de consagrados para la nueva evangelización de nuestro pueblo y el diálogo con las múltiples culturas presentes en Colombia.

Es grato leer la opción pastoral que los obispos han renovado en Santo Domingo. «Apoyar y asumir el ser y la presencia misionera de los religiosos en la Iglesia particular, sobre todo cuando su opción por los pobres los lleva a puestos de vanguardia de mayor dificultad o de inserción más comprometida» (n. 92).

8. La misión *ad gentes* desde Colombia

No puedo ignorar el reto de la nueva evangelización y la urgencia de los demás desafíos que nuestra Iglesia Colombiana tiene. Es cierto que los consagrados estamos llamados a comprometernos con esos retos y ser misioneros en nuestro país.

Sin embargo, me parece útil insistir, también, sobre la necesidad de que no desaparezca del horizonte de la vida consagrada la misión *ad gentes*. Esta estimula a los consagrados a mirar más allá de las fronteras de su Iglesia. El énfasis sobre este aspecto no niega el compromiso con la realidad y necesidades de nuestra Iglesia; al contrario, le da inspiración, oxígeno y se transofrma en fuerza de renovación. La entrega a la misión, compromiso de todo discípulo de Jesús, lo debe ser, a mayor razón, de los consagrados porque ellos experimentan con más fuerza y radicalidad que el amor de Dios, que ha sido derramado en sus corazones por el Espíritu, los apremia hacia el testimonio y el anuncio (Rom. 5,5; 2 Cor 5,14). La misión *ad gentes* es el lugàr privilegiado de la acción del Espíritu.

En este contexto es bueno recordar los pasos gigantes que ha dado la Iglesia colombiana. La misión *ad gentes* es uno de los retos que nuestra Iglesia ha madurado más en estos años, sobre todo después de las asambleas de Puebla y Santo domingo. Ha crecido en los pastores la conciencia de ser responsables no sólo de su Iglesia particular, sino de toda la Iglesia. Han surgido el centro nacional misionero y los centros misioneros diocesanos. Crecen los cursos de formación y los envíos de misioneros en equipos diocesanos o por el cauce de las congregaciones religiosas. Laicos, sacerdotes,

religiosas/os, son más de dos mil los misioneros colombianos que, en los cinco continentes, testimonian con valentía a Jesús a su Evangelio en el servicio a los hermanos. Algunos de ellos han sido considerados dignos y maduros para pagar su testimonio con la efusión de su sangre. Con humildad y alegría de espíritu ya podemos hablar de misión *ad gentes* desde Colombia y de mártires colombianos. Ellos son la oferta agradable a Dios que nuestra Iglesia le presenta para el bien de la humanidad que busca el camino hacia la casa del Padre.

Sin embargo, creo que los consagrados colombianos debemos asumir el reto de la misión *ad gentes* con mayor valentía y hacernos presentes, con disponibilidad, más allá de nuestras fronteras; es decir, comprometidos con la Iglesia en la que vivimos y los ojos puestos en el horizonte de la Iglesia Universal. La apertura a esta modalidad específica de misión hará circular en nuestras comunidades e Iglesias particulares un aire fresco, lleno de vida. La nueva evangelización difícilmente producirá frutos abundantes de renovación si pierde el horizonte universal (Santo Domingo 125).

Nuestras comunidades, para gozar de buena salud, deben mantenerse en una constante actitud de «extroversión», ensanchar los espacios de sus tiendas y salir de ellas hacia los demás pueblos. Les es necesario el horizonte universal para no encerrarse en sus problemas y, el mismo tiempo, para no soñar evasiones dañinas. Para vivir necesitan superar las tensiones entre el «aquí» y el «allá»; unir y armonizar los dos dinamismos; mirar lo que está lejos apra ver mejor lo que está cerca. En fin, darse cuenta de que la fiebre misionera las mantiene vivas, despiertas y florecerán en la medida en la cual serán capaces de abrirse a la evangelización no sólo de los que están cerca, sino también de los que están lejos.

En la historia de la Iglesia el impulso misionero universal, la apertura a otras culturas y pueblos, la salida de misioneros hacia otras Iglesias hermanas han sido siempre signo de vitalidad así como su disminución ha sido signo de una crisis de fe y compromiso de vida. La apertura a la misión más allá de nuestras fronteras eclesiales es el índice exacto de nuestra fe en Cristo. Cuantas veces hemos repetido que «la fe se fortalece dándola» (RMi 2,11).

Me parece que haya llegado el momento de que nos demos cuenta de que la participación en la misión universal de la Iglesia no es locura de unos pocos a los cuales delegar nuestra responsabilidad, sino compromiso de todos. Creo que los consagrados colombianos no podemos quedar

indiferentes frente a los miles de millones de personas que no conocen a Cristo y su Evangelio y que esperan nuestro aporte, al que tienen derecho. La misión *ad gentes* no es *opcional* sino una dimensión esencial de la vida consagra (VC 25). La participación en la misión *ad gentes* lo podemos considerar como el *test* de la vitalidad de nuestras comunidades. Si éstas viven con coherencia y profundidad su fe, sentirán la necesidad de abrirse a los demás, de salir para dar testimonio de su adhesión a Cristo a otros pueblos. Toda comunidad se evangeliza, evangelizando a los demás. Sólo saliendo una comunidad logrará de verdad ser misionera en casa. Vida consagrada y misión *ad gentes* se enriquecen mutuamente (VC 72, 77-80; RMi 69).

9. Una nueva primavera

Después de todo lo dicho, una pregunta se hace inevitable: ¿qué y cómo hacer algo? Es decir, ¿nos quedamos, una vez más, a nivel de diagnóstico y afirmaciones de principio o llegamos a propuestas concretas y realizables?

No es fácil dar respuestas. Es fácil reducirlo todo a recetas caseras. Sin embargo, me parece que podemos identificar algunos compromisos fundamentales.

9.1. Una primera respuesta la podemos encontrar en la necesidad de vivir una espiritualidad misionera que se transforme en fuerza dinamizadora de nuestra vida y compromiso pastoral. Creo que la actitud fundamental deba ser la de dejarse llevar por el Espíritu de Dios y ponerle en el centro de nuestra vida personal y comunitaria, porque es él quien, renovando la faz de la tierra, renueva nuestra vida.

Dejarse llevar por el Espíritu significa vivir en constante docilidad a su dinamismo, a su fuerza propulsora que nos llevan hacia la profundización de nuestro carisma y la santidad de vida (RMi 90-91). Todos hemos experimentado lo difícil que es, para no decir imposible, ser testigos de Cristo, en el testimonio y anuncio de su Evangelio, sin la presencia y la acción del Espíritu de Dios (RMi 87).

9.2. Al lado e integrado con la anterior, existe otro compromiso que conocemos como animación misionera. Es decir, los consagrados debemos sentirnos llamados a crear conciencia misionera en las personas (padres de familia, profesionales, educadores, responsables de la cosa pública, etc.), que encontramos en la actividad pastoral, y en las comunidades para que crezca en ellas la conciencia de la presencia del Espíritu que las abre a la misión (RMi 83).

Me refiero a la responsabilidad que debemos sentir cuando nos damos cuenta de que en nuestros colegios se forman multitudes de niños y jóvenes; que de nuestras universidades y demás centros educativos salen miles de profesionales. ¿Cómo no sentir la urgencia de infundirles espíritu misionero, formarlos a la fraternidad y solidaridad universal y promover, entre ellos, las vocaciones misioneras *ad gentes?* Abriéndose a la misión universal, nuestras comunidades educativas no tienen nada que perder y todo que ganar. Si somos generosos, el Señor lo será más con nosotros (RMi 79-80; VC 78).

¿Cómo ignorar la urgencia de dejar atrás una pastoral de conservación y convertirnos a una pastoral de misión; de abrir nuestras parroquias, grupos apostólicos, asociaciones, centros de espiritualidad a la dimensión universal de la Iglesia? ¿Cómo es posible que tantas comunidades eclesiales vivan ignorando el servicio que las Obras Misioneras Pontificias y Episcopales prestan al crecimiento de la fe y al compromiso más allá de las fronteras, en el servicio entre Iglesias Hermanas? ¿Es imposible promover entre niños y jóvenes la Infancia y la Juventud Misioneras? (RMi 81.84)? ¿Qué podemos hacer para que los misioneros, de regreso a su tierra, nos puedan enriquecer con su experiencia de misión (RMi 85)?

9.3. Me parece que podemos hablar de otro compromiso, el de la formación al espíritu misionero en los seminarios y casas formativas de los consagrados. Desde el Vaticano II estamos hablando de la dimensión universal del sacerdocio; de que el sacerdote y el obispo tienen una misión más amplia que el servicio a la Iglesia Particular a la que están vinculados (obispo, LG 23; CD 6; AG 38; sacerdote, PO 6,7,10; OT 20; AG 39). Por otro lado, el mismo Concilio nos ha recordado que la misión está inscrita en el corazón de la vida consagrada (AG 40).

Los proyectos formativos de los seminarios y de las casas de formación de los consagrados ¿proponen caminos formativos misioneros, facilitan verdaderas experiencias de misión en las que definimos las «situaciones más misioneras» de Colombia (indígenas, afroameri-canos, campesinos, marginados, desplazados...)? En el currículo académico ¿está presente la reflexión teológica sobre la misión en sus diferentes modalidades? Nuestros formandos ¿conocen la Pontificia Unión Misional y su servicio formativo? (RMi 83). La formación permanente de los consagrados ¿tiene horizonte universal, misionero?

Creo que nos deben hacer reflexionar las observaciones que los obispos han consignado, con extrema sinceridad, en el documento de Santo Domingo: «No se ha insistido lo suficiente en que seamos mejores evangelizadores. Nos encerramos en nuestros propios problemas locales, olvidando nuestro compromiso apostólico con el mundo no cristiano. Descargamos nuestro compromiso misionero en algunos de nuestros hermanos y hermanas que los cumplen por nosotros. Raíz de todo lo anterior es la carencia de un explícito programa de formación misionera en la mayoría de los seminarios y casas de formación» (n. 126-127).

Los consagrados, así no sea nuestro carisma específico, no podemos ignorar este servicio de animación y formación misionera que la Iglesia Colombiana espera de nosotros para responder al reto de la misión *ad gentes* que está entre sus retos pastorales prioritarios (cfr. el capítulo séptimo de la RMi).

10. Conclusión

Queriendo sintonizar con el camino de la Iglesia hacia el Jubileo, la CRC ha puesto en el centro de sus celebraciones y reflexiones al Espíritu Santo. ¿Podía no hacerlo? El Espíritu de Dios está presente entre los consagrados en su compromiso cotidiano de vivir la vida cristiana con espíritu misionero; en la alegría de la entrega a los desafíos pastorales de sus Iglesias y a la animación misionera para alcanzar, en ellas, esa apertura universal que todos soñamos, y, en todos ellos, una fe viva y operante que los lleve a ser testigos de Cristo ahí donde viven y trabajan.

Para estimular una reflexión personal y un compromiso concreto me atrevo a presentar algunas preguntas.

La Iglesia hoy se considera a sí misma un misterio de comunión para la misión; los consagrados ¿qué visión de Iglesia, de vida consagrada y de misión tenemos? Los consagrados debemos estar ahí donde el Espíritu lleva a su Iglesia. Hoy, en Colombia ¿el Espíritu a dónde está llevando a la Iglesia? ¿Cuáles son sus desafíos pastorales más urgentes? La vida consagrada ¿está respondiendo a esos desafíos? Ahí donde está ¿está en su lugar? ¿No será necesario un discernimiento continuo?

Las situaciones más misioneras dentro y fuera del país ¿hacen parte de nuestras prioridades? ¿Estamos tomando en serio lo de «dar desde nuestra

pobreza», Santo Domingo y los Comlas? La opción por los marginados, los desplazados y la inserción entre los pobres ¿agotan todo el compromiso misionero de la vida consagrada? Esta ¿no tiene un horizonte más amplio? Los consagrados ¿nos sentimos memoria viviente de la comunidad apostólica enviada a los confines de la tierra?

La misión *ad gentes* y la salida de Colombia ¿hace parte de la identidad de los consagrados colombianos? Estos ¿maduran la espiritualidad del hombre del Espíritu, de la frontera, de las dos orillas? Los pueblos que aún no han recibido la buena nueva del Evangelio ¿están presentes en la vida de las comunidades religiosas? ¿Qué pensar de una Iglesia, comunidad o grupo apostólico que no «producen» vocaciones misioneras?

La presencia masiva de los consagrados en la pastoral ¿se ha convertido en un estímulo para pasar de la pastoral de conservación a la pastoral de misión? Nuestras comunidades ¿acompañan a los hermanos que han salido a la misión *ad gentes?* A su regreso ¿enriquecen nuestra vida y pastoral convirtiéndose en puentes entre Iglesias Hermanas? Los institutos misioneros internacionales ¿qué identidad y servicio tienen en las nuestras Iglesias?

Otras preguntas pueden quedar flotando. Las dejamos a la fantasía y fuerza del Espíritu Santo. Lo que nosotros no logremos hacer, lo hará El. Porque la misión de la Iglesia, como la de Jesús, es obra suya. Es obra del Espíritu el impulso a elevar la mirada de las propias necesidades y urgencias inmediatas para dirigirla a las exigencias de los que están como ovejas sin pastor (Mc 6,34). «Es él quien impulsa a ir cada vez más lejos, no sólo en sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal» (RMi 25).

Referencias Bibliográficas

Documentos:

Los documentos del Concilio Vaticano II, las encíclicas y exhortaciones apostólicas *Evangelii Nuntiandi* (1975), *Redemptoris Missio* (1990) y *Vita Consecrata* (1996).

Los documentos de Puebla y Santo Domingo.

Libros:

CASTRO QUIROGA Luis Augusto, *El gusto por la misión,* Ed. Celam, Santafé de Bogotá 1994.

Idem, *Situación actual de la realidad misionera en la Iglesia de América Latina,* Ed. Celam, Santafé de Bogotá 1995.

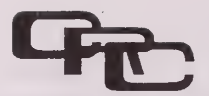
Idem, *Ensancha el espacio de tu tienda (Is 54,2),* Ed. Paulinas, Santafé de Bogotá 1998.

ESQUERDA BIFET Juan, *Teología de la evangelización,* Ed. BAC, Madrid 1995.

GORSKI Juan F., *El desarrollo histórico de la misionología en América Latina,* Ed. La Paz, 1985.

PONTIFICIA UNION MISIONAL, *Misión para el tercer milenio,* Ed. OMP, Santafé de Bogotá 1992.

SENIOR Donald - STUHL-MUELLER Carroll, *Biblia y Misión. Fundamentos bíblicos de la misión,* Ed. Verbo Divino, Estella 1985.



ACTIVIDADES PARA 1.999

MARZO

Encuentro

I ENCUENTRO REGIONAL JÓVENES RELIGIOSOS

SANTA FE DE BOGOTÁ

MARZO 13

Seminario

ASESORES JURIDICOS

SANTA FE DE BOGOTA

MARZO 20 AL 22

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 No. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO No. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 51-60

Los que caminan al «Aire» de Jesús

H. María Luisa Calero, mci

hace dos años, teniendo que explicar a un grupo de niños, de nueve años, que se preparaban a hacer su primera Comunión lo que significaba la presencia y acción del Espíritu en el mundo, la Iglesia y cada uno de nosotros, se me ocurrió preguntarles: ¿Con qué compararían ustedes al Espíritu y por qué?. Salieron cantidad de imágenes, unas más conocidas, como fuego, viento, llama de fuego, paloma, consolador, según la formación que habían recibido en sus escuelas. Otras, quizás más salidas de su experiencia personal, como: fósforos, mamá, río, lluvia, colores, arco iris, alegría.

Lo que pretendo en esta breve exposición, es reflexionar sobre algunas de las afirmaciones de estos niños, las razones que ellos daban para fundamentar sus comparaciones y aplicarlas a la vida religiosa. «Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt. 11,25).

Fuego que te atrae, quema por dentro y te proyecta hacia afuera

«A mí, empezaba diciendo uno de los niños, lo que más creo se parece al Espíritu son los fósforos. Me gusta mucho desde pequeño encender un fósforo y verlo arder hasta que se acaba. Mi mamá siempre me decía que me podría quemar; pero si uno no se arriesga con nada, acaba siendo un cobarde.

Yo creo que con el Espíritu pasa lo mismo, me acuerdo que en Pentecostés descendió en forma de lenguas de fuego sobre la cabeza de los apóstoles, los dejó como si estuvieran ardiendo por dentro, de ganas de salir de su encierro para anunciar a Jesús. Es como la atracción que siento por los fósforos, aunque a veces me da miedo el que me pueda quemar, es mas fuerte que yo mismo el deseo de encenderlos que el temor que siento de poderme quemar.

A ellos les pasó lo mismo que a mí con los fósforos, tenían miedo ante lo que les podían hacer los judíos, pero el Espíritu les dio el valor para que se arriesgaran a salir, aunque los pudieran matar. Los convirtió en unos valientes».

La muerte de Jesús, es decir, su ajusticiamiento en la cruz, inspiró temor a los que lo habían seguido. Todos los evangelios nos hablan del miedo que esto les produjo; pero al mismo tiempo nos hablan también, Juan en particular, de que el temor es lo contrario de la fe. Tener fe es confiar, Juan nos dice que los discípulos en lugar de anunciar el mensaje de Jesús se encerraron (Jn. 20, 19-23). El Señor se presenta a ellos y les desea la paz, es decir la vida, la salud, la integridad, los asocia a su tarea, ellos deben prolongar su misión.

El envío que les hace Jesús, se halla forzado por el don del Espíritu. La palabra espíritu significa aliento vital, fuerza. Sin coraje y sin riesgo no es posible hacer presente el evangelio en medio de las situaciones conflictivas que atravesamos hoy. Con frecuencia estamos siendo testigos de lo poco que vale la vida humana, en esta sociedad tan azotada por la violencia.

Como Iglesia, como personas consagradas y discípulos/as de Jesús, creyentes en el Dios de la vida, nos toca denunciar todo atentado contra la vida, sufrir con nuestro pueblo, solidarizarnos con las víctimas de quienes siempre quieren tener la verdad y la razón. Esto movidos/as por el mandato de Jesús y el impulso del Espíritu.

Torturar para hacer hablar y matar cuando se habla «demasiado», es la ley de la fuerza en la Colombia de hoy. La palabra es CAUSA y OBJETO de violencia. La muerte es el silencio exigido por las intransigencias políticas, mientras muchas mujeres sencillas mastican con su palabra de repudio, en su vida cotidiana y tercamente no la abandonan. Supervivir y callar constituye toda una estrategia para que todo quede en la impunidad. Comunicar entre violencias, es una estrategia de paz. Hablar será el nuevo poder a gestar. No nos quedemos en nuestras comunidades, como unos/as cobardes, con las puertas cerradas (cf. v. 19).

El acontecimiento de Pentecostés, nos enseña que la fe en Jesús y con la fuerza del Espíritu, hizo que los primeros cristianos afrontaran las persecuciones sin desanimarse, incluso sin perder la alegría. La confianza en Jesús, los llevaba a hacer realidad en sus vidas la bienaventuranza de los perseguidos: «Serán bienaventurados cuando los persigan.. por mi causa. Alégrense, estén contentos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos...» (Mt. 5, 11).

La mamá que te enseña a caminar

«Yo, decía una de las niñas, comparo al Espíritu con mi mamá. Ella sí que sabe hacer bien las cosas, es muy sabia. Nadie le ha enseñado, casi no ha podido ir a la escuela porque tuvo que trabajar desde muy pequeña para ayudar a la familia, ya que eran muchos. Ella me enseñó muchas cosas, me ayudó a caminar, a hablar, siempre ha sido un apoyo para mí. Quiso que me valiera por mi misma, me dio cariño y también me enseñó a que siempre debo portarme como Dios quiere. El Espíritu hace lo mismo con nosotros, nos enseña a caminar al «aire» de Jesús».

En la mayoría de los casos, a nosotras mujeres consagradas, nos ha condicionado desde pequeñas, la presentación de Dios exclusivamente en términos masculinos. Dios Padre, Creador de todas las cosas y fuente de vida de quien todo depende. Pero la Escritura no presenta a Dios solamente en términos masculinos. Desde el comienzo de la creación, se le presenta como imagen de hombre-mujer. Así, el Espíritu de Dios se personifica en la imagen femenina de la sabiduría y es esta la que aparece también en el Espíritu de Jesús.

Sin embargo, debido a que los rabinos, los sacerdotes, los predicadores y los teólogos han sido en su mayoría hombres, la dimensión femenina de

Dios y la presentación femenina del Espíritu han ido pasando inadvertidas en nuestra formación y en nuestra experiencia litúrgica. Posiblemente Israel empezó con el término de Dios como Padre para alejarlo de la diosa madre tierra.

Dios no tiene sexo; pero, dejando al margen de que «espíritu» es femenino en hebreo (ruah), las funciones del Espíritu corresponden a las que ordinariamente se refieren a la maternidad y feminidad: inspirar, ayudar, apoyar, expresar ternura, dar vida...

El feminismo no es una ideología. Es toda una manera diferente de ver la vida y el mundo bajo los valores de la mujer.

La vida religiosa, como seguidora de Jesús a la luz del Espíritu, está llamada a recuperar la importancia de lo femenino, de lo cotidiano, porque en el pozo de este mundo, como la Samaritana, es donde recibe el agua viva del Espíritu para compartirlo con todos. Los valores, ternura, comprensión, apoyo, ayuda, dar y defender la vida, sean la manera de «caminar al aire de Jesús» como nos decía la niña, siendo sensibles a la vida de los «pequeños» de Dios, cuidando la vida apenas comenzada, frágil, herida o injuriada, como lo hace una mamá con sus pequeños.

Tenemos como modelo a María, rostro materno y femenino de Dios, que lleva en su seno a Jesús por la fuerza del Espíritu. En María el Evangelio penetró la feminidad, la redimió y la exaltó. Esto es de capìtal importancia para nuestro horizonte cultural, en que a la mujer se la ve, entre otros, como un «signo de los tiempos».

Es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés de la vida religiosa, en donde el Evangelio se haga más carne, más corazón. La Reina de los Apóstoles, plena del Espíritu Santo, es la puerta abierta a la inculturación, llena de gracia, es la mujer multiforme, presente y comprendida por todas las culturas.

Un arco iris de colores fascinantes

Otro de los niños se expresaba así: «Para mí, el Espíritu se parece a un arco iris de colores fascinantes. Después de una tormenta lo veo salir y me parece que todo el mundo se viste de colores. Ya nada es lo mismo, cambia la visión de las cosas, volviéndolas más bonitas. Hay muchas cosas que no

me gustan en el mundo, como la violencia, el que la mayoría seamos pobres, que mi papá beba demasiado y que muchos niños no puedan ir a la escuela... Pero yo creo que también hay que ver las cosas bonitas que se dan en el mundo y valorarlas. Esa manera de ver las cosas, no negras, sino de colores, yo la atribuyo al Espíritu».

Vivimos un tiempo de transición y de cambio de época. Aparentemente murieron las utopías y esperanzas del pasado y aún no nacen alternativas del siglo XXI; pero un período como éste, no es tiempo de lamentaciones, pasividad o de simple espera. Menos aún de confusión o desesperanza.

Es «tiempo oportuno» que hemos de vivir de manera profunda y creativa. Tiempo privilegiado de creatividad ética y espiritual que nos permitirá encontrar alternativas de vida para las mayorías marginadas, hoy excluidas del sistema y para la creación, también dañada por la violencia destructora del nuevo orden internacional.

Ascención y Pentecostés son las fiestas de la madurez cristiana. Son un llamado a prolongar la misión de Jesús con nuestras percepciones de la realidad, criterios y decisiones. «La fuerza del Espíritu» (Hech. 1, 7) está con nosotros. No se trata de quedarnos inmóviles mirando al cielo y lamentándonos la ausencia del Señor (Cf. Hech. 1, 11), sino de ponernos en camino y llevar su Evangelio «a todos los confines de la tierra» (Hech. 1, 8).

Como vida religiosa y como Iglesia, tenemos la posibilidad y la responsabilidad de discernir los valores de esta nueva época y los impactos positivos y negativos que se están produciendo. Rechazar o bendecir los cambios, son actitudes simplistas que no deberíamos permitirnos. Partir de la realidad, sigue siendo un principio fundamental para nosotros/as. Esto requiere una aceptación básica del momento histórico que nos toca vivir, asumiendo que es en éste, en el que el mensaje evangélico debe encarnarse.

Esta aceptación del momento actual no debe ser pasiva, legitimadora y acrítica del sistema. Sino más bien que nos proyecte a construir una resistencia cultura, ética y espiritual al mismo sistema. Una cultura de vida, contra la cultura de muerte del mismo. Una ética de vida, contra la ética de muerte; una ética del tener; una ética de solidaridad y justicia y, no una ética fundada sólo en los valores de eficiencia y competitividad del mercado.

Es la fuerza del Espíritu la que nos alienta y empuja a seguir soñando y trabajando en la construcción del Reino, con cuantos trabajen por abrir

esperanzas de futuro y construir nuevas solidaridades. Cuando se mira con los ojos nuevos, como dice la canción, o «con los ojos de Dios», la realidad se viste de colores atrayentes, porque a pesar de las sombras y la oscuridad que nos rodean, hay razones para esperar un nuevo amanecer.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 57-60

Formación en el Espíritu frente al desencanto de la Vida Religiosa

Hernando Escobar, cm

1. Algunos aspectos de la situación actual en Colombia

Somos conscientes de que nuestro país ha venido sumiéndose, año por año, en una postración moral que amenaza llevarnos al abismo. Podemos destacar diversos puntos:

* Consumismo y neoliberalismo: pocos con mucho y muchos sin nada. Globalización, dejando a muchos al margen de la subsistencia.
* Ausencia de valores fundamentales.
* Pérdida del respeto a la vida. Descomposición familiar.
* Falta de educación por descuido de los padres y abuso de los medios de comunicación.
* Búsqueda de lo inmediato.
* Pérdida de la esperanza. Corrupción. Incoherencia.

Esta realidad afecta a la Iglesia de manera directa. El cristiano se siente sin fuerzas para combatir esta influencia. La Vida Religiosa tiene el peligro de situarse en una posición ambigua. Involucrarse en el cinismo colectivo. Vivir hacia adentro de las comunidades lo que se percibe fuera.

2. Factores que más afectan a los jóvenes

No aflora en general el sentido religioso de la vida. Hay un naturalismo generalizado.

Hay mecanismos culturales que dominan el ambiente: No se admite ninguna utopía. Se pierde la esperanza. Solamente cuenta lo inmediato: el aquí y el ahora, el momento. Ausencia de compromisos permanentes. El sentimiento es una potencia enorme que quiere llenarlo todo, de ahí que se olviden los principios fundamentales y se cree una inmensa confusión. El objetivo principal de los que manejan la cultura consiste en no dejar soñar. Las principales víctimas son los jóvenes. Para muchos de los jóvenes de nuestras comunidades el problema está en no haber descartado suficientemente las motivaciones a la vida religiosa y haberla idealizado. Al aparecer la realidad se produce el desencanto.

3. ¿Cómo actuamos nosotros en la formación?

Hay que partir del hecho del conflicto de generaciones. Las distancias entre las generaciones hoy se acortan. El modo como los mayores hemos visto la vida se diferencia mucho del modo de ver de los jóvenes de hoy. Tendemos a atribuirnos nosotros lo positivo y a ver en ellos lo negativo. La primera pregunta que debemos hacernos es ver cómo podemos influir en ellos para caminar juntos en la formación.

4. El sentido concreto de nuestra formación

* Docilidad a la acción del Espíritu Santo. Ser conscientes de que nuestra vida debe consistir siempre en un trato familiar y asíduo con el Padre, por su Hijo Jesucristo, en el Espíritu.

* El Espíritu actuó en nuestros Fundadores para inspirarles el camino propio de su acción en el mundo. Estamos seguros de que El nos da la posibilidad de ser fieles en la vivencia del carisma.

Dimensión contemplativa

Sin perder nunca de vista la realidad humana, cristiana y religiosa de nuestro ser, y por lo tanto de que nuestra vocación la vivimos en el mundo y en las circunstancias concretas de relación con todas las personas, sólo una unión profunda con Cristo puede hacer fecunda nuestra vida.

Como recordaba Pablo VI, los religiosos deben ser los profesionales de la oración. En este mismo sentido insiste el Concilio Vaticano II en que el estado religioso pertenence de manera especial a la vida y a la santidad de la Iglesia. Esto lo recuerda con énfasis Juan Pablo II en *Vita consecrata*.

Dimensión Profética

Profeta es el que se compromete con su vocación y la vive, denunciando todo lo que se opone a ella. Nuestra actitud no puede ser la de quedarnos callados ante tantas injusticias y dejarlas pasar. Hoy el mundo necesita profetas antes que maestros. Hay una pregunta real que nos debemos hacer: ¿Por qué en Colombia pasan y pasan los años, crecen y creen los problemas que destrozan a miles de personas, y no se escucha la voz de los religiosos como un contraste firme y valeroso?. Hasta dónde estamos descubriendo la presencia del Espíritu para ser los signos que debemos ser?

¿Cuál es la vivencia de nuestra pobreza ante una nación qeu se debate en la miseria y se multiplica cada vez más el número de desplazados?

¿Cómo aparece nuestra castidad ante la proliferación continua de un hedonismo reinante en todas las estructuras?

¿Cuál es el sentido de nuestra obediencia al Señor cuando es tan aplastante el cuadro de terrible injusticia que nos rodea?

No será que el ambiente del mundo contra el cual hablamos está entrando también en la estructura misma de la vida religiosa y que lo que negamos de palabra lo estamos admitiendo en nuestra vida?

Sentido de Libertad

Hoy el problema de nuestra formación consiste en que seamos verdaderamente conscientes del pecado pero nos mantengamos libres ante

El. San Juan y San Pablo nos recuerdan que sólo Jesús nos hace libres. Y el Concilio nos hace conscientes de que la verdadera libertad es el signo eminente de la imagen de Dios en nosotros (Cf. G.S., 17). Por lo tanto es importante que sea visible ante los hombres que estamos luchando contra nuestras pasiones para dar campo a la acción del Espíritu, que es amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio de sí mismo. (Cf. Gal. 5).

Dimensión martirial

Aunque parezca que estamos volviendo sobre lo mismo, hoy nuestra existencia, en lo humano, en lo cristiano, en lo religioso, adquiere necesariamente una dimensión martirial.

Al aceptar como camino, desde la persona de Cristo, la paradoja de las bienaventuranzas (Mt. 5, 1-12), es absolutamente necesario que nos comprometamos, en todo nuestro ser y no solo de palabra, a actuar en contra de las estructuras imperantes. Como lo expresa el apóstol Juan: «*Todo lo que hay en el mundo -los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de riqueza humana- no viene del Padre sino del mundo. El mundo y todos sus atractivos pasan. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (1a. Juan 2, 16-17)

5. Alegría ante el desencanto

Al profundizar el sentido de nuestra formación personal y comunitaria, tenemos que hacer vida la realidad de contemplación en la acción, para que no haya brechas entre nuestra realidad y la de las personas que nos rodean. Que, siendo conscientes de todas las dificultades y sin negarlas, vivamos la alegría del Espíritu dentro de una realidad de desencanto.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 51-72

Aporte Comunitario al Acompañamiento Espiritual Personal

H. Ana Rosa Sandoval Avella, op

Todo hombre tiende a la armonía de sí mismo, armonía entre deseos, tendencias, pensamientos, ambiciones y propósitos, entre mentalidad y comportamiento. Esta armonía e integración se refleja en la unidad de intencionalidad, así como también en la unidad de acción.

La persona bien integrada es aquella en que los diversos rasgos y necesidades de la naturaleza humana se organizan en un todo que funciona como unidad. La integración es esencialmente una característica del proceso de crecimiento. La armonía de la naturaleza enriquecida por el trabajo personal y responsable, así como por la compañía y ayuda de otras personas, esta llamada a un continuo crecimiento.

La tendencia al crecimiento y al potenciamiento propio es la ley de todo ser viviente y en especial del hombre, seguir este impulso es

una garantía de integridad. De aquí se sigue que estando la persona humana orientada especialmente a la trascendencia, los instintos tendrán que sujetarse a la libertad del espíritu.

Todo proceso de crecimiento humano es la realización de una nueva expansión y de una nueva consolidación de todo el ser, es decir, de hacerse algo más y mejor a través de la expansión armónica de todas las facultades del hombre y es un proceso en el que cada factor crece y madura en provecho propio y en provecho de la totalidad.

El proceso de crecimiento de la persona se va logrando cuando toda su actividad está ordenada al servicio del Espíritu; cuando la entrega generosa a los demás prevalece sobre el egoísmo y se hace cada vez más intenso el impulso a perfeccionarse continuamente. Estas serán las leyes fundamentales de la madurez humana y los ejes en que se apoya el crecimiento espiritual.

Este crecimiento espiritual, como la expresión misma lo dice, es obra del Espíritu que habita en cada hombre, en el cristiano (cf. 1 Cor. 3,16) dando conjuntamente con nuestro espíritu testimonio de que somos hijos de Dios (cf: Rom. 8,16) y que guía a los cristianos (cf. Rom. 8,14), cada uno según su carisma (cf. 1 Cor. 12). Está el Espíritu tan presente en cada persona que el creyente no debe jamás apagarlo (cf. 1 Tes. 5,19). Aunque el hombre espiritual no debe ser juzgado por nadie (cf. 1 Cor. 2,15), tendrá que verificar su docilidad a la guía del Espíritu, comprobándola con los frutos propios del hombre nuevo que el Espíritu plasma a imagen del propio Cristo (cf. Gál. 5,22).

En esta dimensión neumatológica el acompañamiento espiritual se ha de situar y realizar en un clima de respeto ilimitado y de profunda discreción, convirtiéndose en ayuda, estímulo y colaboración para que la persona se abra libremente a la gracia, haga suya la palabra de Dios que ha escuchado y pueda así crecer y madurar en él la sabiduría de Dios.

Hablar de acompañamiento espiritual, en la vida consagrada, en la vida de alguien que, llamado por el Espíritu quiere vivir profundamente la consagración bautismal, consagrando su existencia a Dios Padre y a su causa, con cristo y como Cristo, en una plena docilidad al Espíritu, es hablar de un proceso, que se vive en un contexto de fe, a través de la relación y diálogo interpersonal, con una persona idónea y madura en la vida cristiana, ojalá un hermano o hermana en comunidad, cuyo objetivo es el discernimiento,

el crecimiento y maduración integral de la persona, trata de un acompañamiento cualificado que tiene rasgos propios. Acompañar es caminar con el otro. No como líder sino como profeta; no como jefe que manda, sino como testigo; no como terapeuta, sino como hermano; no como docente, sino como Maestro[1].

La relación y el diálogo, propios del acompañamiento es un diálogo de salvación y ha de empezar por los más próximos. En la vida religiosa ha de comenzar dentro del ámbito comunitario, donde la vida de cada persona se concretiza y confronta. En la vida común hemos de tomar conciencia de que necesitamos de la vedad que los hermanos nos pueden ofrecer y hacemos bien en adelantarnos a pedirles que nos compartan la verdad que han descubierto o creen haber descubierto[2]. Compartir con los otros nuestra búsqueda y la verdad que vamos descubriendo es una exigencia de la naturaleza humana y de nuestra condición de salvados; es una necesidad y una obligación. La verdad no es nuestra, no está destinada exclusivamente a nosotros. La medida de nuestra caridad, de nuestra bondad se revela por nuestra capacidad de diálogo. Si la vida humana es un camino hacia la verdad, se supone que el hombre no se encuentra en ella al nacer. Irá recorriendo etapas, descubriendo aspectos, con la ayuda de los demás y de Dios, puesto que «quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús» (Fil. 1,6). Este es el objetivo de la relación de ayuda y del diálogo en sus dimensiones personal y comunitaria.

En esta reflexión queremos detenernos en la dimensión comunitaria, que consideramos esencial en el proceso de crecimiento y maduración de la persona en general y concretamente del religioso. Hoy somos muy conscientes que con mucha frecuencia las comunidades locales no ofrecen a cada uno de sus miembros todo el apoyo, el estímulo, los espacios y oportunidades que favorecen el crecimiento integral.

Antecedentes y Proyección de la Comunidad de Jesús

Un artículo fundamental de la fe de Israel es su elección para constituir un pueblo consagrado al Señor. Así comunidad religiosa y comunidad étnica

[1] Cf. Opalca, Acompañamiento personal en la vida consagrada
[2] Cf. Vat.II., Declaración «Dignitatis Humanae», No. 3.

se identifican, de modo que no destacan especialmente una terminología técnica para designar al pueblo en cuanto a su aspecto religioso; la palabra «pueblo» lo dice todo. Una multitud de adjetivos (pobres, humildes, santos...) y de imágenes[3] son fruto de una reflexión más amplia sobre el ser y sentir del pueblo.

La comunidad cristiana en sus comienzos tampoco es muy creativa en este punto. Para referirse a esta realidad lo hace como en el A.T., o tomando elementos del ambiente en que ella nace, o expresión inmediata de la experiencia que le da origen. Los adeptos a la causa de Jesús se llaman «discípulos», término usual en el rabinismo. Hechos, sin olvidar este vocablo, usa con predilección el de «creyentes» o «los que han creído».

Procedente del A.T. y posiblemente acentuando el hecho de ser los llamados de Dios, en Hechos y Pablo abunda el término «Ekkesia». En su conjunto, de una forma u otra, se habla de un grupo de personas que está caracterizado por opciones (fe) y dones (llamada) comunes, lo que crea entre ellos una estrecha vinculación.

Todo Israelita tiene a sus espaldas una tradición de comunidad, de pueblo elegido y conducido por Dios. La expresión más personal e íntima tiene una proyección social, comunitaria: «en medio de la asamblea te alabaré» (Sal. 22,23).

Con gran probabilidad es en el grupo bautista que Jesús realiza su primera experiencia de comunidad, que para él debió ser sumamente enriquecedora. Llegado cierto momento Jesús forma su propia comunidad ante la cual proclama, con palabras y signos, la buena nueva de la salvación. Esta proclamación tiene un eco y provoca en sí mismo un discipulado más o menos estricto, según el caso. A nosotros lo que más nos interesa es el discipulado en sentido riguroso: Jesús rodeado permanentemente de un grupo de sus seguidores (cf. Mc. 1,16-20: 3,13-19; Jn. 1,37 ss).

Esta comunidad reunida en torno a Jesús tiene algunas características:

* Comunidad centrada en la persona de Jesús a quien se adhieren los

[3] Cf. Vat. II., Const. «Lumen Gentium», No. 6.

discípulos por encima de cualquier otra vinculación a familia u oficio y centrada en el Padre, a quien Jesús revela y en quien se debe depositar toda la confianza.

* Comunidad que vive la fraternidad, aunque su realización no debió ser fácil, dada la variada procedencia de sus componentes (cf. Mc. 1,16 ss; 2,14; 3,18) y la pobreza humana de los mismos. Pero Jesús, para quien todos son iguales, hermanos, hijos de un mismo Padre (cf. Mt. 23,8) les enseña cómo entre ellos ha de darse el espíritu de servicio en actitud de pequeñez y generosa gratuidad.

* Comunidad abierta y testimo-niante. Este grupo de seguidores, el de simpatizantes no itinerantes y el resto, el pueblo judío, se da una irradiación de flujo y reflujo permanente. Cuando los doce son enviados a misionar entran en estrecha relación ante todo con los simpatizantes sedentarios (cf. 10,11), en cuyas casas se alojan y cuyas propiedades comparten «el ciento por uno» (cf. Mc. 10,29). Es un *compartir material que se corresponde con un compartir espiritual.*

El desenlace inesperado e incomprensible, a la mentalidad humana, de la vida de Jesús hace que su grupo, su comunidad se disperse (cf. Mc. 14,27), de modo que el creador y primer servidor de la comunidad, va a la muerte prácticamente solo. Pero la resurrección de Jesús será también la recuperación de la comunidad; juntos testificarán el gozo de la resurrección.

Los Hechos nos presentan la historia del crecimiento de la palabra de Dios (cf.: 6,7; 12,24; 19,20) en forma de creación de nuevas comunidades cristianas a partir de la primera hora, que por obra de Dios va creciendo y perfeccionándose. (cf. 2,47).

Sólo después del acontecimiento de Pentecostés adquirirá la comunidad una mayor consistencia, pero esto no es obra de los creyentes, sino del Espíritu que actúa en ellos, es obra de la gracia. El autor dice expresamente que «la gracia estaba con ellos» (4,33), realidad que en forma diversa irá reapareciendo a lo largo del libro.

Los Hechos no se limita a la comunidad de Jerusalén. A partir de ella surgen otras que la tienen por modelo y con los que mantiene lazos de comunión, de modo que todas juntas constituyen la única Iglesia del Señor.

Seguimiento de Jesús y Vida común en la Vida Religiosa

Con frecuencia nos preguntamos: ¿Es lo mismo la comunidad cristiana que la comunidad religiosa? Si es cierto que la llamada a la vida cristiana, al seguimiento de Jesús, es llamada a vivir en comunidad, no hay diferencia entre el modo de vivir en comunidad en la vida cristiana y en la vida religiosa? En el fondo nos preguntamos: ¿Cómo explicarnos el hecho de la Comunidad Religiosa?

Ante todo, para explicar la vida común no tenemos que separarla de la vida religiosa en el conjunto de sus elementos integrantes. Nadie entra simplemente a vivir en común y ya desde los inicios de la vida cenobítica, la vida común no es un fin en sí misma, sino es la manera de vivir el seguimiento de Jesús[4].

El primer elemento que identifica a una vocación en la vida religiosa es la llamada al amor. Se trata de una experiencia de fe que totaliza la existencia porque ha habido un encuentro en que la persona ha sido ganada por Cristo Jesús, es la vida teologal, la atracción causada por el Maestro. Es un encuentro tan significativo que va a configurar de manera definitiva no solamente el sentido de la existencia, sino las mismas opciones de vida. Se trata de una experiencia de Dios como Absoluto, como Señor de la vida, que determina el modo de vivir toda la existencia.

Pero esa realidad se hace concreta, real, en una forma de existencia, en el seguimiento de Jesús. Y eso es para todos, porque el seguimiento no es privilegio de nadie. Sin embargo, la historia enseña que a lo largo del tiempo el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia una forma concreta de seguimiento. Y uno se pregunta: ¿Por qué existe esa constante en la historia de la Iglesia? ¿Por qué se repite constantemente ese afán de seguimiento en pobreza, castidad, obediencia y vida común?

Ahí es donde la forma del amor se hace forma de existencia. Y es ahí donde aparecen las diversas vocaciones. Esta forma concreta que el Espíritu ha ido suscitando en la historia, se centra en el seguimiento de Jesús, en imitación del modo escatológico que él vivió en nuestro mundo, como lo testimonia el evangelio... Es que el Espíritu provoca la experiencia del discípulo

4 Cf. Sebastian F., Vivencia comunitaria de los Consejos Evangélicos, en AA.VV., La Comunidad Religiosa.

de Jesús. La fe se concentra en la persona de Jesús, la fe tiene forma de vocación a partir del encuentro personal con él. La persona de Jesús totaliza el sentido de la vida y da un comienzo nuevo a la vida del hombre. La fe se hace experiencia de seguimiento. Y brotan las preferencias de Jesús. No hay proyecto propio, surge una sintonía profunda con las opciones escatológicas del Maestro y la persona se siente llamada a vivir el seguimiento sin nada propio, con el corazón vinculado a él, en obediencia a toda criatura y se siente impulsado a vivir estas experiencia con otros hermanos y hermanas que han sentido la misma llamada.

Y las preferencias de Jesús le llevan a vivir según el modo apostólico de los doce, de manera que busca poner en práctica el ideal de la primera comunidad de los doce junto a Jesús, y el arquetipo que aparece en los Hechos.

El sentido profundo de la comunidad viene dado por la suma de los dos ejes de la Koinonía eclesial que tienen que darse en toda llamada cristiana: la filiación y la fraternidad.

El primero de los ejes es el vertical: la filiación, la búsqueda de Dios como lo único necesario. Desde ahí se comprende algunas características de la comunidad:

* La comunidad es don del Padre. El hace la comunidad, él la reúne por amor. Sólo en amor se supera toda separación y el hombre es capaz a volver su rostro a Dios para llamarlo Padre y a los demás para llamarlos hermanos. La Comunidad no es algo que se hace a base de esfuerzos o intuiciones, sino un don en el que Dios permite participar por pura gracia.

* La comunidad nace del costado de Cristo: La comunidad le ha costado a Cristo nada menos que la cruz, por eso toda comunidad cristianas se construye en el sufrimiento, porque el esfuerzo por superar toda tendencia a la división es algo que no nace espontáneamente, es ejercicio de amor cristiano.

* La comunidad tiene por principio el Espíritu Santo. Es él quien une a todos con el Padre y el que crea entre las personas lazos de hermandad. Lo mismo que la comunidad primitiva y que la Iglesia, la comunidad religiosa es congregada por Dios, por Jesús y tiene como principio el Espíritu que la mueve y le da vida. De estas tres características se deduce que la vivencia comunitaria es siempre vivencia trinitaria.

La Comunidad es un proyecto de búsqueda de Dios. Para un encuentro con los demás en la búsqueda de Dios es preciso purificarse de las pasiones que bloquean una auténtica relación interper-sonal como: incomunicación con los hermanos, sentimientos de envidia, de celos, de no participación en las alegrías y el dolor ajeno.

Cada uno de los miembros de la comunidad han recibido una llamada de Dios mismo que los orienta a él como a lo único necesario. Y se han reunido por el Espíritu para ayudarse en esa búsqueda; es una misma realidad la que los atrae a todos y que todos buscan. Por eso la comunidad la forman un conjunto de personas que saben que Dios es el destino de sus vidas y desean, en ayuda mutua, llegar hasta él.

* La comunidad es el espacio y el lugar donde cada persona vive la radicalidad del amor y el seguimiento, según una forma de existencia determinada, que por gracia se ha sentido llamado a escoger según las preferencias de Jesús. La comunidad está formada por un conjunto de hermanos o hermanas que se han sentido llamados a vivir así la vida y a compartirla con otros.

Pero la comunidad religiosa está constituida también por el eje horizontal-fraterno. Es tan constitutivo de su ser como el anterior. De aquí se deducen también algunas características que se relacionan con la comunidad.

* La comunidad es el lugar de la conversión. El hombre está llamado a regular y dirigir sus energías y una cierta forma de ascesis, esfuerzo metódico, constituye un requisito esencial para el pleno desarrollo de la personalidad humana. El tender a la perfección es una experiencia común y necesaria para todo hombre. Por eso para ir alcanzando la unidad de vida es necesario un cierto grado de renuncia a todo aquello que impide o dificulta la unidad. Estar juntos, convivir, estar expuestos a lo que los demás puedan pedir y responder en consecuencia, obliga a una conversión constante.

La comunidad es el lugar de la reconciliación. La existencia de un conflicto interior del ser humano, ocasionado por la inestabilidad o por la ruptura del equilibrio, es un dato reconocido no solamente por la religión y la moral, sino también por la experiencia psicológica de cada individuo. Inestabilidad y ruptura personales crean conflictos en las relaciones.

Con la relación a esta realidad la originalidad de la vida religiosa está en un vivir juntos en nombre del evangelio, aceptando al otro como el Señor lo da y

permaneciendo unidos a pesar de todo. La Koinonía es así como una solidaridad obstinada, movida por una caridad que se empeña en construir continuamente la comunión cuando todo empujaría a la separación y la ruptura.

* La Comunidad lugar de inter-subjetividad. La comunidad es la convivencia de un grupo de personas que viven continuamente la interrelación, de manera que cada una de ellas puede crecer y realizarse, al mismo tiempo que contribuye al crecimiento y a la realización de los demás. En la comunidad la voluntad de Dios se encuentra mediatizada por el testimonio y la experiencia espiritual de los otros.

Así nos abrimos a la posibilidad de ser complementados por los otros, por su competencia, sensibilidad y experiencia. Es importante dar cabida a los demás en uno mismo, en los propios puntos de vista y convicciones.

La fraternidad es algo fundamental para el ser humano: el hombre es hermano. Ello evoca una relación de solidaridad, es decir, una compañía, una presencia activa, un estar en comunión. Base de la fraternidad es la persona.

La visión cristiana añade a lo anterior una interpretación teologal: la persona como ser viviente, comparte, como don, algunas cualidades de Dios: amor, bondad, libertad, verdad, unidad, espiritualidad. El compartir de estos valores une a las personas humanas.

Las obras del Espíritu Santo construyen la fraternidad porque son actitudes positivas en presencia de los otros, se nos dan no para atesorarlos, sino para que los ofrezcamos a los otros, porque los dones del Espíritu se conceden en vista a la construcción de la comunidad.

Las relaciones interpersonales comunitarias, fundada como están en la vocación, implican lo mejor de sí, la decisión existencial de amar a los hermanos o hermanas y realizar unidos el proyecto evangélico de vida.

* La Comunidad es el lugar del despojo personal donde se aprende a vivir en perpetua disponibilidad a Dios, a los hermanos, a las llamadas de los destinatarios de la misión y de la Iglesia. Es necesario morir a un cierto aspecto de *vida-para-sí,* con el fin de aceptar *vivir-para-los-otros.* Es muy importante dejar que los demás nos cuestionen. Esta disponibilidad pone al desnudo la verdad de lo que somos y buscamos. Desenmascara nuestras

ambigüedades, los perjuicios, las predeterminaciones, verifica si algunas de nuestras seguridades son auténticas o falsas, si buscamos el interés de Dios o nos buscamos a nosotros mismos.

Responsabilidad de toda la Comunidad en el crecimiento y realización de cada uno de sus miembros

Hacer la opción de vivir con otros en comunidad supone entrar en relación, dejarse interpelar, caminar juntos, aprender a dialogar, a confrontar, saber llegar a consensos, colaborar, es tener la convicción que nada autorealiza como el amor y que éste se concretiza en apertura a las personas con quienes se vive, en capacidad de aceptación, de perdón. Es saber, por experiencia, que la mayor dificultad para ser libre es la propia voluntad y que no hay seguimiento de Jesús, ni misión sin la autodonación desinteresada a los hermanos; es experimentar en la fe, que el Reino de Dios está ahí: en el crecer juntos, en la atención mutua, en la palabra oportuna, en el silencio discreto, en la escucha, en dar el primer paso para el diálogo, en el compromiso en la realización del proyecto común, en la oración comunitaria, en la alegría y las penas compartidas. Es así como el crecimiento personal encuentra en la comunidad un espacio privilegiado y una mediación espiritual.

Teniendo en cuenta cuanto hasta ahora hemos dicho con relación al acompañamiento espiritual, a la comunidad de Jesús, así como lo relacionado con el seguimiento y la vida común en la vida religiosa, donde se ha ido subrayando la llamada y la necesidad de vivir este seguimiento con otros hermanos o hermanas, con los cuales se van creando y estrechando lazos profundos, gracias a la acción del Espíritu que ilumina y acompaña, resulta evidente que:

todos los miembros
de la comunidad local
están comprometidos
en la animación comunitaria
y en el acompañamiento
que se le ha de brindar
a cada persona
que integra la comunidad,
apoyando,
reforzando,

brindando espacios
y oportunidades
para que cada hermano
o hermana,
pueda ir creciendo y madurando
en aquello que se ha intuido
y discernido
en el acompañamiento personal
como voluntad de Dios
y llamada a la santidad.

Camino de crecimiento y maduración que cada uno ha de recorrer iluminado, enriquecido y fortalecido por la gracia propia del Carisma de su Congregación.

El sentido de corresponsabilidad comunitaria tiene su origen en la consagración religiosa, que siendo respuesta al amor de Cristo, compromete también a cada miembro de la congregación con los otros.

Esta corresponsabilidad exige que todos los miembros de la comunidad estén y vivan en estado de formación permanente, o lo que es lo mismo, en situación de constante conversión, caminando siempre hacia la Plenitud de Cristo.

Bibliografía

AA.VV., Diccionario de la vida consagrada, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1992.

AA.VV., La vida religiosa, PCL. Madrid, 1972.

Bovet Joan M., La relación comunitaria, San Pablo, Madrid, 1997.

Garrido Javier., Comunidad y personalización. Frontera-Hegian, No. 7, Vitoria, 1994.

Opalca., Acompañamiento personal en la vida consagrada. Col. Palabra y misión, No. 15. Santiago de Chile, 1997.

Perales Pons Eduardo., Vivir el don de la comunidad, San Pablo, Madrid, 1995.

Vat. II., Constitución «Lumen Gentium», Bac, Madrid, 1986.

Vat. II., Declaración «Dignitatis humanae» Bac., Madrid, 1986.

Vinculum
vol. 31 / n. 193/94 (1998) 73-78

La Vida Consagrada sinfonía inconclusa de la Jerusalén celestial

Alberto Echeverry, sj

Se remontan los orígenes primitivos de la Vida Consagrada (VC) en sus diferentes modalidades a aquellos singulares personajes que fueron emigrando desde las ciudades del imperio romano, por entonces decadente y del naciente bizantino hacia los montes, las cuevas y los lugares más retirados. Símbolos, en alguna forma, de la antiquísima pero saludable pugna entre nómadas y sedentarios, los eremitas de entonces pretendían mantenerse apartados de los centros poblacionales que los habían visto nacer y empezar a crecer: se les antojaba que cuanto fuera erigido por la mano de los hombres y rotulado con la piedra de las canteras tenía para el seguidor de Jesús un innegable sabor a definitivo, y que era la resurrección del Maestro la que había inaugurado, de una vez por todas, el sendero único hacia cuanto sí era definitivo.

Su condición reñia, era evidente, con la de sus antepasados en la fe; los judíos que buscaron por todos los medios y desde sus propios inicios habitar en ciudades acondicionadas al sedentarismo que al menos durante mil años distinguió a su pueblo, hasta señalar como destino último de la misericordia divina a la ciudad bien compacta, amurallada y fortificada que era Jerusalén, «la bienama-da». Fue un decenio largo tras haberse completado ese milenio cuando, atónitos, los habitantes del «Monte Sión» vieron derrumbarse los postreros vestigios de aquella a la que -seguían ellos esperándolo- entraría un día triunfante el Rey Mesías: en lugar de él, hollaron el suelo sagrado de la «Ciudad Santa» las legiones del emperador Adriano, que respiraron aliviados pues al fin habían logrado derrotar la terca resistencia de los últimos judíos que prefirieron lanzarse al vacío a entregar su patria y sus vidas a los profanadores.

La mentalidad de los extinguidos judíos, siguió perviviendo en las perspectivas desde las cuales continuó la Iglesia de Cristo Señor leyendo la Escritura e interpretando la experiencia de las primeras comunidades cristianas. Pero el símbolo de fortaleza que constituyó por tanto tiempo la Jerusalén del reino dividido que hubo de consolarse a sí misma durante siglos con el magnífico Templo de Salomón, sería sustituido paulatinamente por el embrujo de la arquitectura helénica. Fue la que los dominadores del Israel ya difunto diseminaron por el Occidente que ellos mismos consolidarían y por el Oriente que, reticente pero obligado por las circunstancias, acogía un tipo de edificaciones que sentía contradictorias con su talante vital. Y entonces los occidentales primigenios capitularon ante el hechizo de las construcciones romanas, un himno a la solidez secular de la piedra que reemplazaba la residencia palaciega de sus emperadores por las basílicas cristianas hasta llegar a ensombrecer éstas con las habitaciones de quienes -capturados por la mentalidad de su época- se consideraron a sí mismos como dignatarios eclesiásticos y, en consecuencia, merecedores de homenajes parecidos a los que recibían los dioses de la Roma imperial.

Resulta curioso que en el suceso de la muerte del Justo, Jesús de Nazareth, concurrieran por igual, sin buscarse pero sí con la fuerza de los acontecimientos, judíos y romanos. Y que allí, en el Calvario, «el monte de la Calavera», el lugar donde se impartía definitiva justicia a los rechazados por la ciudad, la cruz en que Jesús entregó su vida diera la espalda a los muros dentro de los cuales la ignominia humana había decidido su suerte última. Esa cruz parecía proclamar, por tanto, el vacío -o, por lo menos, la provisoriedad- de todo sueño humano de pervivencia en la identificación

de Dios por los hombres: era un aviso premonitorio tanto para el agonizante pueblo judío como para el imperio romano que prolongó todavía por unos siglos sus estertores de cadáver insepulto. En adelante, y para todo futuro que quisiera llamarse humano, el encuentro radical con el Dios de Jesús tendría que iniciarse fuera de las murallas de la ciudad. La vocación de los primeros discípulos del Nazareno, encontrados por él junto al lago, debajo de la higuera, en los alrededores de las aldeas, en un recodo del camino entre Jerusalén y Damasco y, en todo caso, en lugares que no necesitaban de identidad específica parece confirmar esta itinerancia radical de la llamada al seguimiento de Jesús. Que nada tendría que ver con la academia de los filósofos griegos, ni con el senado de los romanos, y menos aún con el «sancta sanctorum» de los sacerdotes judíos ni con los atrios del Templo o las sinagogas frecuentados por los maestros de la Ley también judía.

Sin embargo, los poco formales y aorgánicos eremitas de la primera hora, allá por los comienzos señalados de la VC, llegaron a comprender el significado nada urbano de la muerte de Jesús y cuanto ponía de manifiesto el que su resurrección acaeciera en el espacio abierto a los cielos de un jardín -nótese que es sobre un monte donde acontecen la transfiguración y la ascensión, preanuncio y prolongamiento respectivamente de esa resurrección. Y lograron lo mismo los cenobitas originarios primigenios al iniciar la estructuración comunitaria de lo que, con el correr de los siglos, sería la VC. Habrá que afirmar igual cosa de los seguidores del Benito de Nursia occidental y del Antonio oriental que fraguaron la odisea monástica de donde surgieron los diversos rostros del fenómeno hoy conocido bajo el nombre de «Vida religiosa».

Pues ni siquiera esos silenciosos sobrevivientes que son los arcos y arbotantes de las abadías y los monasterios benedictinos dejaron de manifestar, justamente en los campos de cultivo muy extensos que ellos delimitaron, que al Dios del nuevo Israel se le encontraba en los espacios sin medida del trabajo que nutría a la oración realizada en la penumbra de esos otros espacios mensurados por las leyes físicas y matemáticas de la arquitectura románica y gótica. El Dios de la nueva alianza nunca fue encadenado por la experiencia benedictina a un lugar, a una estructura, a una costumbre, y menos todavía a una norma. El monje era ante todo un escucha de la palabra de vida que brotaba de la Escritura, del «abbas»/abad, del silencio, del compartir fraterno, del estudio, de las labores agrícolas. Y tanto el otro como lo otro podían ser escuchados por el camino, pues la vida monástica era una peregrinación continua que sólo terminaba en el encuentro último

era una peregrinación continua que sólo terminaba en el encuentro último con el Dios cuya alabanza permanente se había recitado y proclamado y cantado -en suma, escuchado- en el oficio divino por excelencia, el de la liturgia de las horas.

En definitiva, pues, las primigenias experiencias de VC persistieron siempre en acentuar que había que seguir caminando ininterrumpidamente, a despecho de cuanto pudieran insinuar las fortalezas, aun militares, en que fueron tornándose poco a poco las abadías y monasterios de los inicios. Como ha sido costumbre inveterada de la especie humana, lo que se había comenzado sin límites espaciales perentorios resultó convirtiéndose aun en vinculación jurídica por la que el monje se ligaba a un lugar físico para siempre. Y las riquísimas modalidades de la VC que fueron sucediéndose en la historia ulterior no hicieron más que forcejear entre las exigencias de la experiencia monástica y las nuevas situaciones de tiempos harto diversos que rompían los moldes de los orígenes y exigían savia nueva. Lo monástico seguiría siendo canonizado durante los siglos venideros como único modelo legítimamente de cuanto la VC pretendía. El modo de vida de los conventuales, de los clérigos regulares, de las modernas congregaciones religiosas, no pudo librarse nunca de los paradigmas monásticos que, sin pretenderlo, continuaron influenciando hasta colmarlas de prejuicios, las sensibilidades de mujeres y hombres que en la modernidad quisieron consagrarse junto a otros en el seguimiento de Jesús.

Y lo grave no fue el tributo incondicional que siguió rindiéndose a esas estructuras locativas, sino que el aliento originario de una consagración que buscaba encarnar la desmesura del amor loco por Cristo el Señor que había seducido a quien así buscaba responder a su llamado, resultó extraviando su ruta en medio de unas cargas que se impusieron a manos llenas:

«Atan cargas tan pesadas que es imposible soportarlas, y las echan sobre los hombros de los demás, mientras que ellos mismos no quieren tocarlas ni siquiera con un dedo». (Mt. 23,4).

Estamos bien lejos, entonces, de la tensión entre nomadismo y sedentarismo, a la que aludimos más arriba. Muy lejos de toda desmesura. A la racionalidad de las normas hecha carga intolerable, ha cedido el puesto cualquier intento de desmesura en el amor. El anonadamiento del Verbo, el abajamiento de Cristo el Señor del universo, ha sido sustituido por los acuerdos y las alianzas implícitos con el sistema, con la nutrición o al menos la

a quienes desean seguir a Jesús por ese camino sino que también ellos han caído en la misma trampa haciendo otro tanto con los demás hombres. Los hábitos, las costumbres, las tradiciones, los signos externos, las conveniencias sociales, los títulos de nobleza o señorio o de poder de clase han dado al traste con la irracionalidad desprovista de todo cálculo, la irracionalidad del amor.

Y estamos aún más lejos de la Iglesia naciente que proclamaba al final de su primer Concilio ecuménico:

«El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponer más cargas que las indispensables...» (Hechos 15,28).

Si algún sentido se advierte todavía -aun en los tiempos de la posmodernidad desencantada pero inclemente- en ese lenguaje difícil de los votos religiosos es justamente el que nos despojemos porque somos pobres, porque somos castos, porque somos obedientes de todas las cargas que otros nos imponen y que nosotros mismos pretendemos imponer a los otros. Es a una ecología de lo indispensable, de lo cualitativamente necesario para la vida, a lo «único necesario» a lo que tendrá que apuntar la VC en el futuro inmediato. No se trata de colocarse de espaldas a la ciudad terrena en cuanto ésta significa el cotidiano batallar de la interacción humana y de la construcción de un mañana mejor para todos. Sino de ser voz profética en medio del trigo y la cizaña que crecen siempre juntos cuando de acciones propias de hombres y mujeres se trata. De señalar sin miedo cuanto distrae del objetivo último al que todos los bautizados hemos sido llamados de manera imperativa, el de reproducir en nosotros la imagen del Hijo, la sola «piedra angular» en quien la entera humanidad y el cosmos han sido hechos santos, «templos vivientes» de la divinidad.

Sin olvidarnos, por sobre todo el resto, de que la voz del profeta es precisamente evocación de lo temporal desde el interior de lo espacial, de nuestras estructuras urbanas que quisieran olvidar cualquier lugar -léase: cualquier realidad humana- que no pueda ser encerrado y formalizado y rigurosamente codificado. Digámoslo de una vez: reducido al silencio porque la imaginación y la fantasía, condiciones de toda creatividad humana, mueren hambreadas y sedientas si son confinadas dentro de cualquier frontera. Quizá por eso mismo la VC enfatizaría siempre su preferencia, de entre la variopinta simbología veterotestamentaria para identificar al Cristo, el Mesías, por el nombre de «profeta». Y muy posiblemente por la misma razón la voz

por el nombre de «profeta». Y muy posiblemente por la misma razón la voz del Profeta de Nazareth sería acallada desde los muros de la ciudad cuando quienes la habitaban descubrieron que en él estaba Dios instalando su tienda de campaña entre los hombres. Fue entonces cuando él se hizo Palabra de vida, aire, viento, Espíritu de libertad.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 79-82

Mujer-Espíritu

DINAMISMO DE LA VIDA CONSAGRADA

Hna. María del Pilar Grueso G., fmi

Encontramos hoy nuevos paradigmas y nuevos y nuevos lugares teológicos que marcan y piden nuevas respuestas a la Vida Religiosa.

Uno de estos paradigmas y lugar de revelación, del Dios encarnado, al hombre de hoy, es la mujer, que recupera su dignidad y adquiere protagonismo en el cambio social, religioso y eclesial.

Se trata de reivindicar la experiencia espiritual y teológica de la mujer, para testimoniar al Dios de la Vida, al mundo de hoy, de una manera más cercana, más humana.

Otro paradigma y lugar teológico de revelación, es la actualización de la opción preferencial de Jesús por el pobre.

Estos dos paradigmas marcan profundamente la Vida Consagrada, de manera especial, la femenina.

Y me atrevo a decir, que otro paradigma es la conciencia y el reconocimiento de la insustituible misión y presencia del Espíritu Santo, en todo cuanto ha sido llamado a la vida. Esto nos suena como a ironía, porque sin el Espíritu no es posible el amor, el amor el dinamismo, la trascendencia y participación divina a la humanidad. El común de los cristianos y también nosostros los Religiosos, estamos apenas despertando y abriendonos a la irrupción querida por el Espíritu en nuestras vidas.

Es imposible el seguimiento de Jesús, sin estar posesionados, penetrados del Espíritu. Es el Espíritu el que unge y lanza a Jesús a la misión. No lo necesitaremos, con urgencia y profudidad , nosotros?

Mirando hacia atrás llama la atención la coincidencia entre el largo silencio en que aparentemente tuvimos nosotros los católicos al Espíritu Santo y la prolongada marginación y silencio de la mujer, en la sociedad, la familia y la iglesia.

Esta apertura del cristianismo a la influencia y dinamismo del Espíritu, anima y renueva hoy también la Vida Consagrada.

Existe una relación o similitud entre las funciones atribuidas al Espíritu Santo y las que se le atribuyen a la mujer: ser fecunda, dar vida, alentar, alimentar, renovar, expresar el amor y la entrega, fortalecer...

SER MUJER

Aportar vida, ser fecunda: No por renunciar a ser madre biologicamente, la mujer Consagrada renuncia a la maternidad.

Ser capaz de amar y dejarse amar: en la relación humana y en la relación con Dios. Estar abiertas a recibir y a acoger, desinteresadamente...

Ser valientes, audaces : pero a la vez dejarse proteger.

Fortalecer: pero no por el poder y la dominación.

Tener una profunda sensibilidad: que lleva a intuir, a comprender, a aliviar el dolor, el sufrimiento.

Nuestro ser de mujer afecta toda nuestra vida, nuestro decir. Es necesario librar esa identidad de mujer, que por tantos años ha estado condicionada, sobre todo en la Vida Religiosa, a un estilo masculino, descompensado, empobrecido por su dominio.

La mayor conciencia que tiene la mujer, de sus derechos y de su dignidad, ha puesto de manifiesto la crisis de identidad masculina. Es necesaria una nueva antropología, que equilibre e integre el ser hombre-mujer, que interprete el acontecimiento salvador en Jesús, con una perspectiva verdaderamente humana, integral, no parcial. Es necesario recuperar e interpretar el pensamiento antropológico, bíblico y teológico, sobre la mujer.

La vocación a la Vida Religiosa, se consideró en el pasado, imcompatible con la vocación de mujer. Nuestro reto es avanzar en la comprensión y vivencia de nuestro ser de mujeres Consagradas. Antes hab´labamos de la sublimación de las posibilidades de ser esposa y madre, ahora procuramos vivir integrada nuestra vocación de mujer, siendo Consagradas. Podemos testimoniar al mundo nueva forma de ser mujer. No hay contradicción en vivir como mujer y como religiosa.

Hemos encontrado en la Vida Religiosa, plena realización como mujeres.

Nos atrevemos a decir que en estos logros alcanzado, hemos experimentado el dinamismo y la vida del Espíritu. Ha sido como un abrirnos al Espíritu, para que se exprese en nosotras, dejar que tome forma más humana y cercana, dentro del Pueblo de Dios.

Nos parece que le habiamos quitado a Dios ese toque femenino, ese aliento cálido,vivificante y renovador...Simplemente habíamos desdibujado esa imagen de Dios. Identificamos ahora, con mucha claridad, que en ese recobrar nuestra identidad de mujeres, integradas al hombre, nos sentimos más humanas, nos sentimos más expresión del Espíritu de Dios.Vuelvo a decir, que el Seguimiento de Jesús es imposible sin la acción del Espíritu.

La acción del Espíritu se traduce en comunicación, en dinamismo, que es relación y compromiso.

RELACIÓN
- con Dios: profunda y permanentemente comunicación
- consigo misma: mayor conocimiento de ser mujer
- con los demás seres creados: sinceras relaciones fraternas

Es necesario, hoy que la mujer entre en un diálogo, no sólo inteligente, con el mundo, sino más fraterno, más humano.

Hay en la mujer, una manera peculiar de hacer teología, mezclando la vida cotidiana, lo sencillo de la vida, al hablar de Dios. Expresa su experiencia de Dios de otro modo; no es sólo la razón, la razón, la única mediación para hablar de Dios. Expresa su experiencia de Dios de otro modo; no es sólo la razón, la única mediación para hablar de Dios.

Hoy día, nosotras Religiosas, tratamos de construir al interior de nuestras Comunidades y en nuestra proyección apostólica, el vivir nuestra Consagración con una verdadera identidad de mujeres-Consagradas, dentro del contexto y problemática histórica en que vivimos..

Esa fuerza transformadora del Espíritu, que nos está impulsando nos pide un compromiso mucho más fuerte. Esta es la señal inequívoca de su presencia entre nosotras.

La excesiva institucionalización y dependencia de obras, lugares y apostolados tradicionales o con un estilo ya caduco, ha restado creatividad y libertad, para responder a las emociones del Espíritu, que hoy nos pide respuestas diferentes, de más riesgo y compromiso.

No podemos encajonar, ni ahogar el Espíritu. Cuando las estructuras y tradiciones nos impiden responder a las necesidades reales de nuestros pueblos, son obsoletas. Se necesita coraje coraje para desacomodarnos y buscar nuevos caminos.

¿ Pero acaso estamos solas en esta tarea? Si nuestra identidad de mujeres, nos asemeja tanto al Espíritu, no estará encantado de impulsar nuestra entrega, para ser la fuerza tranformadora que el mundo de hoy necesita ?

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 83-87

«Seguir la Dirección del Viento sin perder el horizonte«

Hna. Beatriz Charria A, op

1 e fue dirigida a Elías la palabra de Yahvé ¿ Qué haces aquí ? El le dijó; Ardo en celo por Dios Sebaot, porque los Israelitas han abandonado tu alianza... han pasado a espada a tus profetas, quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela. Le dijo: Sal y ponte en el monte ante Yahveh. Y he aquí Yahveh en el huracán. Después del huracan, un temblor de tierra ...pero allí no estaba Yahveh... Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh.. Después del fuego una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva...(1 Reyes 19,9-13)»

El Espíritu Sopla donde quiere

La brisa suave, susurro del viento, señala la presencia del Espíritu. Antes de comenzar Jesús su vida pública « lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue conducido por el Espíritu al

desierto...» (Lc. 4, 1-2) Es el Espíritu quien guía a Jesús en la disponibilidad total a la voluntad del Padre. En el encuentro con Nicodemo Jesús le dice « El viento (Espíritu) sopla donde quiere, y oyes su voz, pero nadie sabe de dónde viene ni a dónde va... « (Jn. 3, 8) El que nace del Espíritu, es llevado por caminos desconocidos... es sorprendido por acontecimientos impensados... es desafiado por nuevos retos.

Es ese mismo espíritu quién habló a los profetas, como rezamos en el Credo, el que los movió a la práctica de derecho y la justicia con el pobre . Isaias presenta al Ungido por el Espíritu llamado a liberar a los cautivos y dar vista a los ciegos (Cf. Is. 61,1).

Texto que leerá y se apropiará Jesús de Nazareth y se aplicará a sí mismo (Cf. Lc $, 14-20)

Todas las Congregaciones Religiosas han comenzado su caminar impulsadas por la fuerza vehemente del Espíritu.

El Carisma de los fundadores es una respuesta histórica un « hacer vida» la propuesta de Dios frente a situaciones de crisis y a manifestaciones del Espíritu en el mundo. Por eso se inserta en la historia de la salvación y va más allá de la época concreta en que nace.

El fundador (a) se lanza hacia lo imposible, lo desconocido, a la utopía...corre riesgos ... rompe fronteras... no ve con total claridad, pero a lo largo de esta, aparente aventura, ha ido discerniendo en el Espíritu y a través del contacto directo con el pueblo pobre, sufriente, explotado, alienado. . cual es el querer de Dios y la respuesta que hay que dar.

Se intuye que se trata de un tiempo en el cual es el Espíritu irrumpe en un determinado lugar abriendo nuevas posibilidades.

Los diversos carismas de las familias religiosas manifiestanla multiformidad del rostro de la Iglesia que encierra un signo de fecundidad en el Espíritu...

El Carisma hoy y la acción del Espíritu

Pero pasan los años y en muchos casos hasta siglos y ese carisma que nació como fruto del discernimiento, moción del Espíritu, para dar respuesta

a un momento histórico concreto, se fue enmoheciendo, desdibujando. Llega el Concilio Vaticano II,buscando, según Juan XXIII, que un «viento nuevo»,renovador impulse la vida de la Iglesia.

Los Institutos Religiosos revisan sus Constituciones, en lo que se llamó el « aggiornamento» queriendo responder a los retos del presente. Vivir el carisma fundacional no consiste en reproducir las formas concretas con que se ha expresado en la época de su irrupción. El Espíritu y el carisma no se agotan en situaciones historicas sino que contiene una fuerza innata que puede y debe expresarse en las formas del presente. La fe en el Espíritu permite tener la osadía y el coraje por lo nuevo, porque El es aquel que no se repite, irrumpe en el mundo, crea de nuevo. La mejor manera de conservar un carisma no es repetir sus concretizaciones pasadas, por más venerables que sean, sino vivirlo en radicalidad, darle las formas nuevas que mejor respondan a nuestro tiempo, que es también tiempo del Espíritu. San Pablo enseña que la acción del Espíritu es de plenitud y de resistencia y lo es para caminar en la plenitud (Cf. Gal, 5, 25) y para hacerlo con un dinamismo nuevo (Cf. 2 Cor. 3,17).

«Sigue la dirección del viento sin perder el horizonte»

Me contaron que una vez un hombre blanco se perdió en la selva amazónica y que desesperado por el rumbo perdido, la brújula averiada y los pies sangrantes de tanto andar extraviado, al fin se encontró con un indigena. Este lo miró a los ojos, le devolvió la calma y le dijo lleno de la sabiduría propia de la raza indigena: «sigue la dirección del viento sin perder el horizonte»

Esta frase llena de sabiduría en boca de alguien que no ha pisado la universidad, con un conocimiento empírico obtenido a través del contacto con el cosmos, la naturaleza... más aún, que desconoce, seguramente, aquello que, inapropiadamente, se denomina civilización, es un reto, un desafío para todos, en nuestro caso, para el Religiosos de hoy. Hay una sabiduría que no la puede ofrecer la ciencia, ni los libros, ni los medios de comunicación...incluyendo el Internet...Se está equivovando al pensar que es en ello donde podemos obtener todo el conocimiento, el bagaje para anunciar el Reino de Dios.

¿No estaremos también extraviados, en esta «jungla que es nuestro martirizado país; caminando a tientas, con la brújula en buen estado», pero sin utilizarla, siguiendouna dirección contraria a la del viento, perdiendo por tanto, el horizonte?

¿Me pregunto si, no es el Espíritu, esa «brújula» que tenemos permanentemente a nuestro alcance, que desea mostrarnos la ruta, clarificar el camino... pero que hacemos caso omiso de su real presencia al interior de nuestra vida personal,comunitaria y misionera y por tanto a veces ni somos conscientes que hemos perdido el horizonte ?

¿ Qué importancia le damos, en el cotidiano vivir, al discernimiento en el Espíritu?

Si entendemos por ello la « lectura» de la realidad, confrontada con la Palabra, bajo el impulso del Espíritu, para descubrir el querer de Dios, el discernimiento debe ser una constante al interior de la Vida Religiosa.

A nivel personal, cuántas decisiones se toman, cuántos juicios se emiten...de los cuales hay que arrepentirse después por haber estado ausente un verdadero discernimiento .

Saber discernir es tomar conciencia de lo que conviene hacer y de la manera de hacerlo, para realizar « siempre lo que agrada al Padre» (Cf. Jn 8,29) Esto debe vivirse dentro de un proceso de búsqueda orante, de apertura a la trascendencia, de escucha al otro... para determinar y seguir la dirección en la forma como el Espíritu de Verdad lo mueve aquí y ahora.

El discernimiento comunitario adquiere hoy particular valor. Es la comunidad la que debe acompañar a cada uno de sus miembros, especialmente a los (las) jóvenes, en aquellos momentos en que la duda, el desconcierto, el pesimismo y porque no decirlo, el impulso por desertar aflora en algunos de sus hermanos (as)... la presencia de la comunidad, desde el discernimiento en el Espíritu, es fundamental e imprescindible en esos momentos.

Lo mismo podría decirse en aquellas circunstancias en que un religioso, religiosa, por motivos de edad, salud... debe retirarse de una misión directa para asumir una vida de reposo y Evangelizar desde su nueva situación.

Así mismo es fundamental momentos fuertes de discernimiento comunitario para examinar, mirar la vida, no importa la misisón o el lugar en dónde se realice el anuncio del Evangelio, para descubrir si la presencia en ese lugar y compromiso apostólico es signo « legible y creíble del Señor»

Discernimiento apostólico. San Pablo nos advierte « No os ajustéis a este mundo, sino transformáos interiormente renovando vuestra mentalidad a fin de discernir cual es la voluntad de Dios» (Cf. Rom.12,2) y « no extingáis el Espíritu: Examinad todas las cosas y retened lo que que es bueno» (Cf. 1 Tes. 5,19,21).

Frente a la difícil situación por la cual atraviesa el país, y que se manifiesta en diversas formas de violencia, abuso de poder, corrupción sistemas económicos y políticos en los que priman los intereses personales sobre la búsqueda del bien común, atropello a la dignidad de la persona humana... y otras realidades que no son desconocidas para nadie, nosotros los religiosos no podemos permanecer pasivos, y si bien es cierto que, aunque en forma minoritaria algunos grupos han hecho presencia significativa en momentos y lugares que así lo han exigido, una gran mayoría permanecemos aun al margen, indiferentes, como si esas situaciones, en las cuales se han violado los Derechos Humanos, se ha atropellado a la mujer... no significara nada en nuestra vida como personas y más aún consagradas al servicio del otro, especialmente del pobre...

«no somos voz de los que tienen voz» y menos aún aportado para que su voz sea escuchada ... oída...interpretada.

En estos y en otros momentos es necesario que nos preguntemos si hemos estado a la escucha de los « signos de los tiempos» a través de los cuales el Espíritu del Señor se manifiesta.

No se puede desconocer que el discernimiento escapa en gran parte a nuestra previsión humana, pues en definitiva es un don del Espíritu que sopla donde quiere. A nosotros nos corresponde auscultar atentamente su voz y dejarnos conducir por ella, en una aventura de fe que se apoya en la confianza plena de que el Espíritu dirige nuestra vida aún a través de lo que a nuestros ojos puede aparecer incomprensible.



ACTIVIDADES PARA 1.999

ABRIL

Retiro

Espiritualidad de la Comunión

tunja

Abril 23 y 24

Taller

Preparación al Jubileo 2000

Cauca

Abril 25

Asamblea General

Asamblea General CRC

Santa Fe de Bogotá

Abril 30 a Mayo 2

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 89-95

La acción del Espíritu en la Vida Consagrada

Hna. Luz Marina Plata, fsp

e Espíritu del Señor está sobre Mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos, y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lucas 4, 18-19)

Inicio con este texto de Lucas el cual siento muy apropiado para nuestra reflexión sobre el papel del Espíritu Santo dentro de la Vida Religiosa, experiencia que nos lleva a un compromiso, que está marcado por los desafíos presentados por nuestra cultura del silencio, de la opresión, de la violencia a los derechos fundamentales, de la persecución, la tortura y toda clase de masacres que atentan contra la dignidad humana.

Es desde estos ámbitos oscuros donde la acción del Espíritu Santo nos invita a involucrarnos desde los diversos carismas para ser signos

proféticos, de esperanza y liberación de nuestros pueblos; estos desafíos nos llevan a descubrir los signos de dominio: económico, político y social ; que van desplanzando cada vez mas a los sectores populares, indigenas y campesinos hacia la desaparición total de la faz de la tierra, y peor aun, desplazados y perseguidos sin un lugar donde vivir dignamente.

Son las voces los rostros y los clamores que piden justicia y alos cuales nos sentimo urgidos a acompañar y buscar soluciones que den respuesta eficaz al sentido y valor de la vida.

La unción de Jesús con el Espíritu

Antes de entrar en este tema retorno la palabra « Espíritu» la cual está presente en los inicios de la sagrada escritura. En Génesis 1,2 « la tierra era caos, confusión y oscuridad por encima del abismo y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas». Cuando todo era caos el Espíritu; tomado del original hebraico Ruah, irrumpe en el universo, soplo sagrado de vida que comienza a transformar y organizar el mundo, el escultor sale de sí y sus manos comienzan a diseñar, colorear, graficar los espacios y lugares, dándoles ritmo.

«El Ruah es una palabra feminista que en el lenguaje semita se refiere a maternidad, es profundamente femenino, inspirar, ayudar, apoyar, cubrir, hacer nacer«

Es el soplo Divino que cuando todo es caos está allí presente como una madre esperando el momento de dar vida. A nosotros se nos manifiesta ese amor maternal, en los procesos de liberación manifestados en los grupos comprometidos, en las madres comunitarias, en las O.N.G., en los consagrados y en todos aquellos que luchan por la Paz y la justicia en nuestros países de América Latina.

El Ruah también tiene sentido de viento, soplar, bramar, soplo que comunica vida, organiza, crea y recrea lo que no tiene forma ni sentido colocándolo en un lugar, dándole siginificado y dignidad a las mismas cosas.

El universo adquiere el ámbito de lo sagrado, de lo sacramental que inspira respeto porque en él está la inspiración de Dios.

En este mismo espíritu que en el Evangelio de Lucas se manifista más plenamente ungiendo y enviando a Jesús.

«La unción de Jesús en el Espíritu Santo está relacionado directamente con los pobres. Para ellos Jesús vienena anunciarles la liberación, de la esclavitud a que son sometidos, para rescatar su dignidad de pobres y realizar la antigua promesa de los patriarcas y profetas al devolverles la esperanza y la alegría que siempre buscaron«

La unción de Jesús en el Espíritu viene unida a la entrega de la función mesiánica que responde a la expectativa del pueblo y trae la Buena Nueva de la Salvación para los pobres, esperada desde hace mucho tiempo.

La diferencia entre la predicación del profeta y la de Jesús está señalada por un adverbio « hoy». El hoy proclamado por Jesús abre al tiempo mesiánico la era de la Salvación inaugurada por el Espíritu que unge a Jesús y lo envía a anunciar la liberación s todos.

Un hoy que siempre es actual y presente y en el cual estamos llamados a responder en la coyuntura actual en la cual vivimos.

En la intención de Lucas este episodio verdaderamente es el « manifiesto» de Jesús, la salvación prometida por Dios está hoy presente en su persona, que tiene la misión de realizar todo aquello que el pueblo esperaba del Antiguo Testamento; una liberación integral...

Este envío está relacionado con los cautivos, los ciegos, las personas enfermas del cuerpo y del Espíritu y que por tal motivo son excluidas de la convivencia social y religiosa de su tiempo, situación que cada vez se hace mucho mayor en América Latina.

La misión de Jesús es muy clara dentro del Evangelio de Lucas; el espíritu de Dios está sobre El y ha sido enviado con «exclusividad» a evangelizar a los pobres e incluye el gesto simbólico de ungir aquellos que son llamados y enviados por el Espíritu a participar sw la misisón de Jesús; Jesús es enviado a proclamar la vida plena a todas las categorías de personas: encarcelados, ciegos, oprimidos.

El Espíritu Santo es comunicación

El Espíritu Santo es comunicación en la medida que penetra, transforma y envía la persona.

El envío de Jesús es muy claro en la interrelación que existe entre el Espíritu y El. Esto se manifiesta en una teología del cuerpo en la cual Jesús a través de la obras, los gestos y palabras se relaciona con su pueblo.

Jesús les está comunicando el mismo Espíritu.

Si la Cristología nos presenta a Jesús como el Hijo de Dios y modelo singular de la comunicación, pneumatología nos presente al Espíritu Santo como agente principal de la comunicación; es el Espíritu Santo quien de manera particular encarna y vivifica la fuerza del amor.

El objetivo final de toda comunicación es la comunión entre personas, es la libertad de expresión es el respeto a las culturas, a la diversidad de pensamientos, lenguas y sobre todo el respeto por la vida.

El Espíritu Santo sigue actuando en medio del caos que vivimos, sigue interpelando a través de rostros y situaciones concretas; porque una de las finalidades del Espíritu es ser agente de comunión y comunicación interna en la comunidad. «Los hechos de los Apóstoles relaciona el Espíritu con nuevo modelo de comunidad, la Koinonía manifestada en la comunión y participación de bienes»

El Espíritu de Dios dentro de la Vida Consagrada

El Espíritu de Dios que irrumpe desde el Génesis, que en Jesús se concretiza a través de toda su vida y que está presente en nuestro quehacer cotidiano, es el mismo que se nos sigue revelando como las semillas del Verbo en nuestras culturas.

Cuando hablamos de Vida Consagrada nos referimos a la raíz de la experiencia trinitaria. Cuando utilizo la expresión raíz de la vida consagrada, me refiero a un vínculo especial en la persona de Jesús, vínculo que se explícita en la misión.

La experiencia de Dios es un encuentro afectivo con Jesucristo vivo, constituye el fundamento último de la vida consagrada. La Vida Consagrada en América Latina, se ve desde una perspectiva del pobre, así la experiencia de Dios es un compromiso de liberación vivenciado con la íntima relación con la presencia de Dios pobre.

Es una experiencia encarnada, que se constituye en un encuentro con Jesús vivo y presente en el pobre, por lo tanto, es una experiencia histórica, con un rostro bien definido, el rostro del siervo doliente en el cual están plasmados los rostros de los empobrecidos en América Lastina.

El lugar de la experiencia de Dios en América Latina no es solo el lugar geográfico, es el lugar teológico social, de sujetos bien concretos, los pobres; lugar a partir de donde se reflexiona y se hace la experiencia de Dios.

Esto supone que nuestra vida sea marcada por el discernimiento, por la lectura constante de los signos de los tiempos y por un encuentro profundo con Jesús que nos lleva incluso a dar la vida por su causa.

El compromiso y la vivencia de Jesús entre los pobres, cada vez más se hace un reto para la vida consagrada, porque exige salir de nuestros muros internos y externos para involucrarnos en los procesos que viven nuestros pueblos.

Hoy la lectura se hace desde la confrontación sobre los nuevos panoramas de la violencia, de los desplazados y de todos aquellos que son victimas de toda clase de injusticia social, es desde estos lugares donde se deben buscar alternativas de solidaridad, diálogo y tolerancia.

Los medios de comunicación

El Espíritu Santo que sigue actuando a través de los siglos nos empuja hoy a ver los nuevos púlpitos como son las nuevas tecnologías y los medios de comunicación social, los cuales están al servicio del poder y de los grandes sectores economicos, medios que manejan la información, impidiendo la libertad de expresión que entran en la misma conciencia de la gente llevando siempre al consumismo, esto se manifiiesta muy claro a través de las telenovelas, la publicidad y los enlatados.

El fenómeno de la comunicación traspasa fronteras interactuando, y convirtiéndose en el elemento fundamental de vida.

Por más pobreza y hambre que exista encontramos en los tugurios y barrios de invasión un televisor y un radio como único medio de evadir la propia situación que se vive y como el único espacio lúdico que se tiene.

Según Martin Barbero, los medios son el reencantamiento y el lugar donde el hombre moderno encuentra sentido.

Cuando la calle y la ciudad producen miedo, el lugar donde se vive, se convierte en refugio con la única alternativa que se halla en ella como es la televisión.

Estadísticas realizadas nos demuestran que los niños y los jóvenes de sectores populares consumen desde 6 hasta 8 horas de t.v.

Son las grandes ideologías manejadas por los medios que hacen que cada vez más crezcan las necesidades y las insatisfacciones entre el pueblo.

Los grandes medios de comunicación han marcado los procesos sociales y económicos y además de plantear nuevas formas de vivir la espiritualidad; se dirían que son los templos modernos de comunicación utilizados para mover la conciencia y el sentimiento colectivo y para evadir de una forma sarcástica la cruda realidad que cotidianamente vive la gente.

Visión Pastoral

Pareciera que el tema de comunicación estuviera fuera de contexto del tema que venimos tratando sobre vida religiosa; sin embargo desde el carisma en el cual me muevo siento que la experiencia de la trinidad manifestada en la Vida Consagrada debe responder a todos los ángulos que de una forma o de otra afectan a nuestro pueblo, y uno de los signos actuales que engloba la cultura, las razas, las diferencias de clases sociales, las lenguas son los Medios de Comunicación; a los cuales la Iglesia y la Vida Consagrada ha prestado muy poca atención.

Si estos medios son utilizados como una forma de dominio y de poder; mi pregunta es, po qué no los podemos utilizar en defensa de la misma vida?.

Algunos documentos de la Iglesia, Puebla y Santo Domingo hablan de la urgente necesidad de la formación en este campo de la la comunicación.

Si hablamos de un nuevo ardor misionero y de nuevas líneas de acción para llegar a los millones de empobrecidos que hay en América Latina y de buscar formas de denuncia y promoción de los valores humanos, deberiamos mirar hacia estos espacios que reclaman nuestra presencia; así como se han realizado programas de ayuda como teletón el banquete del Millon, y tantos otros °programas que han conmovido a la opinión pública, también uniendo las fuerzas de las comunidades religiosas y de la Jerarquía podríamos llegar a ser una gran fuerza, ya sea trabajando en el mismo campo con la gente y a la vez apoyando todo el trabajo de organización a través de estos medios..

Finalizo con un poema de Moseñor Pedro Casaldáliga en donde nos muestra el compromiso de la Iglesia de Brasil y todo el bien que han podido lograr también a través de estos medios.

Salmo de los medios

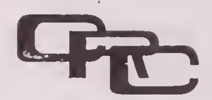
Juntemos nuestras bocas en un solo grito de justicia por encima del mar de los varios mundos, por encima de los motes, de las estructuras todas.

Hable el pueblo por la radio, hable el pueblo por la prensa, hable el pueblo por la t.v. hable el pueblo la verdad. La verdad le hable al pueblo. La verdad. De lo alto de los tejados, en el corazón del mundo. En tomo del tumulto que aturde a los humanos formemos el espacio de la humana libertad. Para la noticia del Reino. Gritemos el Evangelio. Sepamos ser palabra transmisora de la palabra, verbos del Verbo que se encarna siempre.

En la vecindad de Nazareth, en las periferias de Belén, A orillas del lago de la muchedùmbre hambrienta, en las calles de la ciudad donde gritan. El mercado, las fiestas y los clarines del imperio, delante del Sanedrín y del pretorio, en la cruz que ellos descargan sobre los hombros del siervo sufriente, en las silenciada vida del sepulcro, en la vida vencedora de la mañana del Domingo.

Si un día ya no podemos hablar más con palabras hablemos con la vida en pie de tesrtimonio. Hablemos con los ojos a los hermanos espantados. Oremos, sobre todo, a los oídos del Padre. Y protestemos quizás con la mayor palabra de la sangre proclamada como pregón de pascua.

(P. Casaldáliga, cmf)



ACTIVIDADES PARA 1.999

MAYO

Retiro

MARÍA: MODELO DE VIDA
CONSAGRADA
MANIZALES
MAYO 29

Seminario

RELIGIOSOS MAYORES
SANTA FE DE BOGOTÁ
MAYO 15 AL 17

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 No. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO No. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 97-105

Vida Religiosa de Colombia: Sequir a Jesús bajo la acción del Espíritu

P. Víctor Martínez Morales, s.j.

Vivimos tiempos dificiles, la realidad colombiana nos presenta un triste panorama que ha venido minando el corazón de muchos hermanos. El espiritual imparable de violencia, el terrorismo en campos y ciudades, los genosidios y muertes cruentas han creado heridas muy profundas que han descompuesto y maltratado la personalidad, quebrado y lesionado opciones de vida y en muchos casos han ocasionado trastornos irrversibles en la psicología y el comportamiento social.

Tal ambiente ha afectado a muchos de nuestros hermanos consagrados produciendo en ellos diferentes reacciones. Desde aquellos que abandonándo todo han desistido de su consagración hasta aquellos que continuando en ella han permitido que el odio abrace su corazón. Hemos sido testigos de diferentes respuestas: algunos golpeados por esta avalancha de tragedias

no quieren saber nada de noticas ni medios de información, mucho menos del contacto directo con lugares y zonas de conflicto.

Otros, desde sensibilidades maltratadas quieren darle la espalda a esta realidad sumergiéndose en un activismo evasivo. Un número grande ha sido invadiso por la desiñlusión contagiando a otros de desesperanza. Y hay otros, que queriendo hacer frente a esta realidad, desde su consagración y carisma sienten desfallecer desde el desánimo , la angustia y en no pocos casos la amargura.

¿ Cómo y desde donde responder a esta realidad colombiana dada nuestra condición de consagrados ?

Considero que se nos está haciendo un llamado de volver a centrarnos en Dios, volver nuestra mirada al espíritu del buen Jesús para dejarnos conducir por él. Se nos esta exigiendo si queremos ser prestos y dirigentes a los signos de los tiempos volver nuestro corazón al Espíritu.

Asumir nuestra realidad desde la fuerza del Espíritu

«Jesús lleno del Espíritu Santo, volvió del río Jordán y el Espíritu lo llevo al desierto». Lc. 4, 1

Es el Espíritu quien conduce a Jesús al desierto donde será tentado por el maligno y es desde el Espíritu que Jesus hace frente al mal. Todos los religiosos que vivimos en Colombia, de una o de otra manera, convivimos con la injusticia. Ella incomoda nuestras conciencias, su presencia es prueba de que el Evangelio no se está viviendo, ¿si se viviera no habría tanta injusticia!

¿Cómo hacer frente a esta realidad, si no es desde el Espíritu de quien nos ha llamado? Dejémonos invadir por su presencia y permitamos que nos lleve. Sólo desde la mano del Espíritu podremos afrontar esta realidad desde nuestra calidad dde consagrados y aportar al proceso liberador del Evangelio.

Nuestra unidad como consagrados radica en la voluntad común de seguir a Jesús, vivir su Evangelio, realizar la entraga de nuestea vida al servicio de los hermanos sobre todo de los más pobres, pequeños e indefensos.

El Espíritu nos desafía para hacer renacer el carisma en cada momento histórico. Las Constituciones y reglas de nuestros fundadores en su tradición

y praxis son reactualizadas por las exigencias de una realidad asumida bajo la acción del Espíritu.

Es desde allí que estamos llamados a rcrear y no a repetir.

Una mirada a la realidad dede el Espíritu nos lleva a constatar desde el amor de Dios, la ausencia del nuestro. Se trata de ver a Colombia con ojos de fe, asumir lo que somos y tenemos, lo que estamos viviendo en el aquí y ahora desde el plan de Dios. Solo si vemos desde el amor, - con los ojos de Dios- , la realidad, podremos transformarla con amor.

Se trata de renovarnos desde el Espíritu, abrirnos decididamente al Espíritu como factor determinante. Basta ya de nuestra insensibilidad queriendo olvidar el sufrimiento ajeno, ausentándonos de la compasión ante el dolor de nuestros compatriotas, haciéndonos incapaces de padecer el suplicio de nuestros hermanos que son hoy crucificadod. Nuestra fe en Dios y el llamado al seguimiento de Jesús nos están invitando a ser hombres y mujeres dverdaderamente apasionados, deseosos del Espíritu.

Llamados a la conversión desde el Espíritu Reconciliador

R.m 8,26

« El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros».

No podemos seguir confesando nuestro pecado sin reconocerlo, no podemos seguir pidiendo perdón din perdonar, decir que ya nos hemos convertido y seguir siendo los mismos.

Llegó el momento de no seguir desmoronandonos al interior de nuestras comunidades. ¿ Cuánta energía perdida! Si Jesucristo es nuestro cento unificador y totalizador ¿ Por qué nos gastamos entre nosotros mismod? Hemos desfigurado el amor de Dios creando nuestros propios ídolos a la medida de nuestros deseos. Idolod que nos van esclavizando. Nuestra vanagloria, poder, orgullo, soberbia. Nos fabricamos nuestras pequeñas batallas y nos armamos de silencios ofensivos, palabras hirientes, posturas avasalladoras, posiciones intransigentes. Y así mientras hacemos de nuestra casa el mundo, el, país se sigue desgarrando desde aquella hemorragia de un pecado estructrural.

Llegó el momento dejarnos sanar por el Espíritu sólo él podrá curar nuestras heridas. Hemos de dar una mirada a nuestro coraón desde el amor misericordioso de Dios, sólo desde allí nuestra conversión será verdadera. Mirar nuestra radical debilidad desde los ojos del Espíritu es acción salvífica que nos lleva a salir de nosotros mismos, rompiendo el círculo del autoengaño creado por nuestro egoismo y autosuficiencia.

El dinamismo generado por el Espíritu que nos convierte es la reconciliación.

Reconciliarnos con nosotros mismos, con los otros, con nuestro habitat y con Dios. Corazones rotos por historias del pasado y heridas que todavía sangran, cómo pueden testimoniar calma, tranquilidad, paz interior; comunidades que se deshacen envidias, enredos, doblez, cómo pueden liderar procesos de unidad, ser garantía de transparencia o ser testidos de fidelidad. Consagrados enfrentados contra la naturaleza, enemigos de toda tecnología y contrarios a nuevos ecosistemas cómo ser posibilidades de proyectos, cause de anhelos, esperanzas de ideales. Religiosos que han roto con la trascendencia, desconfían de los otros y han dejado su oración, cómo creerles, qué se espera de ellos, por qué seguirles...

Sólo si nos dejamos tocar por el Espíritu nuestro pecado personal y comunitario será asumido por el amor que convierte, por la fuerza transformadora del amor que nos hace cambiar y nuestros corazones desconcentrados de sí mismos se preocuparán por reconciliar el de sus hermanos, miles de colombianos necesitados de nuestro consuelo, ayuda y cercanía.

Si nos dejamos convertir por el Espíritu de reconciliación empezaremos a ser comunidades alternativas que trabajemos afectivamente en rehacer el tejido social, ayudando en la reconstrucción de la comunidad colombiana.

100 Renovar nuestra vocación desde la unción del Espíritu

«Cuando el Espíritu Santo venga donde ustedes, recibiran poder y saldrán a dar testimonio de mí» Rm.1,8

Hemos sido llamados no por nuestros méritos y nos conservamos no por nuestro esfuerzo. Ciertamente la vocación a la vida consagrada es un don

propio del Señor, es él quien nos ha llamado y es su espíritu en nosotros quien nos ha concedido el poder responderle. Damos los hilos humanos de familia, religión, geografía coincidencias, siempre queda en nuestro corazón el misterio del porqué. ¿Por qué pusiste tus ojos en mi Señor? ¿por qué en mí?

El misterio de nuestra vocación se entreteje con el de nuestra historia personal y lo que era gracia, don, regalo... lo que suscitó en un comienzo sorpresa, incredulidad, indignidad de nuestra parte, se fue haciendo tan cotidiano, ordinario, tan nuestro que lo hemos hecho esfuerzo, requerimiento, empeño y fatiga.

Trabajamos tanto que hemos dejado nuestra oración, deseamos tanto el éxito, la eficiencia, el ser acertivos que hemos descuidado nuestra intimidad con el Señor. Unido a ello, comprobamos que solos nos va mejor, le hemos dado la espalda a la comunidad; el individualismo ha minado todo trabajo en equipo, todo ritmo de grupo, toda espera en los otros.

Celeptopias y envidias abrazan ael corazón entristeciéndonos, añorando cargos y puestos, sentimos que somos despreciados, otros han sido elegidos en lo que nosotros hubieramos podido realizar mejor, más aún nos correspondía e4star en su lugar. Junto a ello, nuestra crítica dura, mordaz, cruel. Nuestros comentarios sarcásticos nuestras miradas inquisidoras y humillativas. Una falta de caridad que buscamos justificar con raciocinios y falsas lógicas.

Infantilismos en orden a la vivencia de nuestra afectividad nos lleva a comportamientos inmaduros, establecer ambigüas relaciones, ingenuos sentimentalismos y hasta ceder en desórdenes psicológicos, sexuales y relacionales.

La vivencia de nuestros votos se hace pesada, relativa, incómoda; carga que fastidia, obligación que oprime, cadena que esclaviza.

Seguimos esforzándonos en colocar todos los medios para que nuestras congregaciones no se queden vacías sin percatarnos que mientras no seamos testimonio ello será irreversible.

Hemos perdido el sentido de nuestra consagración y a él volveremos si tomamos conciencia del Espíritu Santo que habita en nosotros. Dejémosle actuar, no obstaculicemos su acción en nosotros. El es nuestro poder. Hemos

de colocar «espíritu» a nuestra consagración; vivir con « mística» no es otra cosa que dejarnos llevar por el Espíritu. Vivir con unción ¡ He ahí la vida del consagrado!

Transparentar la presencia del Espíritu del buen Jesús en él, ser transparencia de Jesucristo, dejar que en él actué el Espíritu Santo.

Es el tesoro que no podemos perder, él está en nosotros, sólo basta la osadía de dejarnos llevar...

Discernir nuestra misión a la luz del Espíritu

«Y Dios, que discierne los corazones, sabe qué es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios, por los que le pertenecen» . Rm.8,27

Ciertamente ante los acontecimientos que vive el país nos sentimos asaltados y cuestionados a diario de la incidencia de nuestra misión y de la efectividad de nuestro apostolado. Deseamos abrir nuevos campos de trabajo que por lo menos respondan en lo inmediato al sufrimiento de nuestro pueblo y a su vez nos sentimos deudores de un apostolado tradicional que no hemos de abandonar. Existen en todos nosotros innumerables tendencias y maneras de actuar que resultan confusas.

En algunos casos nos hemos dividido para hacer frente a las distintas situaciones, no sin tensiones y muchas veces con rupturas comunitarias a nivel de provincias, delegaciones, regiones... Confiando en nuestra propias fuerzas hemos dejado a un lado el discernimiento personal y comunitario. ¡ Cuánto bien nos haría volver a la dinámica interior, al movimiento espiritual de nuestros fundadores!. Sin ninguna duda han sido las personas fieles a Jesucristo los que más han avanzado en esta reflexión...Tal contradicción interior en el proceso humano, en la orientación que la persona lleva, es presentada por el apóstol Pablo con una doble terminología: la ley del Espíritu y la ley de la carne (Cf.Gal.5,16).

Estas dos tendencias existen en el camino humano, en el proceso de la unidad que va realizando la persona, es una tensión interna que está en lo más profundo del hombre. A estas realidades las vamos a llamar «espíritus». La tendencia hacia el amor la llamaremos «espíritu del bien» , y a la tendencia hacia la desviación del amor, a un camino de no amor, la llamaremos «espíritu del mal».

El buscar, percibir, descubrir y distinguir qué espíritu está actuando en un momento determinado en la persona, así como el examinar cómo actúa, lo llamaremos discernimiento espiritual. El discernimiento es siempre un proceso de búsqueda. Y al mismo tiempo un auténtico discernimiento es un carisma dado por Dios tanto para nuestro beneficio como para el beneficio de los demás,es un don que nos viene del Espíritu. Llego el momento de entraren un proceso de cara a responder ante la situación del país. Los signos nos bajan del cielo, nacen del corazón.

De ahí la exigencia de saber a qué estamos llamados, qué quiere el Señor de de nosotros en el aquí y ahora de nuestras vidas, ante la situación y realidad que nos ha tocado vivir. Hemos de intentar liberar nuestra mirada y el oído para ver y oir las mociones del Espíritu a través del mundo, de nuestros hermanos, de los acontecimientos...Si el corazón está puesto en el fonde de los otros, la mirada podrá descubirr las insospechadas ofertas de vida que irrumpen como gracia del Señor de la Historia.

Hasta ahora hemos podido constatar que discernir es « tocar» la vida, se trata de todo nuestro ser - entendimiento, conciencia, voluntad y acción - que busca coincidir con el ser de Dios, aquello que el Señor desea para mí en el aquí y ahora de mi vida.

Hemos venido sintiendo que « tocar» nuestra vida es una exigencia del Espíritu del Señor que nos exige: libertad, generosidad y humildad. Discernir es toda una osadía, pues supone el abandonarnos en las manos del Señor. Hacernos dóciles en dejarnos llevar por el Espíritu.

Sólo así trabajaremos en el cultivo de sentimientos que nos lleven a crecer en una mayor profundidad y confianza a nivel personal y comunitario, en el deseo sincero de compartir, de querer ganar espacios de apertura donde salgamos al encuentro del otro y posibilitemos una acogida mutua de dar y recibir.

Ante las dificultades de temores y miedos de ir « más allá» sin estar listos, o querer tratar de llegar a niveles de radicales compromisos se ha de tener muy presente el confiar en el Señor, la dinámica misma irá dando el ritmo que hemos de seguir...

En el momento de seguir el camino de nuestro discernimiento se ha de saber que no se puede preveer las soluciones o respuestas a todas las

dificultades, menos aún creer que todas las condiciones han sido dadas. Nos ha de acompañar una actitud de esperanza, entusiasmo, ánimo en seguir con lo que nos hemos propuesto: la osadía de discernir a la luz del Espíritu.

Mantenernos alegres en la esperanza del Espíritu

«Que Dios que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo.« Rm. 15, 13

Somos nosotros los consagrados quienes tenemos como tarea anunciar la Buena Nueva, anunciar la Buena Noticia y tal debe ser nuestra misión en esta Colombia golpeada por el dolor, la muerte el hambre, las rupturas y el desconsuelo.

Anunciar la Buena Nueva no es otrta cosa que testimoniar con hechos concretos que la victoria del Reino de Dios ya está aconteciendo en medio de nosotros. No se trata de más discursos, palabras vacías, carentes de sentido, se trata de hechos, acciones reales que como semillas van apareciendo y brotando a lo largo y ancho del país anunciando que es verdad, que es posible la paz, la justicia , el amor.

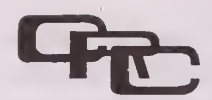
Hemos de celebrar nuestra fe desde la alegría de todo aquello que manifiesta el dinamismo y la fuerza creadora de Dios. Allí donde hay una atención real y concreta a las necesidades de la comunidad, donde se teje la solidaridad y ayuda mutua, todo lo que sea respuesta en comunión y participación hacia la construcción de la traternidad debe ser celebrado desde la certeza dada por el Espíritu . El «cuerpo entregado « y la « sangre derramada « del Jesús histórico es hoy en Jesucristo resucitado esperanza real de total liberación,

La presencia amorosa y gratuita del Espíritu es una realidad en muchos corazones, en muchas familias y com,unidades... De manera silenciosa, como el grano de mostaza, de manera callada como la perla escondida, él va actuando sin ruido, desde la libertad y disponibilidad de tantos que viven la aventura de dejarse llevar por ese amor apasionado, generoso y gratuito de nuestro Dios que llega a nosotros en el Espíritu. Somos nosotros a quienes se nos encomienda «revelar» esos hechos de vida donde el Espíritu está aconteciendo, donde está actuando, liberando a su pueblo con poder y realizando el proyecto de salvación.

»¡Padre!» Me aborda una pobre mujer que pasaba completamente desapercibida ante mi. -» Ya encontraron al Julio quedó «toditico» desfigurado cómo lo iba a reconocer. No se acuerda de mí padre ? Soy del grupo de desplazados que estamos en la escuela. Los que llegamos de... « ¡Cómo no recordar ! Una campesina madre de siete hijos, sin su rancho, su tierra, sus bestias y ahora sin su esposos... - No lo he vuelto a ver por el campamento padre , nosotros nos hemos seguido reuniendo, queremos organizarnos para ayudar a los que llegaron de... y perdieron sus... Confirmaron que los autores de la matanza fueron los... he orado por ellos padre para que Diosito llegue a sus corazones y por mi y el de mis hijos para que les perdonemos. Pásese mañana padre y acompañenos , algún refresco le doy.»

El viento del Espíritu, la encarnación de la Buena Nueva... El tesón ,

el ánimo, la fuerza de querer seguir luchando por la vida, la unidad, el perdón. He ahí la acción del Espíritu, no se trata de narrar un hecho o de saber interpretarlo, el anuncio ha de pasar por la comunidad, el amor de Dios se traduce en amor al prójimo. Tal es la alegría que brota del corazón, una alegría profunda, un gozo que se conserva y va siendo la respuesta definitiva ante la adversidad o el sin sentido. Es el júbilo de la entrega, la satisfacción del servicio, la dicha que causa el irnos gastando y desgastando con otros. He ahí el horizonte, aquel nuevo amanecer que alcanzxamos a percibir en lontananza y del cual hemos de ser testimonio: el Espíritu nos hace actualizar «no vine para ser servido, sino para servir y dar la vida como precio por la libertad de muchos» Mt. 20,28 ¡ En él está nuestra esperanza!



ACTIVIDADES PARA 1.999

JUNIO

Encuentro

SEMANA DE REFLEXÓN TEOLÓGICA

SANTA FE DE BOGOTÁ

JUNIO 4 AL 7

Curso

INTERCONGREGACIONAL JUNIORES Y JUNIORAS

SANTA FE DE BOGOTÁ

JUNIO 21 A JULIO 2

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 NO. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO NO. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 31 / n. 194 (1998) 107-116

Dóciles al Espíritu en una época de cambio

Carlos Montaño Vélez, c.j.m.

1. Primer Acercamiento

El momento histórico en el cual estamos insertos como religiosos, está marcado por una diversidad de elementos, situaciones, signos, que muestran con claridad el nacimiento de una nueva ápoca, denominada: Postmodernidad. Los registros que en ésta época se han hecho son diversos y es tan unánime la conciencia general del cambio que ya en el lenguaje común todos aceptan el uso y el abuso que da la palabra « Postmodernidad» podamos hacer.

Para la Vida Religiosos (VR), Postmodernidad no puede ser una palabra mágica que lo explique todo, tampoco nos puede dar miedo enfrentarla, ni mucho menos parecernos chocante o ajena. Ella debe ser un término « heurístico» - usando el lenguaje de H. Küng - es decir un término de « Búsqueda « característico de una época la cual se

está abriendo camino hace decenios, si bien es ahora cuando se manifiesta en la conciencia general de las masas.[1]

Para comprender este paso debemos adentrarnos en la comprensión del término. El prefijo «post», se refiere a algo que viene después de ciertas formas de pensar o actuar; pero quizás lo más significativo de la palabra sea « modernidad» , está ciertamente se preparó en el Renacimiento, pero a la vez quedó retenida a causa de su ideal de vuelta a la antigüedad, volvió a irrumpir en el siglo XVII con una nueva confianza en la razón. Pues bie, esta modernidad de la racionalidad y de la ilustración, de la ciencia y de la técnica, del nacionalismo y del imperialismo, del dominio del hombre sobre sí mismo y sobre el mundo, con el consiguiente abandono de la naturaleza y de Dios es lo que ahora se encuentra en Crisis.

En Colombia sin haber terminado todavía nuestro adiós a la modernidad, nos encontramos ya de camino hacia algo nuevo. Todavía no somos capaces de tocarlo ni comprenderlo, de abarcaro o nombrarlo, pero ya podemos vislumbrar algo cuando muchos ambientes sociales se aventuran a denominar este fenómeno. La Astrología por ejemplo, por las modificaciones profundas que se adivinan en el devenir del planeta, y a la pretendida interación de fuerzas astrales y de fenómenos humanos la está denominando Nueva Era. Otros en cambio hacen recurso a los espacios de la geometría y postulan un cambio eminente de dimensión; el lenguaje de la ingeniería y la Lingüística se refiere a las mutaciones de final de milenio como cambios de estructura; de igual modo el mundo de las ciencias acostumbrado a distinguir paradigmas entendidos como los diversos marcos teóricos para la investigación, provisorios y funcionales, vendrían a ser modificados en esta nueva época; se hablaría de un cambio de paradigmas científicos. Los filosofos por su parte anuncian un cambio de horizonte; los economistas hablan de surgimiento de modelos nuevos, de nuevas formas de organización, etc.[2]

Y en el lenguaje común, más cercano a las comunidades donde trabajamos también estos cambios se manifiestan, bastaría con aproximarnos a algunas expresiones que van desde una simple combinación de colores, por ejemplo, preferir colores vivos y no opacos, o bien hablar de variedad o de monotonía, humanitariedad y no indiferencia, pasando por las

[1] Cfr. H. Küng "Teología para la postmodernidad", Alianza Editorial, Madrid, 1989.
[2] Cfr. A. Parra, "La condición postmoderna en Latinoamerica", Lecturas Dominicales El Timpo, Bogotá, 1998.

preocupaciones ecológicas y de ética, hasta las más profundas y sencillas expresiones de Dios en lenguajes nuevos, con nuevas formas de espiritualidad.

En este ambiente de cambio que no deja de generar incertidumbre, el Religioso debe vivir su seguimiento de Jesucristo.

2. Seguimiento de Jesucristo en el conflicto

El Religioso se propone vivir a Dios en el seguimiento de Jesucristo. Si hay algo esencial en al VR , es la búsqueda constante con la plena identificación con Cristo. La conformación plena total y exclusiva con él. Y esta condición exige una actitud permanente de búsqueda de fidelidad a la Voluntad de Dios, lo que llamamos Discernimiento.

Esta actitud no nos exime de conflictos y tensiones. Estos no deben ser dramatizados sino comprendidos como manifestación de la vitalidad del compromiso y de la fidelidad al Espíritu. A la verdad y al Espíritu de la verdad (Juan 15: 26) debemos nuestra incondicionada fidelidad y, a partir de estos a las tradiciones de los carismas, de los fundadores quienes nos han dado el mejor ejemplo de fdelidad al Espíritu.

Si partimos de esta tesis: *Seguimiento de Jesucristo igual discernimiento permanente*. Debemos tener claro que discernimiento no es en ningún momento cualquier conversación o intercambio, cualquier reunión dedicada a la formación continua o la comunicación mutua, que tampoco es la yuxtaposición de discernimientos hechos individualmente, ni mucho menos suma de votos personales o resultado de mayorías electivas...

El discernimiento en cuanto búsqueda de "*lo que agrada a Dios*" es una actitud espiritual, constitutiva de toda vida cristiana y debe tener un puesto central en la VR, pues ésta no debe acomodarse al mundo presente, sino transformarse mediante la renovación de la mente, de forma que pueda distinguir cúal es la Voluntad de Dios; lo bueno, lo agradable, lo perfecto (Rom . 2: 18; 12:2) . Ella renovada en el Espíritu se podrá revestir del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Ef. 4: 23-24). Solamente aquilatando lo mejor para ser puros y sin tacha para el día de Cristo (Filp. 1:10), los Religiosos podremos disfrutar del manjar sólido de aquellos que por costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal (Heb. 5: 14).

Las condiciones históricas, actuales de Colombia exigen permanecer en una continua tensión que facilite el discernimiento, pues los Religiosos y Religiosas, fieles al carácter histórico de la Revelación cristiana, deben estar atentos a las situación económica, política, cultural y religiosa, que nos ha correspondido vivir, para tomar con solidez una postura crítica y comprometida frente a las mismas.

Hagamos un breve acercamiento a algunos escenarios que exigen nuestro discernimiento.

2.1 En un nuevo escenario nacional

Discernir nuestros métodos de evangelización en Colombia es tarea ineludible. Debemos de pensar la forma de acercar la Buena Nueva del Reino a los hombres y mujeres de nuestra Patria. Preferimos en una época que impone la comodidad y el bienestar seguir evangelizando desde los métodos que ya tenemos, desde los caminos ya hechos, desde la estabilidad que da nuestras Parroquias, nuestros colegios, nuestros hospitales, nuestros seminarios, nuestras universidades, etc. O en esa misma época preferimos retornar a las formas más genuinas de evangelización desde ese *Siempre de Jesús*, desde su estilo y método: evangelizaríamos más convincentemente si quitáramos nuestra confianza, como fuerza falsamente evangelizadora, al prestigio, al poder, al capital, a los dueños de este mundo...

Al interior de nuestras comunidades deberiéramos hacer irrumpir al Espíritu y seguir los pasos del Espíritu; hemos de reconocer que ciertos estilos de nuestra VR parecerían ignorar al Espíritu Santo, e incluso ahogarlo con normas minuciosas que no dan lugar a la iniciativa personal y a la libre respuesta de fe ante la palabra viva de Dios, inédita e impredecible...

2.2 En un nuevo escenario social

Discernir cuál es nuestro papel en este " nuevo ambiente de paz" , que se ha iniciado a contruir desde cuando el Presidente electo " en algún lugar de las montañas de Colombia" se reunió con los líderes de uno de los movimientos guerrilleros más grandes de la historia; o cuando ya se han logrado acuerdos con otros alzados en armas denominados Ejército de Liberación Nacional, en Mainz (Alemania), en donde la Iglesia ha tenido un papel de facilitadora y mediadora. Repensar a la luz del Espíritu si somos simplemente eso, facilitadores, o si realmente nuestra vida es signo de cercanía con aquellos que sufren o padecen la violencia. Somos víctimas de la violencia

o está de intermedio que observa el sufrimiento de dos grupos que se enfrentan, el uno armado, y el otro indefenso, el primero resguardado bajo las leyes del fuego y el segundo acorralado entre las paredes de una casa que tiene que abandonar porque la guerilla, el ejército, o los paramilitares lo tomaron como objetivo de guerra, como blanco de ejecución...

El compromiso fundamental de nuestro voto de pobreza es el de solidaridad con los pobres, con los que sufren y padecen, y en Colombia esto tiene nombre propio, se llaman marginados, secuestrados, desplazados. En Urabá, Chocó, Caquetá, Nariño, Putumayo, Magdalena Medio, miles de desplazdos padecen las consecuencias del conflicto armado, y allí los religiosos que se proponen como proyecto fundamental de vida el Seguimiento de Jesus, tendrán que intentar identificarse con los más débiles, ya que el Hijo del Hombre se identificó con ellos. Seguir a Jesucristo es vivir su opción favor del pobre, de la oveja perdida, del hijo pródigo, de los marginados sociales y religiosos. Seguir a Cristo es adentrarse en este camino como algo normal y consecuente, en la posibilidad real de la persecución, de la calumnia, de la prisión y quizás incluso de la muerte en provecho de los hombres. La VR que se compromete de esta forma concreta con Jesucristo incluye en su opción fundamental el sacrificio y el martirio, que hoy en Colombia pueden asumir las más variadas formas.[3]

2.3 En un escenario con nuevos estilos

Discernir los estilos de formación que estamos ofreciendo en nuestra Comunidades Religiosas es menester inaplazable. Permanecemos en los paradigmas medievales que facilitan la consolidación de esas tendencias arribistas, pequeño- burguesas e instaladas de muchos religiosos o abrimos las puertas para palpar la realidad y sentir el sufrimiento. Imponiendo un sistema de valores a la luz de una " pureza ideal". como signo a una posible vocación a la VR, o más bien recuperamos el criterio del Evangelio y los ideales del Reino como lente de lectura para nuestros vocacionados. En lugar de inspirarnos en la humanidad de Jesús y dar ánimo a los jóvenes para superar en la medida de lo posible los miedos y los apuros de su pubertad, nuestros estilos de formación hacen lo que está en manos para atizarlos y acrecentarlos. Hay que decirlo claramente. Con sus rígidos planteamientos, y tomando el desvío de educación familiar estricta, el estilo de formación

[3] Cfr. Leonardo Boff, " La vida religiosa en proceso de liberación ", Ediciones Sígueme, Salamanca, 1970, 100 -ss

puede ir encerrando insesiblemente a los jóvenes en un callejón sin salida, en cuyo fondo se presenta ella misma (VR) para interpretar como elección de Dios una existencia frecuentemente destrozada desde el punto de vista humano, y ofrecerles una continuidad sin obstáculo lo más lejos posible de los deletéreos influjos del " mundo " entre los muros del seminario o del convento. [4]

Una de las interrogantes más profundas que debemos discernir es precisamente *¿Cómo formar Parte para el cambio ?*, en una Colombia marcada por un modelo neoliberal, encerrada en un economicismo falso y miope que olvida totalmente las exigencias de un desarrollo con condiciones humanas; en País donde los Medios de Comunicación Social transmiten un cúmulo de información que viene de Norte a Sur como mercancía que se nos vende e ideología realmente importante, fundamental y necesario; en una sociedad que privilegia lo banal, sobre lo profundo, lo caduco sobre lo duradero, la esterioridad sobre la interioridad, además el desencanto de la razón de la razón ilustrada, del progreso, de los grandes proyectos políticos, de las utopías y que ha logrado que un melancólico desencanto recorra los espíritus de nuestra juventud... es necesario releer los criterios de nuestra formación.

La formación como medio de realización del seguimiento de Cristo, debe crear actitudes capaces de asumir el cambio. Es un signo de madurez y por tanto un objetivo parcial de la formación estar abiertos al Espíritu para integrar y comprender posturas y mentalidades diversas, poseer la capacidad necesaria para adaptarse a nuevas situaciones y encontrar en ellas el modo de presentar el mensaje del Evangelio.

La formación debe procurar que los religiosos y religiosas vayan creciendo en *libertad interior* desde la experiencia amorosa de Dios. Nada existe con la categoría de absoluto fuera de Dios. Por tanto, todo puede y debe aceptarse como perecedero y relativo: los valores, las estructuras, los acontecimientos, las ideologías, las planeaciones, los modos concretos de evangelizar, los títulos o los puestos... Creer·en libertad interior desde la experiencia del Dios absoluto es prepararse para el cambio. Cuando tememos al futuro y al cambio, con frecuencia es signo de que tenemos miedo de tener nuestras posesiones actuales y los valores que hemos vivenciado como

[4] Cfr. E. Drewermann, " Clerigos" Editorial Trorra, Madrid, 1995, 551.

absolutos y portadores de seguridad. Es signo por tanto de nuestra falta de fe y confianza en el Señor del tiempo y de la historia.[5]

La formación debe permitir tener una profunda experiencia de Dios que nos haga recuperar, en esta época de desilusión y fracaso, el gozo y la vitalidad primaveral que vivieron nuestros fundadores.

2.4 En un escenario espiritual

Discernir qué espiritualidad debe alimentar el Seguimiento de Jesucristo. En un mundo tecnificado inundado de imágenes y sonido, de velocidad y cambio, de pobreza de muchos con enriquecimiento constante de un grupo económico que maneja los destinos del País...debe cuestionar el modo de entender cómo nos habla Dios y cómo aparece en este territorio. Debemos pues volver acertadamente a definir el significado de espiritualidad. Juan A. Estrada la define como la " vida según el Espíritu, es decir, la forma de vida que se deja guiar por el Espíritu de Cristo". Así concebida la espiritualidad abarca la vida entera de la persona su individualidad y sus relaciones sociales, su condición de miembro de la Iglesia y ciudadano del mundo.

Pero ¿cómo entender esa vida según el Espíritu?, se trata del Espíritu de Jesús , del Espíritu que inspira el Evangelio, por eso Gustavo Gutiérrez afirma: " Una espiritualidad es una forma concreta, movida por el Espíritu, de vivir el Evangelio". La espiritualidad para la VR de Colombia debe ser una forma de vivir coherente con el Evangelio con todo su radicalidad.

La VR debe revisar sus modelos de oración y volverlos más humildes y menos abstractos, debe recuperar su capacidad de contar, narrar lo que vive y ofrecer a Dios lo que ha compartido en la calle, en el trabajo, en la universidad, en el apostolado, en la vida diaria...

No debe anclarse en el lenguaje conceptual, en un esquema establecido, sino que debe convertirse en fuerza viva que nos impulsa hacia adelante. Y así el misterio central de la existencia, será un misterio de generosidad, de gratuidad de morada de Dios en nosotros. Pero ninguna espiritualidad es genuinamente cristiana si está exenta de el dolor del mundo, una real

[5] Cfr. AAVV, " La vida espiritual de los religiosos" , Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1981, 207-2

espiritualidad debe ser consciente de los " despreciados de la tierra" . El flujo incesante de sensaciones que recibimos a través de los medios de comunicación social nos distrae de esta realidad y la convierte en mero espectáculo. El flujo del amor divino nos lleva más allá de lo meramente sensacional, hacia la comunidad con los pobres y oprimidos; hacia aquellos que, por ello mismo, son peculiarmente amados por Dios; yq que llevan la marca del Crucificado.[6]

2.5 En un escenario científico

Discernir qué Teología debe orientar nuestra reflexión en esta época.

Optamos por una Teología que parta de temas abstractos para luego iluminarlos con principios teológicos, o hacemos Teología desde las realidades concretas que vive nuestro País para iluminarlas con principios teológicos que son releídos a la luz de los hechos de la vida.

Mantenemos una reflexión teológica que pregunte sin interpretar, interprete y adapte sin analizar o confrontar, que realice una cosmética de superficie en vez de una crítica radical.... o nos atrevemos a ponerle el cascabel al gato, a buscar sinceramente la verdad con pleno rigor científico y sin ceder a ninguna clase de compromiso; a unir al estudio de los fundamentos su transformación; hacer de la Teología no una ciencia críptica solo para creyentes, sino comprensible incluso para los no creyentes; a fomentar y practicar en la Teología una auténtica interdisciplinariedad; una Teología que no dé tanta prioridad a problemas del pasado, sino a los grandes y variados problemas del hombre y de la sociedad de nuestros días; una Teología que no empleé el lenguaje de los arcaísmos bíblicos, ni el de los dogmatismos- escolásticos, ni tampoco la jerga filofófico - teológica de moda, sino el lenguaje que tiene el hombre de hoy para lo cual no hemos de reparar esfuerzos .

En síntesis, una ciencia que pase a ser experiencia, que no disocie credibilidad teórica y vivencia práctica, dogmática y ética, fe y vida. Esta Teología dará solidez a una VR. Ella podrá ser Veraz, y no oportunista y conformista, capaz de dar razón de la fe y de buscar y expresar la verdad

---

[6] Cfr. Verónica Brady, " Postmodernidad y vida espiritual", Selecciones de Teología, Vol 36, No 143, 1997, 228 -ss

cristiana de un modo creíble. Una VR no autoritaria sino libre que cumple su cometido sin la intromisión de medidas o sanciones administrativas y puede expresar públicamente sus firmes convicciones según su leal saber y entender, como lo hizo cuando un Fiscal Regional de Bogotá con el apoyo logístico de unidades militares adscritas a la Brigada No. 13, realizó una diligencia de allanamiento a la Comisión Intercongragacional de Justicia y Paz de la C.R.C , el 13 de mayo de 1998. Una VR no tradicionalista sino Crítica, que se siente libre y verazmente vinculada con la actitud científica ante la verdad.

Todo esto porque " *como Seguidores de Jesús de Nazareth, actuamos en su nombre y damos testimonio de que El vino para evangelizar a los pobre, liberar a los oprimidos y anunciar la salvación para todos; por esto estamos al servicio de aquellos que se ven amenazados en su vida y en sus derechos fundamentales*"[7]

3. Unidos en un mismo Espíritu

Para hacer real y efectivos éstos y tantos otros discernimientos, debemos tener una actitud de " *docilidad al Espíritu.*"

Hemos de recordar que fue por una moción del Espíritu Santo que los Apóstoles se decidieron a ir hacia la misión y en concreto dar forma histórica a la Iglesia . Debemos rehacer esta decisión apostólica y frente a nuevas situaciones encontrar aquellas expresiones que comuniquen adecuadamente su mensaje y realicen para los hombres la salvación de Cristo.

La VR, en esta época debe caminar segura en medio de la incertidumbre; porque posee el Espíritu de Cristo: " la prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo..." (Gál. 4:6). Quien se acerca al Señor se hace un solo espíritu con El (1 Cor. 6: 17). Sólo aquellos que se dejan guiar por el Espíritu viven (Rom.8 : 13), es por ese mismo Espíritu que podemos exclamar ¡Abba Padre! (Gál. 4: 6; Rom: 8: 16).

La VR si discierne, si está en una constante búsqueda de fidelidad a la la Voluntad de Dios, no se quivocará. Sabrá qué elegir porque siempre tendrá como criterio el que Pablo establece cuando se dirige a los Corintios

[7] C:RC: " Comunidado a la opinión pública con motivo del allanamiento a la sede de la comisión intercongragacional de Justicia y Paz", 1998

" *que todo resulte constructivo" (1 Co. 14: 26)* , que todo sea " *para el bien común* " (1 Cor. 12: 7), y todo esto deberá animarlo el Espíritu Santo.

Ser dóciles al Espíritu es dejarse orientar siemprte a partir de Dios y "no entrar en los esquemas de este siglo " (Rom. 12: 2).

Ser dóciles al Espíritu significa ser partícipes del Espíritu Santo, experimentar la dulzura de la Palabra de Dios y la fuerza del siglo futuro (Heb. 6:5), desde ahora en nuestra peregrinaciones hacia el Señor.

El religioso dócil al Espíritu debe manifestar algunas caracteísticas propias de este estado, pues si vivimos según el Espíritu debemos obrar también según el Espíritu (Gal.5: 25)

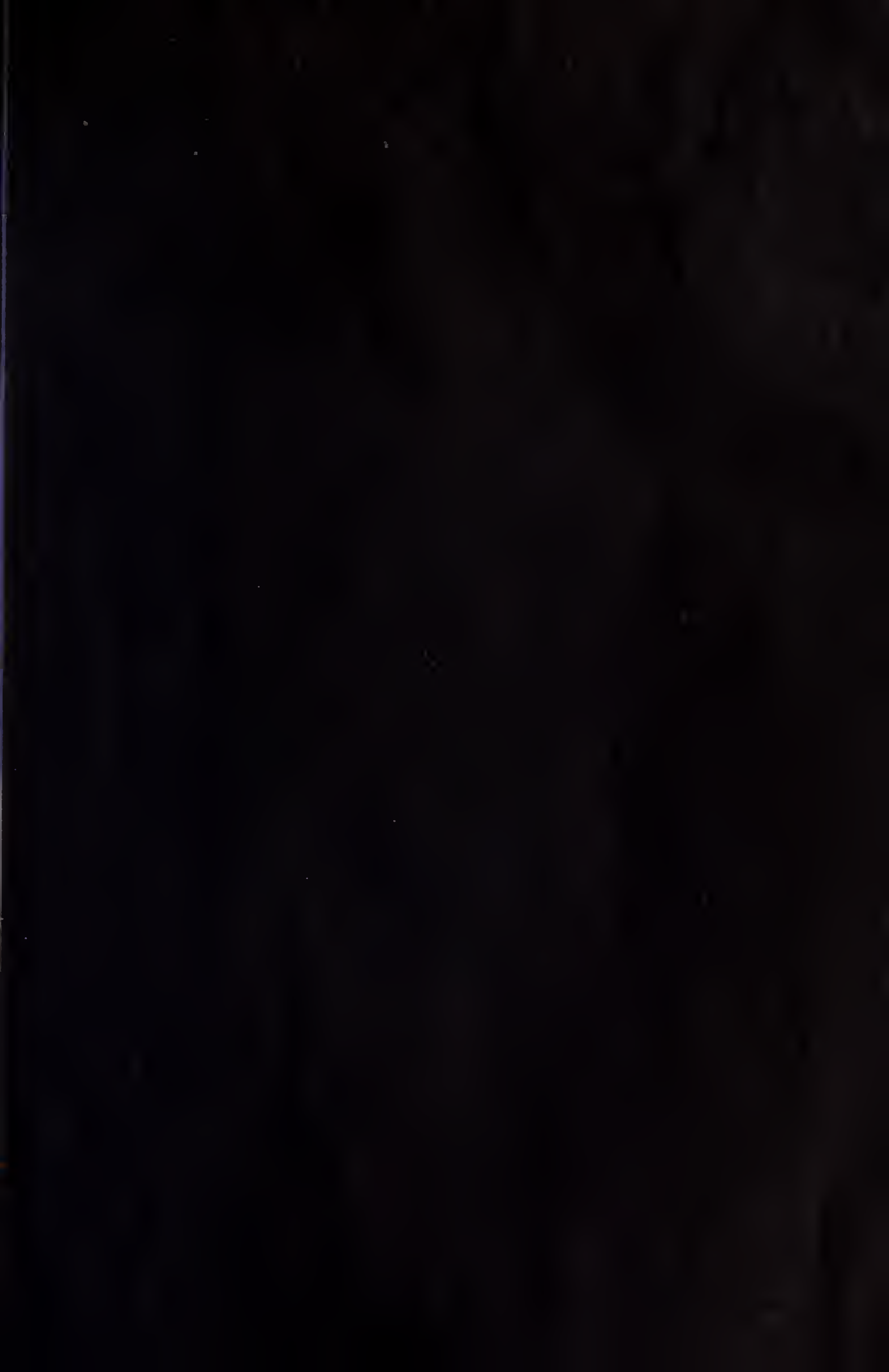
Así, el religioso deberá ser curioso, porque buscará ver donde otros no se detienen; será rebelde, porque no aceptará del todo lo que otros ya saben; será imaginativo, porque se aproximará a las cosas de manera insólita, debera ser soñador, es decir, se dejará llevar por caminos inexistentes; será perseverante, pues no abandonará una idea mientras conserve algún sentido; pero sobre todo el religioso que está Siguiendo a Jesús animado por el Espíritu, deberá ser un hombre o una mujer alegres, de buen humor (Gál. 5:22).

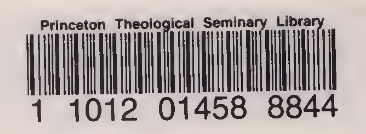
El religioso que vive en el Espíritu tiene el poder de superar toda situación de angustia y de trascender las fatalidades históricas. Y signo de esa alegría del Espíritu es el humor, él es signo de trascendencia del hombre que siempre puede elevarse sobre cualquier situación concreta, porque no se deja definir por ninguna circunstancia. Por eso puede sonreír y adoptar una postura de humor ante los sistemas que pretenden encuadrarlo, ante los conceptos que intentan definirlo y ante la violencia que trata de domesticarlo.[8]

El religioso debe experimentar esa serenidad que da el Espíritu, vivir en estado de humor y comprender la propia existencia desde la instancia divina. Esto no es fruto de su propio esfuerzo, es una gracia de Dios que libera del peso de la vida y hace gustar anticipadamente la liberación total y absoluta tan anhelada en nuestra patria colombiana.

---

[8] Cfr. leonardo Boff, " Gracia y liberación del hombre", Editorial Cristiandad, Madrid 1980, 234




Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8844

